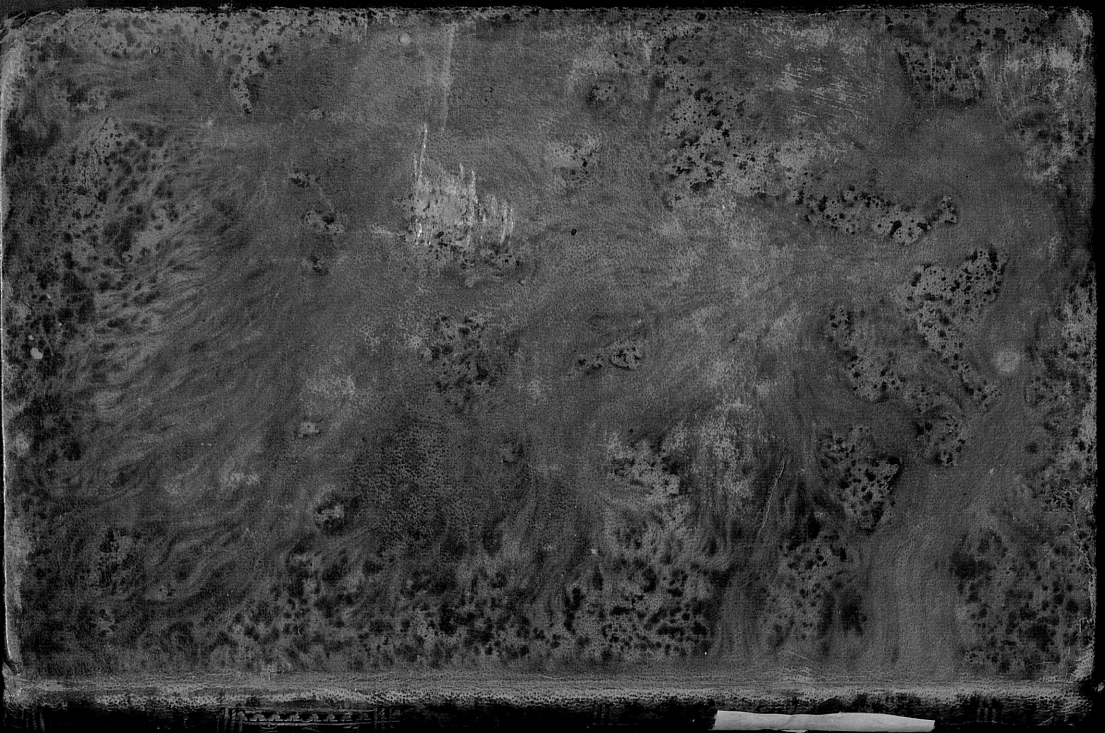

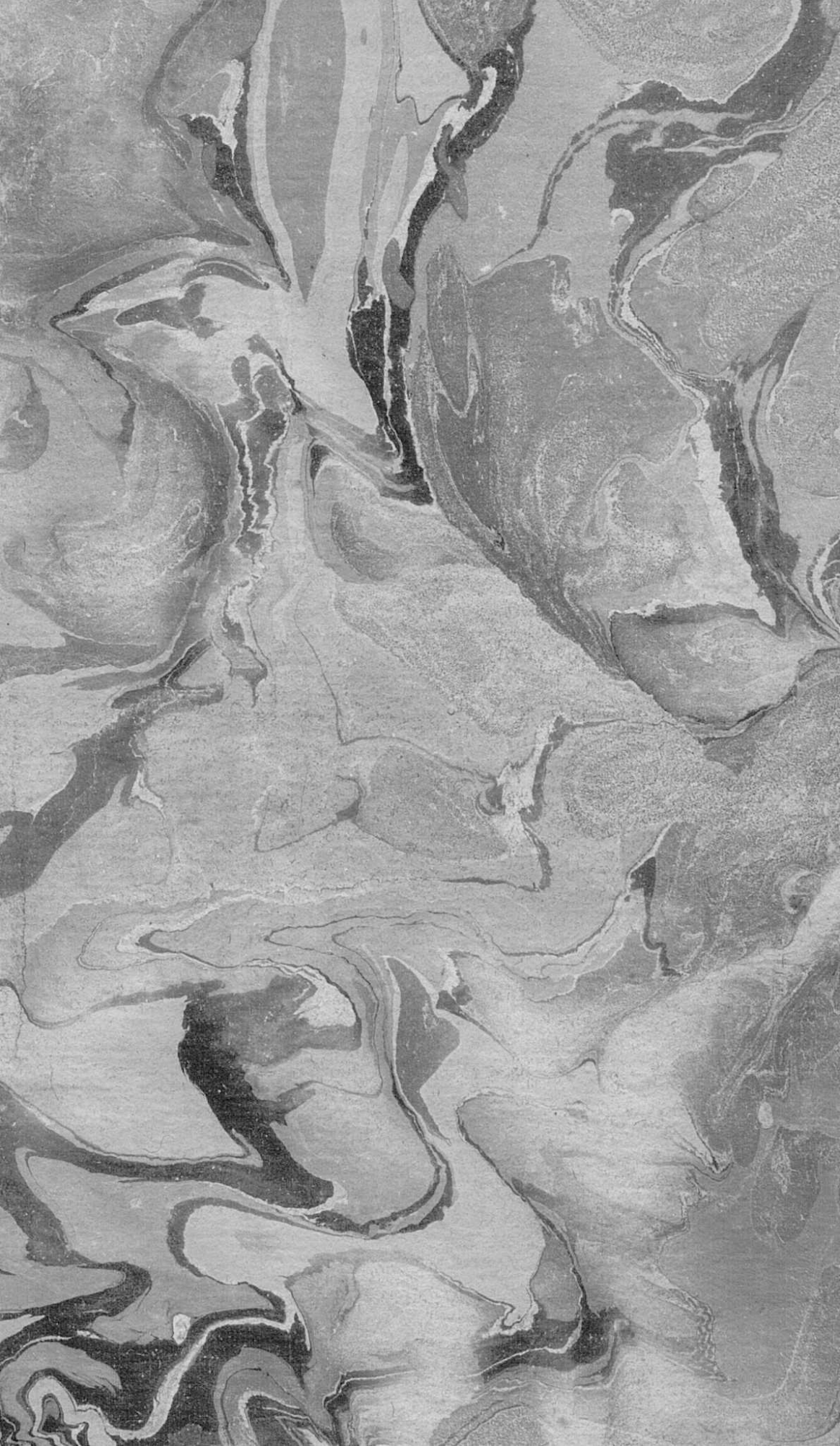

FRIOLERAS

ERUDITAS Y CURIOSAS

PARA LA PÚBLICA INSTRUCCION.

POR

DON PEDRO MONTENGON.

EN LA OFICINA DE GARCÍA Y COMPAÑÍA.
AÑO DE MDCCCI.

BIBLIOTECA DE CASTILLA-LA MANCHA

PRÓLOGO.

El fin principal de la publicacion de este ligero trabajo es la instruccion amena, fácil y divertida de qualquiera clase de personas. El estudio, que es el solo que puede proporcionar la instruccion, y destruir en parte la nativa ignorancia del hombre, no es para todos,

porque no á todos se lo permite su estado ; y exîge de aquellos que pueden dedicarse á él, tanto tiempo y teson que casi excluye de su esfera qualquiera otro trabajo y aplicacion.

Aquellos mismos , que se dedican al estudio de las ciencias, no pueden abarcarlas todas, y aunque esto fuera fácil al humano ingenio, le quedaría por correr el campo inmenso de la erudicion en sus infinitos ramos y conocimientos, entre los quales hay muchos que son necesarios en el uso de la

sociedad civilizada, y forman parte de aquella instruccion general, que grangea á una nacion el nombre de culta y de instruida, ó quando no, le proporcionan insensiblemente el que lo sea con el tiempo.

Mas esto, ¿cómo es posible que lo consiga en general un pueblo sin la aplicacion al estudio? ¿ó por ventura pretenderé yo conseguirlo con la publicacion de estas noticias eruditas? Lejos de mí este presumido intento. Quedan sin embargo algunas lisonjas á mis de-

seos de poder contribuir en parte á la consecucion de este fin. Con el selecto de los asuntos curiosos, científicos, y eruditos, segun me los sugiriera la memoria, ó los libros que me viniesen á las manos, con lo que ahorraré á infinitos el trabajo que me cueste á mí solo buscarlos, y producirlos.

Será á mas de esto útil la lectura de tales asuntos para las ordinarias conversaciones de los hombres entre sí, en que ocurre hablar de ellos freqüentemente, sien-

do muy pocos los que tienen alguna idea de los mismos, y luego que la reciban con esta lectura, la conservarán mas fácilmente en la memoria como noticias sueltas, que en la continuacion enfadosa de leer muchos libros, para recoger entre ellos, y entre su mucha hojarasca, uno y otro grano de erudicion.

Esto debe bastar para discurso preliminar de una friolera literaria, hecha con el fin de halagar la natural curiosidad del hombre para instruir y divertir su en-

tendimiento, y para darle tal vez motivo de otra mas séria y mas útil aplicacion.

ÍNDICE.

Reforma del Kalendario.
pág. . . . . 1.
Origen de las Gacetas. . . 6.
Origen de la Vaticana. . . 10.
Descubrimiento de la torba. 14.
Sobre la piedra Obsidiana. 26.
Danzas de los antiguos. . . 35.
Estátuas de Elefantes. . . 48.
Si los antiguos se sirvieron de postas . . . . . 51.
Sobre los Eunucos. . . . . . 54.
Aprecio de los antiguos de la Agricultura. . . . . . 65.

Antigüedad de las campanas..... 73.
Uso de la cera..... 77.
Sobre los caracteres hallados en el Herculano... 79.
Multitud de Dioses de los Romanos..... 82.
Canto de los cisnes..... 92.
Epocas de los Romanos.. 97.
Cocina, y utensilios encontrados en el Herculano. 99.
Sobre el buen cabo de año. 104.
Sobre la flauta..... 119.
Sobre el estornudo..... 125.
Sobre las agujas..... 130.
Sobre los anteojos..... 133.

Sobre la bota de Diógenes. 140.

Cloacas de Roma..... 145.

Colegios de los Romanos.. 147.

Espadas antiguas..... 149.

Año de la fundacion de Roma..... 153.

Escultura de los Griegos. 157.

Sobre la Stenografia de los antiguos..... 199.

Sobre la adopcion..... 206.

Sobre los anillos..... 210.

Sobre la apoteosis..... 215.

Sobre los baños..... 219.

Sobre el agua lustral... 225.

Sobre los Toros de Guisando..... 227.

Supersticiosas opiniones de los Romanos . . . . . 230.
Descripcion de los Alpes. 234.
Sobre la barba de los antiguos . . . . . 237.
Sobre el celibato . . . . . 242.
Sobre el calzado de los antiguos . . . . . 245.
Sobre los coros de los antiguos teatros. . . . . . 250.
Sobre el divorcio. . . . . . 253.
Sobre los Dragones . . . . 258.
Plazas de Roma . . . . . 267.
Circos de Roma. . . . . . 273.
Si los antiguos usáron pelucas . . . . . 277.

Clientela de los Romanos. 283.
Sobre el latus clavus. . . . 287.
Areopago de Atenas . . . . 291.
Colonias de Romanos . . . . 297.
Comicios de los Romanos. . 302.
Ceremonias en sus casamientos . . . . . 308.
Ciudadanos Romanos . . . . 311.
Ciudades libres ó autonomas . . . . . 314.
Invencion de la pólvora. . 318.
Si es preferible la presente artilleria á las armas antiguas . . . . . 322.
Arrojo de M. Scevola. . . 326.
Sobre las bayonetas. . . . . 330.

Sobre Coriolano. . . . . 332.
Sobre el buen gusto en materias de artes y ciencias. . . . . 336.
Falta de un buen criterio en los historiadores . . . 339.
Sobre los improvisadores . 342.
Sobre las decretales . . . . 349.
Sobre el digesto . . . . . 352.
Electores del Imperio . . . 356.
Sobre mejorar la pólvora. 359.
Sobre dos Evangeliarios . 360.
Nuevo instrumento para exprimir las ubas. . . . . 361.
Sobre la tierra sombra. . . 363.
Transformacion del papel

impreso en papel blanco. 366.

Sobre hilar la seda sin fuego . . . . . 367.

Instrumento para determinar la longitud y latitud de qualquier lugar . . . . 368.

Nuevas tintas simpáticas. 369.

Huesos de carnes saladas. 371.

Sobre el jabon de batatas. 373.

Sobre el conservar el trigo en los campos . . . . . 374.

Método de enseñar á los niños á deletrear á obscuras . . . . . 376.

Caza de las abejas . . . . . 377.

Papel de cortezas de ár-

boles. . . . . 381.

Ceniza azul . . . . . id.

Para blanquear las telas. 382.

Cartones en vez de tejas. . 383.

Reforma del Kalendario.

La nueva reforma del Kalendario se hizo en el pontificado de Gregorio XIII. en tiempo que la Reyna Isabel de Inglaterra, declarada enemiga de todas las decisiones de Roma, prohibió en sus estados el nuevo método establecido por el Papa.

Siguiéron por el mismo motivo el exemplo de la Inglaterra, la provincia de Utreck, la república de Ginebra, y algunos otros Príncipes protestantes de Alemania, que se habian separado de la comunion de la Iglesia Romana, queriendo por empeño de sus nuevas opiniones, conservar la era Juliana, que se llamó así de antiguo estilo, para distinguirle del nuevo cómputo de la Iglesia Católica.

No hay duda que no teniendo el año en sí principio, ni fin, por componerse de una continuacion de dias sucesivos, puede comenzarse á contar segun se quiera. Por esto los Griegos llamáron al año *eneauto*, que quiere decir, retorno ácia sí mismo. Y así vemos que aun en los tiempos anteriores á la cultura de la Grecia, muchas naciones representaban al año, que viene á ser tenido por medida del tiempo, con la figura de una serpiente que muerde su propia cola, símbolo, ó geroglífico de la eternidad.

No se debe extrañar por lo mismo que algunos pueblos comenzasen á contar el año por la primavera; otros por el otoño, y otros diversamente. Los Christianos comenzáron á contarle desde el dia de la Circuncision. Los astrónomos lo contáron constantemente desde el mes de Marzo, quando llega el sol al signo del carnero ó aries, que

precede á la llegada de la primavera por Abril; tiempo en que la naturaleza, sembrando el suelo de flores, abre su seno fecundo, y parece dar nueva vida á las plantas y productos con que enriquece la tierra.

Pero como quiera que se comience á contar el año, éste se divide en quatro sazones, ó estaciones, y cada una de éstas en tres meses. Se puede observar sobre esto, que las quatro partes de que se compone el dia, de seis horas cada una, representan las quatro sazones del año; esto es, la mañana á la primavera, el medio dia al verano, al otoño la tarde, y la noche al invierno.

En los principios del Christianismo se contaba el tiempo por olimpiadas, segun lo contaban los Griegos. Cada olimpiada se componia de cinco años. Solo baxo el imperio de Juliano en el año 532 de J. C. se comenzó á con-

tar el año desde el dia del nacimiento del Salvador.

Pero con el transcurso del tiempo, observando el Papa Gregorio XIII. en el 1582 que para contar exâctamente el año, éste debia tener trescientos sesenta y cinco dias y cinco horas enteras, y que contándolo de esta manera, nacia la diferencia de casi once minutos en el curso de ciento treinta y quatro años, lo que llegaba á formar un dia entero, se seguía de esto, que entre el dia de Pasqua y el equinocio pasaba la diferencia de dos meses, contra la establecida institucion del dia y tiempo de aquella fiesta, que caía siempre en Domingo, despues del plenilunio, que forma el equinocio de primavera; tuvo por conveniente dicho Papa quitar diez dias, por el error que hubieran podido introducir en tal cómputo los once minutos, desde el nacimiento de J. C. hasta el año 1582.

Con esto se varió la era Juliana, llamada así por haberse formado en tiempo de Julio Cesar ; pues contándose ántes por ella los once dias del mes, dicho Pontífice contó solo el dia primero ; cálculo que se reputó el mas justo, y por lo mismo fué recibido de casi toda la Europa, y para distinguirle de los otros cómputos se llamó era Gregoriana.

Estas noticias deben bastar para que no se extrañe si con el andar del tiempo se ven establecidos otros nuevos modos de contar, ahora sea comenzando por el otoño , ahora por el invierno ; pues uno de los principales frutos de la instruccion debiera ser;

El no maravillarse hombre de nada.

Como dice uno de nuestros poetas : no hay cosa mas crédula que la ignorancia, ni mas amiga de todo lo que lleva visos de maravilla.

Origen de las Gacetas, y por qué llevan este nombre.

La curiosidad, tan natural al hombre, entra en el número de sus pasiones; y aunque no sea la mas ardiente de ellas, no es la ménos viva y que ménos desee quedar satisfecha: y como su pábulo es la novedad, la apetece por lo mismo con ansia para poder alimentar con ella los deseos de su comprehension, y entendimiento.

Por esto dudo que haya habido una nacion, que llegando á cierto término de cultura, de comercio, y de política instruccion, no haya tambien tenido una especie de recopilacion de noticias, así públicas como particulares, que pudiesen satisfacer la general curiosidad.

Sin embargo, no nos ha quedado monúmento, ni indicio alguno de que los Griegos tuviesen tales recopilaciones de noticias públicas, aun-

que compusiesen una nacion, que se puede llamar sin reparo una de las que llegáron al mayor grado de instruccion, y de cultura, tanto en las artes, como en las ciencias, y que por consiguiente las debian tener, como parece las tuviéron los Romanos, á lo ménos creo que se deben tener por tales las tablillas, en que ciertos escritores empleados acaso por el gobierno en esto, conservaban sobre la cera todos los sucesos públicos, llevando á la frente los nombres de los Cónsules que gobernaban, en el año en que acontecian.

Estas tablillas se publicaban como qualquiera otra obra de autor, y despues sirviéron á los historiadores como materiales dignos de fé para componer sus historias; así nos lo indica Tácito en varios lugares de sus anales en que las llama *acta pública*, como si dixésemos en castellano públicos acontecimientos.

Pero la nacion que desde tiempo imemorial conserva este fomento de la pública curiosidad, es la de los Chinos. Así sus folios públicos son sin contradiccion los mas antiguos de la tierra. Estos se imprimen y se publican primero en Pekin, y luego se divulgan por las demas ciudades del imperio.

Los primeros que introduxéron el uso de estos folios públicos en la Europa, fuéron los Venecianos; ahora sea porque con su comercio, y contratacion con los pueblos orientales, recibiéron esta especie de los Chinos, ahora porque su comercio, riquezas y cultura la inventáron para satisfacer la curiosidad del pueblo, escribiendo en papeles las noticias que les traían los bastimentos empleados en el comercio.

Estos papeles se distribuían en el patio del palacio llamado de San Marcos, en donde se juntaban todos los Magistrados, y los com-

praban los curiosos, por el precio de una *gazeta*, que daban por cada una de aquellas copias, que correspondia á dos sueldos de aquella moneda, pasando insensiblemente el nombre de dicha moneda, con la frecuencia de repetirla, al folio, que por ella se vendia, llamándole *gazeta*; nombre con que se esparciéron luego por la Italia, y que adoptó despues toda la Europa.

El primero que publicó tales papeles en Francia, dándoles el mismo nombre de gazeta, fué un Médico llamado Teofrasto Renaudot, y obtenida para ello la licencia del gobierno dedicó sus gazetas al Rey Luis XIII.

En Alemania se hallan gazetas impresas desde el año 1515, y eran recibidas con tal entusiasmo por el pueblo, que á un Teólogo le ocurrió publicar un libro en el año 1679 con este título, digno de tal ocurrencia, *Reflexîones saludables para curar la nueva enfermedad, cundida por*

las Gazetas. Pero la tal medicina no pudo impedir que cundiese aquel mal en la Alemania, como en todos los demas reynos de la Europa, transformado ya en un ramo de comercio y de política.

Origen de la Biblioteca Vaticana.

Entre las mas celebradas Bibliotecas de la Europa, debe ser contada sin contradiccion la Vaticana, la que debe su origen á los esmeros, y zelo del Papa Sixto IV., que comenzó á enriquezerla con una infinidad de raros, y preciosos manuscritos, los que no cabiendo en el lugar que les era destinado, reedificó, y ensanchó el edificio que ahora los contiene.

El exemplo de Sixto IV. sirvió de estímulo á otros Romanos Pontífices, que queriendo enriquecerla, mandáron recoger por todas partes nuevos manuscritos: el que mas se distinguió entre ellos

fué Leon X., sucesor de Julio II., especialmente con el encargo que dió al erudíto Fausto Sabeo, á quien nombró Bibliotecario de la misma Vaticana, para que recogiese por qualquiera parte nuevos manuscritos; y dice el mismo Sabeo haber recorrido varias naciones bárbaras del Asia para conseguirlos.

Luego Paulo III. acrecentó su lustre poniendo en aquella Biblioteca dos escritores, uno griego y otro latino, para que cuidasen de aquellos manuscritos, y copiasen los que se hallaban deteriorados con el tiempo.

Mayor lustre hubiera conseguido de la aficion y cuidado de Marcelo II., si éste no hubiese fallecido tan presto, pues á mas de aquellos dos escritores arriba dichos, quiso poner una imprenta para que se pudiesen imprimir en ella las obras ineditas.

Lo que no pudo poner en execucion el zelo del dicho Pontífice,

lo logró Pio IV., que quiso á mas de esto enviar á Onofrio Pambinio, y Francisco Sfrondato, á las tierras de oriente, para que buscasen y recogiesen á qualquiera precio, quantos manuscritos encontrasen, como lo executáron, acrecentando la preciosa riqueza de este género, á la que ya poseía aquella Biblioteca.

No anduviéron ménos solícitos en aumentar su explendor Pio V., y Gregorio XIII.; el primero haciendo transportar de Aviñon á Roma ciento y treinta y ocho volúmenes de cartas y bulas pontificias, que habian quedado en aquella ciudad desde el tiempo en que se mantuvo en ella la Silla Apostólica; y el segundo, haciéndola donacion de todos los libros, y manuscritos que poseía.

Todo esto pareció poco al zelo de Sixto V., el que entre las muchas magníficas obras que emprendió, y concluyó durante su Pon-

tificado, se cuenta la nueva fábrica de aquella Biblioteca mucho mas grandiosa y magnífica que la que ensanchó Sixto IV. dando el encargo de la fábrica al Caballero Fontana, que la acabó en el término de un año.

La descripcion de este soberbio edificio, y de los preciosos adornos que despues se le añadiéron, del órden de los estantes, y de los libros que contienen, se pueden ver en los discursos sobre la dicha Biblioteca, que hizo y publicó Mucio Pansa, y en el catálogo de los códigos orientales de la misma publicados por Asemani. Estos escritores traen la serie de los Bibliotecarios que ha tenido.

Entre los primeros se cuentan Julio Volterra, Pedro Inghirami, Felipe Beroaldo, Felipe Aciajoli, Dominicano, Gerónimo Alexandro, y Agustin Stenco, éste sucedió al dicho Gerónimo Alexandro en el empleo de Biblioteca-

rio, por haber sido nombrado Cardenal, lo que dió motivo despues á Paulo III. para establecer que el empleo de la Biblioteca Vaticana fuese propio de un Cardenal de la Iglesia Romana: el primero que nombró dicho Pontífice fué el Cardenal Marcelo Corvino, á quien sucediéron Roberto de Nobili, Alonso Carrafa, Marco Antonio Amulio, Guillermo Sirleto, Antonio Carrafa, Marco Antonio Colona, y el eruditísimo Cesar Baronio, con que quedó aquella célebre Biblioteca condecorada mas que qualquiera otra.

Sobre el descubrimiento y uso de la Torba, en vez de leña y carbon: extracto de un discurso de un académico agrario italiano.

Entre los consumos de primera necesidad se debe contar la leña; tan grande es el uso que se hace de ella diariamente, así en todas las fa-

milias, como en las fábricas acrecentadas, y en las ocurrencias de las artes y manufacturas, ahora necesarias, ahora útiles, de comodidad, ó de lujo, de modo que ninguna sociedad puede ya pasar sin el uso de la leña.

Es tambien evidente y palpable la carestía, en que nos hallámos de ella, y que hace subir su coste á un precio excesivo, amenazándonos á quedar expuestos á una penurria mayor, sino se remedia de algun modo la negligencia de los que nos precediéron, introduciendo un nuevo método sobre los cortes de los árboles en los bosques, y reduciendo á selvas los terrenos incultos, susceptibles de tal cultivo, ó cultivando árboles en los terrenos fértiles, en que no los hay pudiéndolos tener: ó bien aprovechándonos de las tierras cenagosas, ó paludosas donde las hay, sacando de ellas con la industria, materia que supla y aun equivalga á la leña,

y al carbon, así para el uso de fábricas que necesiten de fuego, como tambien para el uso doméstico de las familias.

En las entrañas de estos terrenos paludosos suele encontrarse una cierta materia combustible, que los pueblos ultramontanos llaman *Torba*, y que sacan haciendo en dichos terrenos varios fosos, á manera de canales para beneficiarla, con lo que consiguen al mismo tiempo purificar el ayre, y mejorar dichos terrenos.

Para reconocer quales son los terrenos paludosos que contienen mayor, y mejor copia de la tal materia, suelen servirse de una barrena de diez pies de largo, poco mas ó ménos, con la qual, introduciéndola en el terreno, indagan la profundidad, y en ella los lechos que formó dicha materia.

Para sacarla de donde la encuentran, esperan los dias mas serenos, y enjutos del verano. Los instru-

mentos de que se sirven para la excavacion, son pocos, ordinarios y sencillos, como los que se usan en qualquiera otra excavacion agraria, y luego que la tienen cavada, la dexan expuesta por espacio de quatro ó cinco dias al sol, los que bastan para enjugar, y consolidar la *Torba.*

Conseguido esto tienen la precaucion de llevarla á un sitio enjuto, y cubierto para preservarla de las lluvias, y que pueda tener al mismo tiempo ventilacion libre por el espacio de quatro ó cinco meses, los que bastan para que se perfeccione, y quede apta para hacer con ella, no como quiera un fuego regular, sino muy vivo, con la ventaja de mantenerse así por todo el tiempo que se desea, sin que pierda de su actividad, ántes bien quanto mas tiempo tiene cobra mayor fuerza, y mayor facilidad en arder.

No sé si el exemplo que yo he dado, así en su hallazgo, sin ha-

ver tenido otro director, que la noticia que me diéron de ello los libros, como el uso que hago de ella en mi propio hogar, y en algunos hornos, será imitado de otros que quieran aprovecharse de él; así pudieran contribuir conmigo á lo ménos para dar tiempo á los bosques de rehacerse de los contínuos, é inconsiderados cortes, que van tal vez con ellos á quedar aniquilados.

Sin hacer pues particular mencion de mis esperiencias caseras para probar la actividad de la *Torba*, que muchos ponen todavia en duda, por parecerles que por ser tierra no puede ser susceptible de combustion, diré solo la experiencia que acabo de harcer á vista de muchos, que no querian persuadirse de su actividad, pero que quedáron desengañados, por no decir admirados de ella.

Y aunque estaba yo persuadido de su desengaño, recelé sin em-

bargo, que la experiencia que iba á hacer no tuviese el efecto deseado sino dirigia la fuerza de la Torba, con la posible cautela, para poder reducir las piedras que queria cocer á perfecta calcinacion, no ménos que las tejas, y ladrillos. A este fin quise poner los ángulos del horno en forma que pudiese adaptar mejor la cantidad de la Torba, necesaria para cocer de una vez dos mil ladrillos sencillos, quatro mil dobles, muchos millares de tejas, y algunos carros de piedra calcinables.

Puesto todo este material por órden, se les dió fuego de sola Torba, que lo tomó aplicándola dos solos puñados de paja encendida, sin valerme de ninguna especie de leña. La facilidad con que tomó fuego, y con que éste se extendió, animó á todos los operarios, que no se podian imaginar cómo aquella tierra produxese un fuego tan vivo y tan intenso.

Pero ántes de amaestrarles en el modo de substituir nueva materia á la ya consumida, de sacar afuera el depósito de las cenizas, y en mantener un fuego contínuo, acrecentándole, ó disminuyéndole á grados, segun lo exîgia la urgencia, fué preciso que me tomase el trabajo de estar presente á la obra, sin desampararla por algunos dias.

Quedó así compensada mi constancia con el contento y satisfaccion de ver los buenos efectos que tenian, concurriendo muchas personas de toda condicion, y sexô, atraidas de la curiosidad de ver verificado lo que no creían, como sucede en todas las cosas no vistas, y que se nos hacen dificiles de creer. El fuego era tan fuerte, que al quinto dia tuve por mejor disminuirle, haciendo que permaneciese disminuido por otros ocho dias.

Pasados éstos, echando de ver indicios de perfecto cocimiento, determiné apagarle enteramente. Fué

preciso esperar otros ocho dias con la mayor impaciencia para que se enfriasen los materiales, y sacarles del horno, á que quise asistiesen los incrédulos; tan asegurado estaba yo por los indicios del éxîto feliz de mi experiencia.

Esta superó mi expectativa viendo quán bien cocidos salian del horno todos aquellos materiales, sin poder encontrar una sola piedra que no estuviese convertida del todo en perfecta cal. Esto acrecentó mi satisfaccion, sabiendo que así en Holanda, como en Francia, en donde se hizo comun el uso de la Torba, no suelen poner en los hornos sino tejas, y ladrillos.

Pero ahora, sea la calidad de la Torba de nuestras tierras, ahora sea el método que seguí en sacarla, ó la nueva configuracion que dí al horno, el hecho es que no fué temeraria mi resolucion; antes bien quedaban maravillados los curiosos, que exâminaban los ma-

teriales al ver reducidas á perfecta cal las piedras que se suelen poner al rededor de la boca del horno, y que no sufren calcinacion aun dentro de los mismos hornos en que se enciende la leña.

No contento de esta feliz experiencia, quise hacer la segunda, que tuvo la fortuna de ser presenciada de nuestro ilustre Prelado, el que se complació de su feliz efecto, y honró con sus elogios mi zelo patriótico al ver que en solos nueve dias de fuego contínuo de la Torba saliéron perfectamente cocidos todos aquellos materiales.

Ahora pues, ¿siendo tal la actividad del fuego de la Torba en los hornos de ladrillos, por qué no podrá servir en todos los usos domésticos, y en todas las artes, y manufacturas de comodidad, y de luxo, que de ella necesiten? Y no se crea, que el gasto que exîge sea mayor, que el de la leña y carbon, pues es inferior como

del nueve al once, que es quanto decir, que nueve pasos de Torba, (medida italiana) equivalen á once de la leña mejor, lo que experimenté por mí mismo.

Algunos me opondrán que el fetór que se siente quando la Torba comienza á encenderse en los hogares domésticos, ofende al olfato, y que es dañoso á la salud; pero les debe desengañar el uso contínuo que hacen de ella las naciones mas cultas é ilustradas de la europa por casi dos siglos, que ocurrió servirse de ella en vez de la leña; como tambien el uso que hago de la misma de cinco años á esta parte en mi cocina, y en mis chimeneas.

Tampoco se me oponga, que la extraccion ó saca de tanta materia combustible de los terrenos paludosos, lleva consigo su destruccion, y que son infinitos los trabajos que cuesta el excavarla, y reducirla apta para el consumo; pues puedo asegurar con la expe-

riencia, que tengo, que un campo de dos mil trescientas cincuenta varas pueda dar mil pasos de Torba sazonada y perfecta.

Puedo asegurar á mas de esto, que aquel mismo campo en que se hizo la escavacion, puede con el transcurso del tiempo devolverse á su dueño en su primitivo estado, despues de haberle dado la utilidad de la venta, que no percibia, quedando en su primitivo estado de inaccion, dexándolo abandonado á las excrecencias de los rios, y á su falta de cultivo.

Reflexîon.

Muchos de aquellos que han exâminado con ojos sábios los terrenos de España, y que saben que por lo comun son secos, arenosos, y sin jugo combustible, dirán al leer este extracto, que es inútil para España, en que no es fácil que se encuentre la Torba. Yo ni sé

oponerme, ni ménos condescender con tal dictámen, si primero no me desengañan las experiencias, las que fuera bueno hiciesen algunos de nuestros industriosos conciudadanos, especialmente en todos los terrenos en que se echa ménos la abundancia de la leña, ó en todos los terrenos paludosos en general, para hacerles dar á lo ménos este producto, ya que no dan ninguno de por sí.

Se pudiera hacer por exemplo este tentativo en todos los terrenos cercanos á los rios, y abandonados solo á sus salidas y excrecencias, mientras lo permiten las aguas retiradas á sus cauces, y en todos los demas terrenos amarjalosos y pantanosos. Yo por lo ménos si tuviera autoridad, ó poder para ello, haria las tentativas en toda la extension del terreno inmenso, que humedecen las aguas, por exemplo, del Tajo, Ebro, Xarama, y demas rios, los que

pudieran tal vez acarrear nueva riqueza á los pueblos circunvecinos, y exîmirles de la total carestía, que les amenaza de leña y carbon, de que acabamos de padecer no poca penuria.

Sobre la antigua piedra preciosa llamada Obsidiana.

La historia de la escultura, y de los monumentos preciosos que nos quedan de ella, nos llenan de admiracion, así por el primor, elegancia y fineza de ellos, como tambien por la variedad, y preciosidad de las materias, de que se sirviéron los antiguos para sus obras. Madera, marfil, metales, mármoles, piedras duras recibiéron alma, por decirlo así, de la mano industriosa de los Egipcios, de los Etruscos, de los Griegos, y Romanos aumentando nuestra admiracion, no quedándonos idea de los instrumentos de que se sirviéron para dexarnos

obras tan perfectas en materias tan dificiles de entallar.

Sería una cosa muy curiosa y útil indagar las composiciones de metales que formaban los antiguos para las monedas, medallas y estatuas desde el tiempo en que comenzó á florecer la escultura entre los Egipcios, hasta los últimos tiempos de Roma; como lo sería tambien saber los nombres que corresponden en nuestra lengua á los que les daban los antiguos.

Porque, ¿quién no experimentaria una grande satisfaccion en indagar qué cosa era el *Topacio de Filemon*, de qué se formó la célebre estatua de Arsinoe, qué la esmeralda de Apion Plistonico, de qué se hizo la estatua colosal del Dios Serapis en Egipto? No hay finalmente piedra preciosa mencionada por Plinio ó por Teofrastro, que no dé lugar á una curiosa indagacion.

Entre éstas ha fatigado el ta-

lento de muchos erudítos la piedra que llamaban *Obsidiana*, y á pesar de la docta disertacion del célebre antiquario Conde de Caylus sobre la misma, queda todavia en duda á qué especie de piedras pertenezca, lo que confirma la variedad de las opiniones que exîsten todavia entre los erudítos.

Cesalpino, Hill, y Aldovandro sostuviéron que la piedra Obsidiana no es otra cosa que un marmol particular. Boccio Boot cree que es una Agata. Isidoro de Sevilla un cristal: y de este parecer es el Conde de Caylus, el qual se empeña en querer probar, que la piedra Obsidiana no es otra cosa que un vidrio vulcánico.

Si los dichos escritores hubiesen puesto mayor atencion y exâmen en la obra de Plinio, no hubieran tal vez permanecido en semejante duda, pues Plinio dice claramente que en su tiempo se conocia una piedra Obsidiana, un vidrio Ob-

sidiano, y una piedra preciosa, también Obsidiana, que eran tres materias muy diversas entre sí; pero que todas tres se asemejaban en su color negro.

Habia pues un mármol negro, llamado *Lapis Obsidianus*, por haberle descubierto en uno de los montes de Etiopia un cierto Obsidio; pero esta especie de mármol no era diferente de los otros mármoles negros, que conocémos, y que por poco que se frieguen exhalan un olor, que dexa resabios de bituminoso.

Esta sola circunstancia basta para distinguirlo del vidrio, no habiendo vidrio alguno que por motivo del fuego por qué pasó tenga tal propiedad de exhalar olor. De que se puede con certeza inferir, que no era especie de vidrio la dicha piedra Obsidiana, como lo pretende Caylus, mucho ménos diciendo Plinio, que entre las especies de vidrios, se halla uno

muy negro, llamado Obsidiano, añadiendo, que esta especie de vidrio tiene alguna transpariencia, y que con él se hacian espejos, anillos y estatuas.

Lo que no admite oposicion es, que de esta especie de vidrio se hiciéron los Elefantes, que consagró Augusto en el templo de la Concordia; y la estatua de Menelao hallada en Egipto, de la qual hace mencion el mismo Plinio para probar quán antigua fuese la invencion del vidrio, y su uso: y añade que antiguamente se hacia una especie de vidrio artificial, negro y opaco, llamado por esto solo vidrio Obsidiano, que solia servir, entre otros usos, para dar barniz á los vasos de tierra cocida.

No sé que exîsta hoy dia alguna estatua ú obra alguna antigua formada de este vidrio Obsidiano, fuera de algun sello: lo que no es así de la verdadera piedra Obsidiana, de que se hallan en algunos

museos varias estatuas, entre las quales se puede contar el niño que se vé dormido en la Real galeria de Florencia, y que se reputa ser el Dios Sueño.

A mas pues del vidrio, y mármol Obsidiano, hay tambien una piedra preciosa Obsidiana, que es facil confundir con el mármol Obsidiano; aunque Plinio las distingue claramente, diciendo que se hallaban piedras preciosas con el mismo nombre, y color negro Obsidiano, y que unas eran traidas de la Etiopia, y otras se encontrataban en el Abruzzo, y en las costas del mar de España.

De que se puede tal vez inferir que esta antigua piedra preciosa llamada Obsidiana, es, sino me engaño, nuestro comun Azabache, dándonos motivo Plinio para creerlo así, diciendo de aquella, que los pedazos de la Obsidiana son ménos duros que los del mármol por quanto no rayan ni sulcan al már-

mol como lo hace éste con la piedra preciosa Obsidiana.

Sirven de nueva prueva de esto los muchos lugares en que se encuentra esta piedra Obsidiana ; no faltando Lapidario que dice haber descubierto unos pedazos en el camino de Frascati, y en la isla de la Gorgona, no ménos que en la Gilio de diferentes grandezas.

El Señor Sage hace mencion de unos grupos traidos de Groculandia, que se veían en la Escuela Real de las minas de Paris, compuestos de siete prismas de nueve fachadas de una pulgada, y media de diámetro. Otra tenia en su gabinete el Señor Joubert, la qual tenia siete pulgadas y media de largo, y casi once de circunferencia.

La naturaleza, que es siempre la misma en la formacion de las especies, dió al azabache, ó piedra Obsidiana de Italia, igual forma, y color que al de Groculandia, In-

glaterra, España y Madagascar, unas y otras contienen las mismas calidades que la antigua piedra Obsidiana, y se asemejan en su belleza, ó lustre, no ménos que la Agata de Islanda, ó vidrio negro vulcánico, que los antiguos llamaban vidrio Obsidiano.

Sin embargo, las piedras Obsidianas de Groenlandia tienen la particularidad de ser eléctricas quando se calientan, como sucede tambien en algunas de Madagascar, y de la Toscana; no sé si sucederá lo mismo en las de España, pues no he hecho la experiencia.

Esta propiedad, que sirvió para distinguir una pretendida piedra con el nombre de Turmalina, no se considera sino como un conjunto de materias, que en algo la diferencia de aquella, y que merece solo llamarse piedra Obsidiana, Turmalina ó bien Obsidiana eléctrica.

Igual propiedad reconociéron los antiguos en otra piedra que lla-

maban *Teamede*, y que tal vez era el Lincurio, piedra muy comun en toda la Liguria, como reconociéron tambien aquella misma propiedad en el Carbunclo, y en el Carcedonio. De aquellos dice Plinio haberlos visto de color de púrpura, los quales calentados al Sol, atraían las pajas y retacitos de papel, á que se aplicaba, de donde se puede inferir ser estos Carbunclos de la especie de los Turnalinos de Ceilan.

El Duque de Noja observa en la carta que escribió al Señor Bufon, que quantas piedras puso á prueba de fuego para indagar su electricidad, no halló sino el Diamante, y la Turmalina, que resistieran al vivo. Las demas se quebrantaban, y disolvian mas ó ménos presto, especialmente las mas transparentes; lo que parece confirma Plinio quando dice de estas piedras, que no sufren el fuego.

Sobre las danzas de los antiguos.

Los Griegos fuéron deudores á los Egipcios de todas las artes, luces y conocimientos, que adquiriéron, y los sacáron de las tinieblas de la ignorancia, y de la rudeza en que se hallaban envueltos, ántes que algunos curiosos entre ellos hubiesen pasado al Egipto.

Orfeo, que se cuenta entre los primeros, y que se hizo iniciar en los misterios de la Diosa Isis, fué el que comenzó á introducir en la Grecia las ceremonias religiosas, y demas usos que los Griegos no tenian; de modo que el sistema sobre su religion no era mas que una copia de las religiosas extravagancias de los Sacerdotes Egipcios, como aconteció á casi todas las naciones y pueblos de la tierra.

Una de las devotas ceremonias con que los Sacerdotes Egipcios so-

lemnizaban las fiestas de sus deidades, era la danza, y como la ceremonia mas conforme á la alegria del hombre, fué tambien una de las principales que Orfeo introduxo en la Grecia; y yendo hermanada con la religion, se esmeráron los Griegos en fomentarla, y perfeccionarla con el tiempo.

Esto mismo les aconteció á los Romanos, que tomáron de los Griegos el culto, y ceremonias religiosas, ahora fuese Rómulo, ahora Numa Pompilio, el primero que dió á los Romanos aquel sistema de religion en preferencia del culto de otros pueblos. Numa fué ciertamente el primero que fundó el Colegio de Sacerdotes del Dios Marte, que entre otros cultos con que obsequiaban aquella deidad, era uno el de la danza, que aprendian en el colegio, y exercitaban en las fiestas solemnes, y despues de los sacrifios.

De aquí tomáron origen todas

las otras danzas sagradas, que exercitaban en honor de otras deidades, como las de la buena Diosa, las danzas saturnales, y las de Flora. Creían generalmente los antiguos que Cibeles fué la Diosa que inspiró la danza á los hombres. Y Teofrasto, citado por Ateneo, dice que un célebre tañedor de flauta, llamado Andrónico, la introduxo en Sicilia, y Cleofanto Tebano el que la perfeccionó en la Grecia. Lo que sugerió á Eschilo la especie de introducirla en sus teatros; pero tal vez ántes de Eschilo era conocida la danza en los coliseos de aquella célebre nacion.

En un himno de Homero se introduce Apolo tañendo la lira, caminando al sonido de ella con cadencia. El mismo Jupiter danza tambien enmedio del Olimpo, segun los versos de un antiguo poeta citados por Ateneo. Entre las musas eran Terpsicore, y Erato las que presidian á la danza, motivos

todos para que los Griegos tuviesen en tan grande aprecio esta arte, tenida por religiosa.

Los Romanos no tenian igual concepto de ella. A lo ménos Cornelio Nepote nos lo da á entender en la vida de Epaminondas, que habia aprendido en su mocedad la danza, y la música, artes que los Griegos tenian en tan grande aprecio, y que los Romanos miraban como agenas de un hombre cuerdo. A esto alude tal vez Ciceron en la oracion en favor de Murena, donde dice, que ningun hombre sensato danza, sino se ha bebido el juicio, mucho mas si lo hace en lugar solitario, ó en un honesto convite.

Pero aunque hubiese decaído este aprecio de la danza en la opinion de los Romanos, como arte indigna de un Caballero Romano, no por esto perdiéron el gusto, ni la aficion al verla exercitar á los que la exercitaban, conservando

la misma costumbre de los Griegos en sus teatros, y asistiendo á las danzas religiosas de los Salios, que solian ser casi todos de la primaria nobleza de Roma. Daré una breve idea de las diversas danzas antiguas.

Danza armada.

Esta danza era la mas antigua entre los Griegos, llamada tambien por ellos menfitica, cuya invencion se atribuía á la Diosa Minerva.

La exercitaban armados con el escudo, y la Jabalina. Otros la atribuyen á Pirro en tiempo del sitio de Troya, con el fin de exercitar los Soldados bisoños, y aliviar con ella el ocio en aquel largo sitio. Todas las evoluciones militares entraban en esta danza.

Danza astronómica.

Esta danza la tomáron los Griegos de los Egipcios: sus movimien

tos eran muy variados, como lo eran los grupos que formaban los danzantes, representando con ellos el curso, la situacion de los astros y la armonía de sus movimientos. Esta fué la danza, que por sus ingeniosas bellezas, y variedades, introduxéron los Griegos en sus teatros, y que exercitaban los que componian los coros. Platon y Luciano nos hacen mas sensible la pérdida del conocimiento de esta danza, hablándonos de ella como de una invencion divina, sin que podamos formar la menor idea.

Danza baquica.

Así era llamada la danza instituida en honor del Dios Baco, que solian exercitar los que en las fiestas solemnes de aquel Dios tomaban las figuras de Sátiros, y de Bacantes. Tres especies de danza se comprehendian baxo aquel nombre; la grave, la mixta, y la festiva,

de las quales no podemos formar tampoco otra idea, sino la general, y confusa, que nos suscita el significado de aquellos epitetos.

Danza campestre.

Se inventó esta danza en honor del Dios Pan, ó por mejor decir creían los Romanos que el Dios Pan la habia inventado, y con esta opinion procuraban solemnizarla con gran cuidado, y la exercitaban los jóvenes de ambos sexôs, coronados de hojas de encina, y cruzándose sobre el pecho un feston de flores, que afianzaban sobre el hombro derecho; esta danza era muy alegre, y viva, y por lo mismo muy propia de la juventud que la executaba.

Danza fúnebre.

A nuestro modo de concebir parece que la danza repugne á la

tristeza de un mortuorio. Pero los antiguos, en cuyo concepto la naturaleza habia dado al hombre gestos y expresiones relativas á todas sus pasiones y sensaciones, creyéron que no habia situacion alguna del alma que no pudiese, y debiese ser expresada con la danza, y de hecho se servian tambien de ella en los funerales, especialmente de aquellos que con sus caudales podian suplir á los gastos que exîgían las ceremonias de su entierro, que se hacia del modo siguiente.

Abria la marcha del funeral una gran comitiva de personas con vestido talar blanco: seguían dos filas de jóvenes, y doncellas, coronados de ciprés, formando entre ellos danzas graves acompañadas de lúgubres sinfonias: unian á estas tambien su canto los Sacerdotes, y formaban otras danzas correspondientes á las de los jóvenes, que precedian al féretro, aunque con movimientos y pasos diversos.

Danza lacedemónica.

Hoy dia reiríamos de un legislador que entre sus leyes pusiera la de obligar á los padres á enseñar la danza á sus hijos llegados á la edad de siete años. Sin embargo, esta era una de las leyes de Licurgo, que obligaba á los padres á enseñar á sus hijos, llegados á aquella edad, la danza frigia. Fué tambien institucion de Licurgo la Ginopedia, danza compuesta de dos coros de hombres, y de muchachos, que baylaban cantando himnos en honor del Dios Apolo.

Era tambien antiguo en Lacedemonia el bayle de la inocencia, que formaban las doncellas delante del altar de Diana, con movimientos, y aptitudes dulces, y modestas. El *Hormus* era otra danza lacedemónica, que exercitaban tambien los jóvenes de ambos sexôs, con opuestos movimientos, con que pretendian

representar la union, y harmonia de la fortaleza, y de la templanza.

Danzas lascivas.

La licencia, y los desórdenes que llevaban consigo estas danzas, llegáron á tal exceso en Roma, que el mismo Tiberio se vió precisado á desterrar de aquella ciudad todos los maestros de danza. Pero el mal habia echado tan profundas raices, que este remedio produxo un mal peor, supliendo muchos caballeros romanos á la falta de maestros, enseñando ellos mismos la danza; de modo que Domiciano llegó á desterrar del Senado algunos Senadores, que exercitaban este oficio.

Tenian á mas de esto los Griegos y los Romanos otras danzas particulares para los casamientos, para las bodas, y para todas las solemnidades, así sagradas, como profanas, que fuera sobrado largo

referir, mucho mas no pudiendo dar una idea clara de ellas, é infiriéndose de lo dicho, que nada hemos adelantado en este particular despues de tantos siglos, y que quedamos muy inferiores á los antiguos.

Sobre el Amianto.

El Amianto es una piedra argilosa, que se deshace en largas hebras, blandas, y suaves como la seda, de colores diversos, pero comunmente blancas. Estas hebras resisten al fuego, y por esto las hacian servir en algunos templos antiguos por pábilos de las lámparas de los Dioses, cuya llama se creía inextinguible.

Dió algun fundamento á esta creencia la opinion de Aldrovando, que publicó poderse formar un aceyte del Amianto, que ardiendo durase perpetuamente sin apagarse, ni consumirse. ¿Mas cómo se puede creer en sano juicio, que

una tal materia se prestase al fuego, sin llegar á perder con el tiempo alguna parte de substancia?

Plinio dice que el Amianto era un vejetable traído de la India, y le dá el nombre de lino incombustible. Hízole caer en este error el uso que se hacia entonces de los texidos de Amianto, lana y lino, los quales, arrojados al fuego, no perdian sino la lana y lino, quedando intacto el Amianto.

Hace mencion el mismo autor de los manteles y servilletas, formadas con dicha tela, que para limpiarlas era preciso echarlas el fuego, en que quedaba intacto y puro el Amianto, quemándose las otras materias adjuntas. Este fenómeno solo se veía en las cortes de los Reyes, ó en casas de Señores muy poderosos, por costar dicha tela sumo precio.

Comunmente servia ésta para amortajar los cadáveres, con el fin de que sus cenizas no se mezclasen,

ni confundiesen con las otras cenizas de la pira en donde los quemaban. Tal vez Plinio oyó contar que solian tomar esta precaucion en algunas partes del Oriente; pero ningun otro escritor hace mencion de esta particularidad, aunque se alargan en otras menudas descripciones de las ceremonias, y usos acostumbrados de la quema de los cadáveres.

Se cuenta tambien haberse encontrado algunas urnas de Emperadores, en que se veían las cenizas mezcladas con carbones, sin la mortaja de Amianto. Sin embargo, el testimonio de Plinio es de tal naturaleza, que se hace acreedor á que le demos crédito sobre su palabra, interpretando su testimonio, y aplicándole á algun caso particular, que pudo muy bien acontecer.

De hecho, á principios del siglo pasado se halló un antiguo monumento junto á una de las puertas de Roma, cuya urna tenia elegantes baxos relieves, y abierta se encon-

tró un craneo envuelto entre cenizas, dentro de una mortaja de Amianto que tenia nueve palmos romanos de largo, y siete de ancho. Clemente XI. hizo colocar este precioso monumento en una de las salas de la Biblioteca Vaticana.

Sobre algunas estátuas de Elefantes.

Ningun historiador griego hace mencion de los elefantes ántes del tiempo de Alexandro, cuyos sucesores los introduxéron en sus exércitos tomando el exemplo, y costumbre de los Reyes indianos. La primera vez que los romanos los conociéron, fué quando el Rey Pirro pasó á Italia en socorro de los Tarentinos. Siete años despues, los Cónsules Curio Dentato, y L. Cornelio Lentulo, lleváron á Roma en triunfo los elefantes, que el mismo Pirro perdió en la batalla.

Las cabezas de elefantes que se esculpiéron en el broquel de aquel

Rey, si se debe tener por suyo el que los lleva, y se vé en el capitolio, han dado tal vez motivo para que algunos lo crean, fundándose solamente en haber sido el Rey Pirro el primero que los llevó en su exército á Italia.

Se encuentran varias medallas de Emperadores en carros tirados ya de dos, ya de quatro elefantes.

Se vé tirada de dos de ellos la Emperatriz Faustina, como tambien Baco entrando en Tebas sobre un carro triunfal. En un carro semejante se ven tambien deificadas Statilia, muger de Neron, y Sabina de Adriano.

En el año 502 de Roma se viéron por la primera vez en el circo algunos elefantes expuestos á la lucha con otras fieras, ofreciendo despues espectáculos admirables al pueblo romano. Tal fué entre otros el elefante que en tiempo de Neron se vió baxar sobre una soga desde la mayor altura del anfiteatro

hasta el circo, cavalgándole un caballero romano.

El Senado erigió despues algunas estátuas en honor de Balbino, de Máxîmo, y de Gordiano, puestos en carros triunfales tirados de elefantes. Y Casiodoro hace mencion de los elefantes, que se veían en estátua en la via Appia. Augusto hizo tambien poner en estátua uno de sus elefantes, y colocarla en la plaza de la hortaliza, que se hallaba en la octava region de Roma.

En otras medallas se ven apoyados algunos elefantes sobre los pies posteriores, teniendo levantados los de adelante en ademan de baylar, y otros de jugar á la pelota, á que los acostumbraban. Es digno de nota, que en las medallas de Julio Cesar, en tiempo del Triumbirato, no siendo permitido á los Triumbiros poner su efigie en ellas, hizo grabar la efigie de un elefante, que segun asegura Artemidoro, era em-

blema Antirepublicano, ó Realista, por quanto el elefante solia representar el poder regio, y monárquico.

En el gabinete de Stoch se veía una deydad tirada de elefantes en un rico camafeo, que se creía fuese Cibeles; pero sin duda era alguna Emperatriz deificada, como dixímos de Faustina, pues entre todas solo á Baco representaban los antiguos tirado de aquellos animales.

Sobre si los antiguos se sirviéron de postas.

Una conversacion, en que un sugeto negaba haberse servido los antiguos de postas, y que esta fué solo costumbre de los Godos, me dió motivo para no reputar trabajo inútil, indagar algunas noticias para desengaño de esta errada opinion.

Los Griegos tenian una especie de postas, ó de correos á pie, que llamaban Hermerodromi, que quie-

re decir correo de un dia, porque corrian todo el dia á fin de llevar cartas, ú otros avisos á donde se queria los llevasen. Plinio, Cornelio Nepote, y el Cesar hacen mencion de correos, que caminaban al dia veinte, treinta y mas leguas: y de correos á caballo, que á ciertas distancias se cambiaban, como ahora se acostumbra.

Xenofonte dice, que Ciro fué el primero que estableció en su reyno estos correos: y Herodoto añade que los Persas se servian de ellos, y que no habia en la tierra quien les aventajase en velocidad. Escribe á mas de esto Xenofonte, que quiso hacer Ciro la experiencia de quánto camino podia hacer en un dia uno de aquellos caballos trotando velozmente; y hecha ya la experiencia, en el término del espacio ya corrido, hizo fabricar caballerizas, y poner en ellas caballos, y gente que cuidase de ellos, y que sirviese á los que corrian por

aquellos caminos, dándose unos á otros la muda en los términos establecidos para ello.

No se sabe que los Romanos tuviesen postas semejantes á las de Persia, hasta el tiempo de Augusto: éste fué el primero que las estableció en Italia, y continuáron en servirse de ellas los Romanos por mucho tiempo, como se infiere de la historia eclesiástica de Sócrates; á lo ménos permanecia este cómodo establecimiento en tiempo de Diocleciano y de Constantino, pues se dice de éste, que luego que supo la muerte de su padre Constancio, que gobernaba entonces las Galias, tomó la posta en la obscuridad de la noche, para ir á sucederle en el imperio, añadiéndose, que llegando á cada término de ellas, hacia desjarretar los caballos, á fin de que ninguno pudiese seguirle, ni precederle en el camino.

Ni eran solo los correos públi-

cos los que corrian estas postas ; se servian tambien de ellas los particulares, bien que quando los correos llevaban despachos públicos, se servian por distintivo de un plumage, el qual á mas de servirles de adorno, y de condecoracion, era símbolo de la velocidad, como lo insinúa un antiguo glosario citado por Geofroi.

Sobre los Eunucos.

Los antiguos llamaban Eunucos, así á los que sufrian la amputacion parcial, como la total, quedando unos y otros incapaces para la generacion. Los pueblos orientales extremamente zelosos de sus mugeres, hiciéron grande aprecio de los Eunucos : y no contentos los Príncipes en confiarles la guarda de sus mugeres, les confiáron tambien las de sus personas. Con esto no es de extrañar que recayesen sobre ellos los mas altos ho-

nores y distinciones en las cortes de Roma, y de Constantinopla luego que se introduxéron en ellas, imitando el exemplo de los Reyes del oriente.

Esta bárbara costumbre la atribuye poéticamente Claudiano á los caprichos de la Reyna Semiramis, aunque pone en duda si se debe reputar la institutora de tal costumbre, diciendo:

Seu prima Semiramis, astu
As, siriis mentita virum, ne vocis acutæ
Molities, levesque genæ se prodere possent,
Hos sibi conjunxit similes, seu parthica ferro
Luxuries vetuit nasci lanuginis umbram,
Servatosque diu puerili flore, coegit
Arte retardatam veneri serviri juventam.

Los Griegos, fuera de la institucion mirada como religiosa de los Sacerdotes de Cibeles, y de los del Templo de Diana en Efeso, miraban con menosprecio y detesta-

cion el uso de los Eunucos, como lo atestigua Filostrato. De Andronico, Rey de Lidia, se cuenta que quiso por antojo hacer Eunucos de las mugeres, para que guardasen sus concubinas; y para conseguirlo, cuentan que se las arrancó el intestino del feto, lo que pudiera llevar visos de cuento.

Los Romanos tardáron en adoptar la costumbre de los Asiáticos en este particular, mirándola con desprecio, como se echa de ver por Horacio, y por Claudiano. Plinio nos dice, que se contentaban con atajar en los jóvenes favoritos las señales de la virilidad en sus rostros, haciéndoles tomar cocimientos de ciertas hiervas, y haciéndoles fregar el rostro con las rayces de Jacinto, infusas en vino dulce.

En nuestros tiempos solo Italia conserva la costumbre de la amputacion parcial en los jóvenes, que destinan á los teatros, para no per-

der la aficion de regalar sus oídos con aquellas voces afeminadas.

Sobre el modo, y costumbre de los antiguos en dorar las estátuas, y metales.

Haciendo el Conde de Caylus la descripcion de una estátua de bronce de Osiris, repara en una particularidad, á que debe dicha estátua su perfecta conservacion despues de tantos siglos; y es que el artífice tuvo la precaucion de cubrir el bronce con una capa de yeso, que doró. Pero para que durase la capa de yeso sobre un cuerpo liso, como el bronce, era preciso unir con el yeso otra materia que lo atase, y lo consolidase.

Para esto solian servirse los Egipcios de mezclar con el yeso la paja de arroz, como lo echa de ver el que exâmina con atencion las capas de yeso, que conservan las estátuas que las tienen. En la sala

de antiguedades de Santa Genevefa, se veía un esfinge egipciaco de madera de cipres, que conservaba todavía parte de la tal capa, y dorado, como se ven tambien en las ruinas de la ciudad de Persepolis.

Plinio atribuye á los Egipcios un modo particular de pintar sobre la plata. Pero interpretando las expresiones de Plinio, parece indicar el barniz, con que cubrian los vasos y utensilios de este metal, semejante, sino en el color, á lo ménos en la substancia, á la pasta, ó barniz, que cubre la tabla Isiaca; pero tal vez esta tabla Isiaca se hizo en Roma á la manera de los Egipcios, sin tener mas que la semejanza.

Segun algunos, la pretendida pintura Egipciaca de Plinio, no es otra cosa que un dorado á fuego. De este modo solian los Egipcios pintar en platos de plata la figura del Dios Anubis, cuyo rostro debia ser siempre de color de oro, ó

bermejo, y por esto sin duda dice Plinio tratando de esto: *Pingitque Egiptus non cælat argentum.*

El mismo Conde de Caylus, haciendo la descripcion de un pedazo de esmalte, reliquia de la magnificencia de los Romanos en los adornos de sus casas, pone algunas reflexîones, que coinciden con el modo de dorar de los Egipcios, diciendo, que su color es de un azul claro, sumamente bello, de siete líneas de ancho, de alto quatro pulgadas, y dos líneas.

Era este esmalte una porcion de la capa que cubria las paredes de una sala, en que se veían varios adornos pintados segun el gusto antiguo romano. A lo ménos lo indica una figura de la victoria con las alas extendidas, que tiene en la mano una especie de vanderilla, como se vé representada en algunas medallas, y monedas de Septimio Severo.

Lo que sobre todo merece la

atencion de los curiosos inteligentes en la materia, es, que el oro se puso allí en hoja, y se conservó sobre la superficie lisa del esmalte, sin duda mediante algun mordiente maravilloso. Sobre esto se puede ver lo que dice Sicard acerca de la conservacion, y explendor de estos antiguos dorados, mezclados de color celeste y encarnado.

No creo se llevará con impaciencia que ponga aquí el parecer de Mr. de Rouelles sobre los mordientes, y el uso que hacian de ellos los antiguos, que causaban admiracion, mientras no se habia penetrado su secreto; mas ahora se sabe que los componian con goma y resina, las quales ántes de secarse tienen la propiedad de prender los cuerpos ligeros, que se les presentan.

Los olios grasos, que se secan al ayre, las resinas líquidas, y aquellas que tienen necesidad de ser desleidas, para que se presten al

manejo del pincel, son los ingredientes de todo mordiente. Con éstos se cubre ligeramente la superficie de qualquiera cuerpo, que se desea dorar, ó pintar.

Los antiguos usáron muchas especies de trementinas, la goma del barniz, la sandaraca; y muchas especies de resinas, que les servian de mordientes, y los ponia en estado de variar sus modificaciones aunque las materias comunes eran suficientes para esta operacion, sin que se pretenda con esto atribuir al mordiente la conservacion de los colores, sino á los colores mismos, los que aplicados ya, y establecidos, no padecen alteracion, por quedar impenetrables al ayre, y á la humedad.

Este es uno de los principales motivos por qué el oro, y el azul se conserváron por tantos siglos en el Egipto. Ninguna cosa es capaz de destruir el oro si la hoja es algo

recia. A mas de esto tal vez echaban los antiguos el oro en polvo sobre el mordiente líquido, cubriendo con él toda la superficie; aunque el oro puesto en polvo no luce, ni brilla tanto. El azul es igualmente sólido que el oro, siendo su materia vidrificable.

El encarnado se hace con el bermellon, y minio de los antiguos, materia, que sea natural, sea jacticia, es siempre una composicion de azufre y de mercurio, ó convinacion de los mismos, que dura mucho. La naturaleza de tales colores resiste á las inclemencias de los tiempos, principalmente en los paises calientes, como lo es el alto Egipto, y el clima tambien de Roma, cuyas situaciones tenian poco mas ó ménos el mismo grado de sequedad.

Los antiguos solian dorar como nosotros las figuras, y metopas. El oro de una bóveda del palacio de

los Emperadores, se conserva intacto á pesar de la humedad del sitio en que se halló sepultado, lo que se puede atribuir á lo recio de la lámina del oro, que usaban los antiguos; pues su dorado á fuego, y las hojas que empleaban en ello, eran en cotejo de las que nos servímos, como de seis á uno de recio, y en los otros dorados como de veinte y dos á uno.

Se ven hoy dia muchas estátuas de bronce de los antiguos, doradas con esta solidez, como lo manifiesta la estátua eqüestre de Marco Aurelio, y lo que queda del carro, y de los caballos en el frontis del teatro del Herculano, y particularmente el Hércules del capitolio, y los quatro caballos de la fachada de la iglesia de San Marcos en Venecia, trasladados últimamente á Paris.

No se pueden ver sin admiracion las fajas de color celeste, cargadas de figuritas de oro, que sub-

sisten todavia en las salas subterráneas del palacio de los Emperadores en el monte Palatino, y que despues sirviéron de adorno á la granja del Principe Borghese.

Parece que fué Neron el que introduxo el gusto extravagante de hacer dorar las estátuas de mármol, como se vé en la urna de una ninfa, que con un sátiro forma uno de los bellos grupos del museo Pio-Clementino. Se halláron á mas de esto cabezas de mármol doradas, como la del Apolo del capitolio.

Este dorado no se hacia siempre extendiendo el yeso sobre la superficie, sino que á veces se ponia el oro sin yeso sobre la superficie de la estátua, sirviéndose para ello de la clara de huevo, para que el oro quedase pegado. Los modernos se sirven del ajo para este efecto, poniendo una capa sutil de yeso, sobre la qual extienden las hojas del oro: algunos otros se sir-

ven de la leche del higo ántes que madure para el mismo fin.

La ciudad de Aix en Provenza suministró un monumento singular del antiguo dorado sobre el mármol en una lápida, que fué ciertamente de un antiguo sepulcro romano. Las últimas letras de la lápida estaban todavia doradas. Usáron tambien los antiguos del dorado falso, como se echa de ver en una antigua caja de mumia, cuyas pinturas, aunque estaban casi del todo borradas, quedaba sin embargo alguna parte del dorado, y del azul, hecho de cobre.

Sobre el aprecio y concepto que formáron los antiguos de la agricultura.

Apenas hay nacion antigua que no haya atribuido la invencion de la agricultura á algunos de sus dioses. Los Egipcios la atribuían á su dios Osiris, y para denotarlo la

ponian en la mano el arado. Los Griegos á la diosa Ceres, que la enseñó á Triptolemo: y los primeros pueblos de la Italia colocáron en el cielo á Saturno, y á Jano como inventores de la agricultura.

Hiciéron de ella una agradable ocupacion los mayores hombres, y aun Príncipes entre los antiguos. Del gran Ciro se cuenta que se ocupaba en plantar los árboles de sus jardines, y en cultivarlos. Al verle Lisandro de Lacedemonia empleado en ello, exclamó: todos os deben reputar por dichoso, por haber sabido unir un virtuoso exercicio á tanta grandeza.

Ahora no creo, que se deba contar entre las virtudes, no digo de los Príncipes, sino de los particulares, el cultivar sus jardines, como lo reputaba Lisandro y Geron, Atalo, Archelao, y otros que deben la honorífica mencion, que hizo de ellos Xenofonte sobre este particular, repetida por Plinio.

Este fué uno de los principales objetos del Legislador de los Romanos, que para dar á la agricultura, y al concepto que se le debe, un cimiento mas firme, la hermanó con la religion instituyendo doce Sacerdotes, que llamó *Arbales*, como si dixéramos campesinos, y despues de su institucion, habiendo fallecido uno de ellos, quiso el mismo Rómulo quedar admitido en su lugar.

Para autorizar tambien mucho mas esta dignidad, no se concedia entrar en aquel cuerpo de Sacerdotes, sino á los mas ilustres entre los Romanos. Bien que por mas ilustres que fuesen no eran mas que familias de labradores, pues Rómulo asignó á cada una de ellas dos yugadas de terreno, con la condicion que debiesen cultivarlas con sus propias manos.

Estas dos yugadas se llamaban la herencia, porque debian pasar á los hijos de aquellos que las

habian recibido de Rómulo, como lo dice Varron: *Bina jugera, quod à Romulo primum divisa, dicebantur viritim; quæ quod hæredem sequerentur, hæredium appellarunt.* Esta corta herencia se acrecentó con el tiempo. Segun Tito Livio, el Senado concedió despues siete yugadas de terreno á todo ciudadano, que fuese á establecerse á Veia.

Marco Curio, despues de sus triunfos, solia decir por Roma, que debia ser reputado dañoso á la república qualquiera ciudadano que no se contentaba con siete yugadas de terreno: pero la ambicion y codicia no se convierten con sermones. De hecho vemos, que ya en tiempo de Servio Tulio, habia particulares que poseian mas de cien yugadas de tierra; luego mas de doscientas, á que dió motivo la distincion, y division del pueblo Romano en tribus, hecha por Servio Tulio, con que aumentó la fortuna de los nobles.

Licinio quiso poner freno á la ambicion de los particulares con una ley, que prohibia á todo ciudadano poseer mas de quinientas yugadas. La reparticion del terreno en pequeñas porciones cultivadas por los mismos poseedores, subministraba la necesaria subsistencia, de modo, que no necesitaban de irla á buscar á tierras extrañas, bastando á sus numerosos habitantes el terreno que cultivaban por sus manos. Y los víveres iban tan varatos, que en tiempo del Idilio Marquio Marcio, el caiz de trigo costaba un real de los nuestros.

Curio, y Fabricio, de los quales el primero logró conquistar, y sojuzgar á los Sabinos, y el segundo echar de Italia á Pirro, no poseyéron mas que las siete yugadas que se repartian por cabeza en las tierras de reciente conquista, y que cultivaban con sus manos, con el mismo empeño, y honra con que manejaban las armas. Fabricio fué

Consul el año 474 de Roma.

No era este el solo motivo de los adelantamientos de la agricultura en aquellos tiempos, en que los dueños de los campos eran tambien sus cultivadores, sino que tambien velaba el gobierno sobre su cultivo; de modo, que si hallaban algun labrador descuidado y negligente, era reprendido, y castigado en juicio por uno de los Censores.

Otro motivo tambien del aprecio que hacian los Romanos de la agricultura, era la mayor consideracion, y los honores con que condecoró Servio Tulio á las tribus rústicas, ó de los labradores en cotejo de las otras tribus de la ciudad. Los que labraban los campos ocupaban los empleos, y puestos honoríficos, y su nobleza era reputada la mas acendrada, como el cultivo del campo el oficio mas honesto, noble, y honorífico.

A esta consideracion debiéron

los Romanos las creces de su grandeza. Así la agricultura fué para ellos un maniantal inexhausto de riqueza, mucho mas sólida, que la de los metales, que sacaban los Cartagineses de las minas de España, y luego los mismos Romanos. La reparticion de las tierras conquistadas los constituía como otros tantos particulares soberanos, de donde procedió aquel ardiente amor á la patria que los hizo distinguir en tantas ocasiones, hasta que la ambicion y codicia, con la extension de las conquistas maleáron sus corazones, y corrompiéron sus sentimientos.

Entónces cada particular no atendia ya sino á enriquecerse, y á extender su particular dominio. Para poner freno á esta ambicion y codicia, promulgó Tiberio Gracco una ley, que vedaba á todo ciudadano la venta de las haciendas que les habian tocado en la reparticion. Pero luego la ambicion de

los ya ricos, hizo revocar, y anular esta ley por un Tribuno, para poder comprar las tierras de los disipadores, que miraban ya con desprecio el cultivo del campo.

Así llegáron insensiblemente las cosas á tales extremos, que la mitad de las provincias de Africa se halló en poder de seis solos ciudadanos Romanos. Se hace casi increible la exhorbitante fortuna de Licinio Craso, de quien dice Plinio, que empleó mas de cincuenta millones en compras de tierras. Sin embargo, Sila llegó á ser mas rico, que Craso, y Narciso, en tiempo del Emperador Claudio, adquirió tantas riquezas, que le daban tres millones de renta. De modo que entre Craso, Sila, Narciso, y Palante, se hubieran podido repartir todo el territorio comprado por ellos, en que la España queda comprehendida.

M. Caton, segun dice Séneca, disfrutaba quatro millones de renta,

y á Lentulo dió de una vez Augusto quatrocientos mil sextercios. ¿Cómo era posible que estos Señores pudiesen adaptarse á cultivar el campo? Así faltando el antiguo aprecio de la agricultura, faltó tambien la industria, y el antiguo esmero en el cultivo del campo, y con ellos llegó á faltar la necesaria subsistencia á Roma, y aun á las provincias de Italia, que se vieron precisadas á recurrir á las extrañas.

Sobre la antigüedad de las campanas.

Es comun opinion, que el uso de las campanas es reciente, y que se inventáron en la Campania, territorio del reyno de Nápoles, y aun señalan á Nola por la primera ciudad, que se complació con el ruido de tales instrumentos de tan sonora música metálica. Pero esta vulgar opinion es igualmente errónea como otras muchas que fomentan los pueblos, sin que se les saque del error.

Por un antiguo Escoliaste sabemos que muchos de los antiguos acostumbraban tañer las campanas en los sacrificios de expiacion, en los misterios de Cabiris y de Baco, pero que las tañian, no para llamar al pueblo con el fin que asistiesen á los misterios que les eran prohibidos, ó á lo ménos cuya entrada les era vedada, sino porque se persuadian, como lo observa Clemente Alexandrino, que el sonido del metal tenia virtud para purificar al ayre.

En un baxo relieve del capitolio se vé representado un triunfo del dios Baco, y en él una bacante que lleva orlada su túnica de muchas campanillas; y leemos que Eurípides adornó con otras campanillas semejantes el escudo del Rey de Tracia, y los pechos de sus caballos. Eschilo dice de Tideo que llevaba tambien muchas campanillas en su escudo.

En un sepulcro que sirve de

adorno á la granja de la casa Albani, se vé un sileno montado en su orejuda cabalgadura, que lleva al cuello una campanilla, y Fedro hace la descripcion de un mulo en una de sus fábulas, que iba muy ufano con las que llevaba.

Celsa cervice eminens,
Clarumque collo jactans tintinabulum.

Las campanillas del Priapo de Portici, son de bronce, con flores plateadas.

Era costumbre en Roma dar señal con una campana para avisar al pueblo que habia llegado la hora de ir á los baños, como se infiere de uno de los epígramas de Marcial, en que dice;

Redde pilam; sonat æs thermarum.

Cuenta Ursino que en el año 1548, se halló entre las ruinas de las termas de Diocleciano una campana de bronce, en la qual estaban escritas estas palabras: Firmi Balneatoris, esto es, de Firmo que anda de los baños.

Tucídides nos dice, que los soldados griegos que estaban de centinela de noche, usaban de campanillas para responder al Santo del que iba de ronda, el qual se los pedia con el sonido de otra campanilla que llevaba á este fin, para conocer si la centinela dormia ó estaba de vela, segun el sonido y golpes con que debia corresponder al sonido y golpes que daba con la suya. En Roma solian tambien tocar una campana para llamar los esclavos á los trabajos públicos.

Esto creo que bastará para que no se dé á las campanas un origen tan moderno. Bien si no les ocurrió á los antiguos poner enormes campanas en los campanarios, para llamar á los vecinos, ni mucho ménos poner tres, quatro, y cinco en un campanario solo, para tener la ridícula vanidad de decir, que aquellas campanas son mayores y mejores que las del otro campanario, á costa del vecindario.

Si los antiguos hacian uso de la cera como nosotros.

Hubiera omitido este capítulo si no hubiese oido á un caballero negar redondamente, que los antiguos hubiesen hecho el uso que hacémos nosotros de la cera, pues tal vez lo hiciéron mucho mayor en sus casas, en sus convites, en sus templos, en sus funerales, y en sus fiestas, usando en todo esto de velas de cera y de cirios, como nosotros.

Los pintores se servian tambien de la cera para sus encaustos, como tambien los escultores para muchos de sus modelos.

Exigite ut mores teneros ceu police ducat,
Ut si quis cera vultum facit.

Como dice Juvenal. Hacian tambien uso de la cera para cubrir con ella á mas de la pez los costados de las naves, como lo hacémos ahora con el cobre, aunque lo ha-

cian solo para que no penetrasen tan facilmente la humedad: de aquí viene que Ovidio dió á las naves el epiteto de *cerata*.

Cerula ceratas accipit unda rates.

Pero el uso mas ordinario que hacian de la cera, es el que nosotros no conocémos para escribir, estendiendo la cera sobre tablillas, y quando escribian cartas ó testamentos, doblaban las tablillas, y las ataban con hilo, sobre cuyas extremidades echaban cera para que recibiese la impresion del sello.

Tampoco conocémos la cera que ellos llamaban púnica, y que servia para el encausto de sus pinturas, mezclando con ella los colores. La misma cera púnica tenia la propiedad, como nos lo asegura Plinio, de deshacerse en el agua, como el xabon; la que tambien servia de medicina. Esta cera no era ciertamente natural, sino artifacta, y seria cosa útil y curiosa el saber cómo la hacian, quitándola aquella pro-

piedad natural de endurecerse en el agua, como lo experimentamos en la nuestra, y dándole la propiedad contraria de poder ser desleida en ella.

Sobre los caracteres de los manuscritos, encontrados en Herculano.

Los que hayan visto el famoso antiguo manuscrito de los setenta en la Biblioteca Vaticana, pueden concebir mejor la forma, y grandeza de los caractéres encontrados en el Herculano; pero es preciso advertir, que quando florecia la ciudad del Herculano se usaban en ella los caracteres itálicos, como lo manifiestan las letras con que se gravó un verso de Eurípides en una pared.

La forma de las letras de estos manuscritos suscita una idea diferente de aquella que se forma comunmente de la escritura de aquellos antiguos tiempos; porque

las piernas, por decirlo asi, de las letras que se extienden ácia delante, indican ser de mano posterior á la de los antiguos tiempos de la Grecia, como lo echan de ver los que son prácticos en la antigua escritura de los Griegos.

A lo ménos este es el parecer de Baudelet, al que atribuye la forma de letra de estos manuscritos, á los últimos tiempos de los Emperadores Romanos Prueba de ello es, que en casi todas las tablas en que se ven formadas las antiguas letras griegas, y que se han publicado hasta nuestros tiempos, son falaces, como lo manifiestan claramente las medallas.

Por exemplo el Ω puesto debaxo de letras unciales, lo atribuye Montafcon al tiempo de Domiciano, hallándose ya usado dos siglos antes, como se vé en las medallas Siriacas. Lo manifiesta tambien la inscripcion puesta en el gran vaso de bronce, que se conserva

en el capitolio, y que fué un donativo que hizo Mitridates Eupator, último Príncipe de su línea entre los Reyes del Ponto, á un Gimnasio que estableció.

Pero esta especie de Cronología es muy falaz, y nos puede hacer concebir juicios erróneos sobre la tal materia, como se puede deducir de la estátua de Hércules de Belvedere, que hizo Miguel Angel Buonarroti. Porque si alguno, por exemplo, quisiera determinar la época en que se hizo aquella obra insigne, y para ello recurriese á la inscripcion que le puso su autor, se engañaria por la forma de la letra Omega, puesta allí por el autor, pues por ella sola atribuiria una obra excelente á unos tiempos en que no habia escultor alguno capaz de hacerla.

Todas las palabras de aquellos manuscritos del Herculano estan escritas con letras unciales, sin que ni una coma, ni un punto deno-

ten los periodos, y las cláusulas. Tampoco se vé un punto interrogativo, ni admirativo. La forma y tamaño de las letras se pueden comparar á las que se ven en las ediciones raras de algunos autores griegos del Lascari, y á las del Pindaro de Oxfort.

Sobre la multitud de los dioses particulares que tenian los Romanos.

Se cree comunmente que los Romanos no tenian otros dioses que aquellos que llamaban dioses grandes, *magni dii*, como Júpiter, Minerva, Apolo, Venus, Marte, y así otros, que pocos ignoran; pero hay muchos que ignoran la multitud de otros dioses particulares que tenian en grande veneracion, cuyo conocimiento sirve al hombre sabio para formar sobre ellos juiciosas reflexîones, y para que cotejando los tiempos y pueblos, unos con otros, no extrañe lo que vé

en los tiempos en que vive.

Aurelio Victor fué uno de los que mas particularmente nos ha conservado la memoria de los nombres de los dioses particulares del pueblo Romano, y el culto que se les daba. Pondré aquí algunos pocos, pues bastarán para formar idea de los demas, que fuera largo y enfadoso referir.

Volumnio y Volumnia.

Así eran llamados los dioses, que en particular veneraban los desposados, los quales solian llevar al cuello por algunos dias, despues de su casamiento, las efigies de oro ó de plata. De estos dioses, el primero que les edificó templo en Roma, fué el Consul Balbo, que lo erigió junto á la puerta llamada ántes Corintia, y que tomando despues su nombre se llamó *Cripta Balbi.*

Todos los Cónsules, Senado-

res, y Caballeros principales de Roma solian ir á desposarse á este templo, y como una mera costumbre en materias religiosas, se identifica luego con la religion misma, de modo, que parece que quien dexa de seguir aquella costumbre, dexa de seguir su religion, ó á lo ménos, parece que falta á ella; así sucedió, que no habiendo querido Pompeyo seguir la costumbre establecida en Roma de ir á casarse al templo de Volumnio, quando se casó con la hija de Julio Cesar, toda Roma murmuró de él, escandalizada sin duda; y muchos pronosticáron duraria poco aquel casamiento, como sucedió.

El dios Cancio.

Para cada cosa tenian los Romanos su dios particular, y aun muchos para una cosa misma, como por exemplo, los casados luego que habian cumplido con las

ceremonias y culto al dios Volumnio, tomaban por su protector al dios Cancio, el qual presidia á la fecundidad de sus casamientos, y como tal recibia muchos dones de los casados, y particularmente de las casadas, á fin de que les concediese, no como quiera hijos en general, sino hijos sabios, fuertes y juiciosos.

Los dioses Vaginato, Cunino, y Runino.

Estos dioses eran tambien de los casados, ó pertenecientes á cosas del casamiento, como el dios Vaginato, á quien los casados hacian freqüentes sacrificios para que impidiese fuesen llorones sus hijos, por tener por mal aguero sus freqüentes lloros.

No contentos con el dios Cancio y Vaginato, invocaban tambien al dios Cunino, que presidia á las cunas de los niños. Sobre este dios

cuenta Herodiano y Pulo en la vida del Emperador Severo, que habiendo parido su muger Julia, luego que lo supo su hermana Desa, que se hallaba en Persia, la envió á Roma en regalo una cuna, en que hizo esculpir varias imágenes del dios Cunino; era esta cuna de tan grande precio, que despues de la muerte del Emperador Severo, se puso en el tesoro del imperio.

Obtuvo tambien igual veneracion de los Romanos el dios Runino, y en especial de las mugeres, que le hacian muchos presentes y freqüentes sacrificios, pues era el dios de los niños de teta, á fin que les conservase sanos los pechos, y les diese abundancia de leche. Por esto solian llevar por dige sagrado al cuello la imágen de este dios todo el tiempo que criaban.

Del dios Estelino.

Era este otro dios patrocinador de los niños que comenzaban á caminar, y recibía freqüentes dones de los padres para que preservase sus hijos de desgracias, y no quedasen cojos, mancos, ni contrahechos, porque los tales eran tenidos en tan poca consideracion por los Romanos, que no podian obtener empleo senatorio, ni ser Sacerdotes de ningun templo.

Sobre esto cuenta Herculo en el libro tercero de su República, que Cornelia, madre de los Graccos, excelente matrona Romana, habiendo tenido la desgracia de parir sus dos primeros hijos, el uno enano, y otro cojo, creyó que el dios Estelino estuviese enojado con ella, y para aplacarle y tenerle favorable, le hizo erigir un templo en los huertos de Detha, fuera de las murallas de Roma. Subsistía este tem-

plo en tiempo del Rey Randagasmo, que con el motivo de poner sitio á Roma, lo arrasó, como lo hizo con todos los demas templos que habia, y eran muchos, al rededor de la ciudad.

Del dios Adeon.

Quando los niños llegaban á caminar de por sí sin ayuda agena, entraban baxo la proteccion del dios Adeon. Aunque Ciceron ponga á este dios entre el número de los antiguos dioses de Roma, no parece que tuvo templo en ella hasta el tiempo de la Emperatriz Mamea, madre del Emperador Antonino, la qual, como quedase viuda con dos hijos pequeños, á fin que el dios Adeon los conservase sanos, le edificó un templo cerca del Vaticano, en los huertos de Domicilo, y junto á este templo erigió á su memoria una capilla, que se llamó *Sacellum mameæ.*

De los dioses Esculano, Fesoría, Pelonia, Cenoria Stimula, y dios Espinense.

Esculano era el dios que presidia á las minas de los Romanos, para que les diese abundancia de metal, y dentro de las minas solian formarle capillas en que le veneraban.

La diosa Fesoría era invocada por los viageros para que los preservase de desgracias por los caminos, y los dexase llegar sanos al término de su viage.

La diosa Pelonia era invocada en tiempo de guerra para que no dexase entrar en sus tierras los enemigos, ó si entraban, para que los echase de ellas.

Solian invocar á la diosa Cenoria para que no dexase avasallar sus cuerpos de la pereza, y de la desidia.

La diosa Stimula era la que favorecia la industria, y la diligencia

en todos los negocios, y la invocaban tambien para que acortase los pleytos. Se veía su efigie colocada sobre la puerta del Senado.

El dios Espinense era tambien dios de los labradores, que le hacian sus súplicas á fin que no dexase abundar en sus campos las espinas, la maleza y la cizaña.

De la diosa Tutilina.

Creían los Romanos que la diosa Tutilina intercedia con Júpiter para que apartase de sus campos el granizo. Tenia un templo en la plaza de Apolo, junto á la casa de Rómulo, y cada vez que amenazaba tronada, encendian en su templo muchas velas de cera.

Del dios Forculo, y Matuta.

Para que no faltase tampoco dios á los cerrojos, y tuviese bien cerradas sus casas, y defendidas de

ladrones, diéron esta incumbencia al dios Forculo, cuya efigie llevaba en las manos un candado con llaves; en esta forma se veía su imágen sobre la puerta Tergemina.

La diosa Matuta presidia á las viñas, y por lo comun en los grandes viñedos solia tener una capillita, que debian respetar poco los hambrientos de ubas.

De la diosa Meretriz.

Hasta las meretrizes tenian en Roma su diosa, y queda en duda si ella dió el nombre al oficio, ó si el oficio se lo dió; pues se cuenta que en tiempo de Anco Marcio exîstió esta meretriz, natural del Municipio de Laurento, y era de tan singular hermosura, que llegó á adquirir muchas riquezas con ella, de modo que quando murió pudo hacer una conspiqua manda al pueblo romano, el qual agredecido á su munificencia, le erigió un tem-

plo, y la dió por diosa á todas las meretrices.

Si los cisnes tuviéron el canto melodioso, que les atribuyéron los antiguos.

Apénas hubo escritor, ó poeta antiguo que no haya exâgerado el melodioso canto de los cisnes, especialmente quando estaban para morir. Esiodo, Homero, Eschiles, Eurípides, Theocrito, Platon, Ciceron, Virgilio, Lucrecio, Ovidio, y tantos otros, parece que creyéron su canto melodioso, á no ser que fuesen expresiones de sola opinion general, como daban todos alas al caballo Pegaso, y así de otras ficciones poéticas que trataban como verdaderas, sin merecer su creencia.

Lo cierto es, que muchos escritores que celebráron el dulce canto de aquellas aves, asemejaban otras veces su canto al de los gansos. Aris-

tófanes, que echaba á risa quanto le ocurria, hace una ridícula parodia de la naturaleza, como la hizo á la virtud, aludiendo al canto melodioso de los cisnes, que expresa con la seguida de los monasilabos *tio, tio, tio, tinx.*

El mismo Virgilio, que en otras partes alabó su canto, les dió en otra el epiteto de roncos.

Dant sonitum rauci per stagna loquacia, cigni. Eliano, que escribió la historia de los animales en tiempo de Alexandro Severo, ácia la mitad del tercer siglo, en su primer libro niega el dulce canto, que en general se atribuía á los cisnes; pero en el vigésimo, dexándose llevar de la opinion de Aristóteles, que cita á este objeto, dice, que en las playas de Africa se habian oido cantar dulcemente algunos cisnes.

Plinio es uno de los que ponen en duda tal melodía, despues de haber hecho muchas pruebas

y experiencias para verificarlo, *falso, ut arbitror, aliquot experimentis.* Pero el buen Ecateo de Mileto nos cuenta, sobre su palabra, que los cisnes de las regiones septentrionales se unian á los Sacerdotes y músicos de Apolo, á cuyas alabanzas mezclaban la armonía de su canto.

Luciano, que sabia distinguir las observaciones de los naturalistas, de los cuentos fabulosos, en la descripcion que hace de su viaje por la Italia, dice, que los cisnes que vió por el rio Pó, no cantaban con la melodía que les atribuían los antiguos. Esta variedad de opiniones sobre el canto de una ave familiar á los Griegos, y Romanos, que no merece la consideracion de un recto criterio, suscitó mil disputas entre algunos naturalistas.

Aldrovando, despues de haber perdido el tiempo en qüestionar sobre esto con Mr. Morin, quiso perder tambien mucho mas en hacer la anatomía del gaznate de los

cisnes, asegurándonos despues de sus experiencias, que la melodía del canto era propia de los cisnes selvages, pero no de los caseros; tanto puede una preocupacion aun en el entendimiento de unos hombres erudítos.

Iguales disputas naciéron despues entre Federico Pendasi, y Jorge Braun, y Willoughby, y Ray. Los dos primeros sostenian la melodía de los cisnes, y para prueba de ello decia el Pendasi, que en el lago de Mantua habia oido cantar dulcemente aquellas aves, y el Braun en el canal de la Mancha. Los otros dos les decian cortesmente, que habian sido engañados sus oidos, por no decirles que mentian.

Olao Vormio, que era de la opinion de aquellos dos primeros, la defiende con la relacion que le hizo un caballero de Norvega, que una mañana en el canton de Nidros habia visto y oido una vandada de cisnes, que cantaban

maravillosamente, y que lo mismo le habian asegurado en Irlanda algunos Irlandeses; en lo que manifiesta su credulidad solo por sostener y defender su opinion.

¿Qué dirémos de la otra particularidad que se atribuye á los cisnes quando cantan en la hora de la muerte, que hacen tal esfuerzo, que erizándoseles las plumas de la cabeza llegan á romperles los sesos, y que en fuerza del dolor que sienten arrojan aquellos sones melodiosos? Esto parece nos quiere dar á entender Ovidio en aquellos versos.

Veluti canentia dura
Trayectus pena tempora, cantat olor.

Mas esta particularidad se puede poner al lado de la otra que les atribuyen Aristóteles, y Píndaro, que los hacen feroces, al tiempo que el mismo Ovidio les llama mansos é inocentes. *Innocui.* De que se infiere, que esta opinion de los antiguos sobre los cisnes, fué meramente poética, y sirviéndose de ella

los primeros poetas la siguiéron los demas, y se sirviéron de ella para adorno de sus poesías.

Sobre las épocas de los Romanos, y sobre la edad que se requería para exercer los empleos de la República.

Los Romanos contaban tres épocas de mundo; la primera la comenzaban á contar desde la edad envuelta en las tinieblas, que hacian llegar hasta los tiempos de Ogiges, Rey del Atica, en cuyo tiempo aconteció el diluvio de la Grecia. La segunda era llamada la edad fabulosa ó de los héroes hasta la primera olimpiada ; y la tercera la edad de la historia, que tuvo principio con la fundacion de Roma.

Desde los principios de la República se introduxo la loable costumbre de la adopcion, y las leyes estableciéron, que el que adoptaba á alguno por hijo, debiese contar

diez y ocho años mas que el ahijado. La edad establecida para casarse no debia ser ménos de los catorce en los varones, y de doce en las doncellas. Podian éstas sin embargo ser conducidas, y estar en la casa de su futuro esposo; pero hasta la edad cabal no podian entrar en los derechos y honores de las madres de familia.

Para lograr las dos edilidades era necesario que los pretendientes llegasen á la edad de veinte y siete años. La edad consular, ó apta para obtener el consulado, era de quarenta y tres, á no ser que los servicios señalados les dispensasen de esta obligacion, como le sucedió á Corvino, que fué nombrado Consul de veinte y tres años, y Scipion y Pompeyo á los treinta y seis.

La ley Servilia fixó el término de treinta para poder obtener empleos de importancia. Todos, sin exceptuar ninguno, estaban sujetos

á la edad de diez y siete años al encabezamiento militar; á los quarenta y cinco quedaban exêntos del servicio. La Pretura no se daba sino á los quarenta, y el consulado hasta dos años despues de haber obtenido aquella dignidad.

Se vé sin embargo, que Bruto era ya Pretor dos años ántes de su muerte, esto es, á los treinta y cinco. Para ser Qüestor, ó Tribuno del pueblo, se requería la edad de veinte y siete años. No se podia lograr ningun empleo mayor en la República, sino despues que los ciudadanos habian hecho diez campañas, comenzando el servicio, como se dixo, á los diez y siete.

Sobre una cocina y sus utensilios encontrados en las ruinas del Herculano.

¡Qué hallazgo para la curiosidad del hombre, cosas de poca monta; pero cuya exîstencia nos parece

imposible despues de tantos siglos! Su vista nos transporta, por decirlo así, á los tiempos en que se hicié-ron, y escita nuestra admiracion. Tales son, entre otras muchas, las que se encontráron en las ruinas del Herculano, y entre aquellas, la cocina de una casa, en que se halláron intactos muchos utensilios.

Los hornillos, y algunos fornelos eran casi semejantes á los nuestros, indicando por su construccion, que los Romanos hacian mayor uso de la leña, que del carbon. La menuda descripcion de esta cocina se puede ver en la obra de Mr. de Fougeroux sobre las ruinas del Herculano. Y aunque casi todos los utensilios eran en su forma semejantes á los nuestros; pero en vez de ser de hierro ó de cobre, eran de bronce, y las cazuelas, en vez de ser estañadas con estaño, lo estaban con plata.

Se halláron tambien cucharas de bronce, de marfil, y de plata.

Las marmitas unas estaban con pies, y otras sin ellos, y baxo de otras habia unos cilindros cóncavos, que entraban en el vaso para que pudieran recibir el fuego mas presto. Se halló tambien un pastel entero dentro de un horno, y otras muchas cosas, que indican que muchos usos que nos parecen nuevos, los tenian los antiguos, y los hemos recibido de ellos.

Nos parece tambien que los aventajamos en la elegancia de las mesas, y en el arte de los cocineros; pero basta tener una leve idea de los gastos y magnificencia de los ricos señores antiguos, para persuadirnos que no llegamos á superarlos. Fué famoso entre ellos el cocinero Trimalcion, de quien se cuenta, que con la carne de pescado formaba quantas aves y animales se le antojaba, que puestos sobre la mesa para trinchar engañaban á la vista.

Ateneo hace mencion de otro

cocinero, que en una gran mesa de muchos convidados presentó un javalí asado, que vació, y llenó de un exquisito relleno sin abrirlo. Otros que con la carne de puerco formaban qualquiera ave extrangera, que sus amos apetecian, dándoles el mismo sabor que tenian las verdaderas.

En el tiempo de Augusto los Sicilianos eran reputados los mejores cocineros; y no habia entónces rico señor que no tuviese cocinero Siciliano, como se acostumbra ahora con los cocineros Franceses; el aprecio que hacian de ellos acrecentaba sus salarios, que los tenian exhorbitantes. Habia en Roma cocinero que percibia doce mil reales de salario.

Este aprecio fomentado del luxo y de la gula, llegó á tal exceso, que Marco Antonio, satisfecho del desempeño de uno de sus cocineros en un sumptuoso convite que dió á la Reyna Cleopatra, le dió

por regalo el señorío de una de las ciudades del Asia.

Séneca toca en general el exceso del luxo y de la ostentacion, no ménos que las delicias de los Romanos en sus banquetes, diciendo que superaban á los Sibaritas, contemplando desde sus lechos la magnífica diversidad y elegancia de sus mesas, miéntras entretenia á sus oidos la armonía de los conciertos musicales, á su olfato los mas costosos perfumes del oriente, y á su paladar los guisados y carnes mas delicadas.

Todo esto prueba, que miéntras los hombres tuvieren riquezas que gastar, tendrán buenos cocineros, y mesas sumptuosas. La parsimonia, y la frugalidad son compañeras de la pobreza. Así sucedió con todos los pueblos; fuéron frugales miéntras fuéron pobres; fuéron vanos y delicados quando llegáron á ser ricos.

Sobre el buen fin del año.

El Conde de Caylus nos ha conservado dos pequeños monumentos, pero muy estimables por las noticias que nos dan sobre el modo cómo se congratulaban entre sí los antiguos en el principio del año.

En uno de dichos monumentos se lee: *Annum novum, faustum, felicem tibi*: y en el otro: *annum novum, faustum, felicem mihi.* Este último nos hace ver que los Romanos se congratulaban consigo mismos al principio del año.

En la coleccion del Baron Stosch se hallaba un cristal de roca, sobre el qual se veían tres pequeños medallones, con una hoja de laurel, un higo y un datil, que eran los presentes que solian enviarse los antiguos por ceremonial de costumbre en el primer dia del año; y aunque los acompañasen con otras cosas exquisitas, aquellas tres no faltaban.

En uno de aquellos medallones se veía representado el Emperador Cómodo, en el otro el dios Jano, puesto de pies en un templo, y en el tercero una victoria con esta inscripcion: *Vic. Aug.* y al rededor: *Felici imperatori annum novum faustum, felicem.*

Luciano habla de esta costumbre como de cosa antiquísima, que atribuyó al Rey Numa, y de ellos pasó á nosotros con otros usos así familiares como religiosos; y es natural que los Romanos tomasen esta costumbre de los Griegos, y éstos de los Egipcios; pues se reduce á una conveniencia social, propia de todo pueblo, que conoció el año solar. Por quanto no siendo el año, sino una medida ideal de la vida, que el hombre estima y aprecia tanto, es natural que manifieste su complacencia y alborozo al ver que ha llegado salvo á aquel término, y desee del mismo modo continuar el siguiente.

Esto nos da motivo para insinuar alguna cosa sobre el cómputo de los años de los antiguos, y que puede servir de continuacion á lo que se dixo sobre la era Gregoriana.

Año de los Egipcios.

Si Erodoto no nos engaña, los Egipcios fuéron los primeros que diéron al año trescientos sesenta dias divididos en doce meses. Mercurio Trimegisto añadió cinco dias al año Egipciaco, y lo hizo de trescientos sesenta y cinco. Pero Diodoro Sículo, Plutarco, y Plinio dicen que el año Egipciaco era diferente de lo que dice Erodoto.

El año que llamaban de Nabonasar era año solar, compuesto de trescientos sesenta dias, divididos en doce meses de treinta dias cada uno, á los quales se añadieron cinco dias bisextiles. Los nombres de estos meses eran *Thot*, *Pao-*

phi, *Athyr*, *Chojac*, *Tybi*, *Mechoir*, *Phat*, *Monoth*, *Pharmuchi*, *Pachon*, *Panni*, *Epiphi*, *Mespri*. Es necesario el conocimiento de este año Egipciaco por las observaciones de Ptolomeo en su almagesto, que se hiciéron segun el cómputo de aquel año.

Los Egipcios contaban los meses del año segun el curso de la luna. En los primeros tiempos una lunacion, ó bien un curso lunar formaba un año. Luego hicieron al año de tres meses; luego de quatro, como lo contaban los Arcades. Finalmente, dieron al año trescientos sesenta dias repartidos en doce meses. Dicen que Ascth, Rey de Egipto, fué el que añadió los cinco dias bisextiles.

Lo corto de los primeros años Egipciacos explica el motivo por qué los Egipcios dieron al mundo tantos siglos mas que las otras naciones, y que sus contemporaneos viviesen ochocientos y nuevecien-

tos años. Diodoro Sículo, aunque no diga esto positivamente, lo refiere como conjetura de algunos autores, que creyeron reconciliar de este modo la cronología Egipciaca con las de otras naciones.

Los Egipcios sojuzgados por los Romanos, recibieron de éstos el año Juliano con algunas alteraciones, pues continuaron en dar á los meses sus antiguos nombres, y conservaron los cinco dias bisextiles, que llamaban *Epagomenes*; y un dia que añadieron al año lo colocaron entre el 28 y 29 de Agosto, dia que formaba el primero de sus años solares.

Año de los Griegos.

Antes que los Griegos recibiesen ideas de la astronomía que les dieron los orientales, contaban los años por las estaciones, por las cosechas y sementeras.

Se vé que al tiempo de Ho-

mero, el año de los Griegos era lunar. Talest de Mileto inventó despues un ciclo para igualar los movimientos del sol con los de la luna.

Este ciclo formaba el año de doce meses, compuestos de treinta dias. Pero al fin de cada dos años añadió otro mes á los doce, compuesto tambien de treinta dias. Este modo de calcular hacia exceder de veinte dias los dos años solares. Así este ciclo de Talest no sirvió sino para los astrónomos, sin que lo adaptase ningun pueblo.

Solon hizo una correccion algo mas acertada, dando á unos meses treinta dias, y á otros veinte ocho alternativamente. Cada dos años añadió un mes á los doce, que llamaba embolismo, y se componia de veinte y dos y de veinte y tres dias alternativamente: este ciclo era de quatro años; y se hizo de ocho para hacerlo mas exâcto. Tal era el Kalendario de los Griegos hasta Meton.

Este, echando de ver que pasado el término del ciclo de los ocho años, quedaban por remplazar algunas horas, para igualar las revoluciones del sol y de la luna, compuso el ciclo de diez y nueve años, que volvia á poner aquellos planetas en el mismo punto del ciclo. Pero este cómputo no era tampoco enteramente exâcto, dexando tambien afuera quatro horas.

Calippo quiso enmendar este error, y para ello ideó otro ciclo de quatro periodos metonianos. No satisfecho de esto Ipparco, tomó quatro ciclos de Calippo para formar el suyo: á pesar de todas estas correcciones, el año de los Griegos se reduxo en la práctica al cómputo de Meton, y comenzaba en el primer plenilunio que seguía al solsticio del verano, como nos lo hace saber Testo Avieno.

Sed primæva Meton exordia sumpsit ab anno,

Torreret rutilo Phœbus cum sidere cancrum.

Este principio del año causó muchos engaños, en que cayéron los antiguos historiadores, siendo muy diferente del principio del año Egipciaco, y del Romano. Por esto dice Plutarco en la vida de Arístides, que á pesar del conocimiento de la astronomía, tan adelantado en su tiempo, no se podia saber á punto fixo quál fué el dia en que los Persas quedaron derrotados en Platea.

Año macedónico.

El año antiguo macedónico era lunar, y no se diferenciaba del Griego sino en el órden, y en el nombre de los meses. Su primer mes correspondia al quarto de los Griegos, que llamaban Mamacterion. El año nuevo macedónico fué solar, y comenzaba como el año Juliano en el dia primero de

Enero. El año Siriaco fué tambien solar, pero comenzaba el dia primero de Octubre del año Juliano, del qual no se diferenciaba sino en el nombre de los meses, contando el mismo número de dias.

Era tambien lunar el año antiguo Judaico, y se componia de doce meses de veinte y nueve y de treinta dias alternativos. Se hacia corresponder al año solar, añadiéndo al fin del año, ya once, ya veinte y dos dias, á que añadian un mes embolísmico.

El año Judaico moderno es tambien lunar, compuesto de doce meses en los años comunes, y de once en los años embolísmicos. El principio de este nuevo año se fixó en el de la nueva luna, despues del equinocio de otoño.

El año Persiano es solar, y se compone de trescientos sesenta y cinco dias, distribuidos en doce meses de treinta dias cada uno, á que añaden cinco dias bisextiles. Golio

en sus notas sobre Alfergam, hace un detalle de la formacion antigua y moderna del año Persiano, que sirve á casi todos los orientales.

Parece que los Persas conocié-ron exâctamente la duracion del año, porque segun la reforma de Meliexa sería el año de trescientos sesenta y cinco dias, cinco horas, quarenta y nueve minutos, y treinta y un segundos; lo que apénas difiere del año Juliano, que los Europeos compilaron trescientos años despues de los orientales, de quienes tomaron tal vez norma.

El año de los Arabes y de los Turcos es tambien lunar; compuesto de doce meses, que alternativamente son de veinte y nueve y de treinta dias, y á veces cuenta trece meses.

El año Etiópico es solar, y concuerda con el año Acciaco, ó año Egipciaco, con la diversidad de los nombres de los meses; su prin-

cipio corresponde á los 29 de Abril del año Juliano.

Año Romuleo.

El fundador de Roma compuso el año lunar de diez meses, como lo dice Ovidio.

Tempora digereret cum conditor urbis, in anno
Constituit menses, quinque bis, esse suo.

Los nombres y duracion de los meses son como sigue: Marzo de treinta y un dias, Abril de treinta, Mayo de treinta y uno, Junio de treinta, Julio treinta y uno, Agosto treinta; á Julio y Agosto los llamaban antes *Quintilis y Sextilis*: componian estos meses trescientos quatro dias, lo que hacia que el año fuese de cincuenta dias menos que el año lunar, y de sesenta y uno del año solar.

Resultaba de aquí que el prin-

cipio del año de Rómulo quedaba incierto, y no correspondia á ninguna estacion fixa. Conocido este inconveniente se quiso corregir añadiendo á cada año el número de los dias necesarios para que el primer mes correspondiera á la situacion del ciclo: pero estos dias no se repartiéron entre los meses.

Año de Numa Pompilio.

Numa quiso corregir la forma irregular del año de Rómulo, é introduxo dos nuevos meses sobre numerarios: el primero fué el mes de Enero, y el segundo el de Febrero. Al Enero dió veinte y nueve dias, veinte y ocho al Febrero, al Marzo treinta y uno, al Abril veinte y nueve, al Mayo treinta y uno; Junio tenia veinte y nueve, y Julio treinta y uno, y así de los demas. De modo, que el año así compuesto excedia de un dia al año lunar civil; y al año lunar astro-

nómico de quince horas y once minutos, veinte y quatro segundos, quedándo así mas corto que el año solar de once dias, con la misma incertidumbre de su principio en cotejo de la situacion del sol.

Queriendo Numa que el solsticio de invierno correspondiera al mismo dia, hizo intercalar veinte y dos dias al mes de Febrero cada segundo año, veinte y tres á cada quarto, veinte y dos á cada sexto, y veinte y tres á cada octavo año. Pero no bastando este expediente, por quanto aun asi excedia al año de los Griegos de un dia, en vez de añadir veinte y tres á cada octavo año, no añadió sino quince, dando el encargo de cuidar del Kalendario al que fuese gran Pontífice. Pero los que con el tiempo ocuparon este empleo, cumplieron tan mal con este encargo, que dexáron el cómputo del año en la mayor confusion.

Para sacarle de ella, y darle un

órden regular, se valió Julio Cesar del célebre astrónomo Sosigenes, á quien hizo ir á Roma desde el Egipto, donde vivia, así para fixar la duracion del año, como para establecer su principio.

A fin de conseguirlo, y de volver á ponerlo en el solsticio de invierno, se vió precisado aquel insigne matemático á alargar el año de su nuevo cómputo tres meses, y componerle de quatrocientos quarenta y cinco dias, llamándole el año de confusion; luego dió al siguiente trescientos sesenta y cinco dias, á los quales añadió uno cada quatro años; esto es, en los años bisextiles al mes de Febrero, llamando al dia que sigue al de *Sexto Kalendas martias*, *Bissexto Kalendas martias*.

Segun este cómputo la duracion astronómica del año Juliano era de trescientos sesenta y cinco dias, y ocho horas, con que excedía al año solar en once minutos. Se seguía

de esto, que en el espacio de ciento treinta y un años, resultaba un dia de error. A pesar de esto, el año Juliano prevaleció hasta la mitad del siglo sexto de la era christiana, y aun mucho mas entre los protestantes que reusáron seguir el nuevo Kalendario establecido por el Papa Gregorio XIII., segun lo dexamos insinuado en el discurso sobre el particular.

Debemos sin embargo añadir, que por mas que el cómputo gregoriano se acerca á la mayor exâctitud conocida hasta ahora, no es todavia el mas perfecto; por quanto en cada quatro siglos excede en tres dias una hora y veinte y dos minutos; de modo, que en siete mil doscientos años excederá un dia el error. Pero Dios sabe si los que llegáren á este término hallarán rastro del tal Kalendario.

Sobre la Flauta.

Los poetas que hacian intervenir en todo las deidades para engrandecer sus propias ideas, atribuyéron la invencion de la flauta á Apolo, á Mercurio, á Pan, á Minerva, y á Sileno, lo que indica á lo ménos que el uso de este instrumento es de la mas remota antigüedad. Pero basta la natural inclinacion del hombre á los sones musicales para inventar un instrumento, que por su sencillez fué sin duda el primero que acompañó el acento armonioso de la voz humana, y alivió la pesadez del ócio pastoril en la soledad del campo, miéntras pacia el ganado.

Polistoro cuenta que enseñó á sonarla un cierto Jagui en la Grecia: y Ateneo un cierto Scirite, Numida; que sin duda pudiéron formar reglas para variar mejor los sones, y tañerla con mayor maes-

tría; pudiéron á mas de esto variar las formas de la flauta, y multiplicarlas, como se multiplicáron con el tiempo. Unas habia cortas, otras lárgas, otras dobles, otras que llamaban iguales, otras desiguales, unas siniestras, otras derechas, cuyos nombres variáron segun los pueblos que las usaban. Así la flauta corba de los Frigios, era la misma que el *Titirion* de los Griegos, y el *Pheucion* de los Egipcios, que llamáron tambien *Monaule*.

Para entender el significado de las flautas llamadas iguales y desiguales, diestras, y siniestras, citadas varias veces por Terencio en sus comedias, es preciso decir que los músicos en los teatros usaban tambien de dos flautas á la vez, tañendo la una con la mano derecha, la otra con la izquierda, aquella tenia pocos agugeros, y daba un sonido grave, y la otra un sonido mas claro y mas agudo.

Quando los músicos tañian es-

tas dos flautas con sones diferentes, se decia que la comedia se habia representado *tibiis imparibus*, con flautas desiguales, ó bien *tibiis dextris, è sinistris*, con la flauta derecha y con la izquierda. Quando tañian las dos flautas con el mismo sonido, se decia que se representaba la comedia *tibiis paribus dextris*, ó con flautas iguales ; y *tibiis paribus sinistris*, si eran las del sonido agudo, que tañian con la izquierda.

Una misma comedia se podia representar de un modo, ó de otro; tal vez en los intermedios variaban los músicos de tonada. Donato pretende, que quando el argumento de la comedia era grave, y serio tañian solamente las flautas iguales derechas, que llamaban tambien *Tydienes*: y quando el argumento era jocoso y festivo, tañian las flautas iguales siniestras, llamadas *Tyrienes*, ó Serranas. Finalmente, que quando la composicion era mixta de se-

rio y jocoso, tañian las flautas desiguales, esto es, la derecha y la izquierda, que se llamaban tambien *Phrygienes*.

De contrario parecer fué Madama Dacier, diciendo, que no eran los argumentos de la comedia los que regian á los músicos, sino las ocasiones en que se representaban. Trae por prueba, que quando se representó la primera vez la comedia de los *Adelfos* de Terencio, tañéron los músicos las flautas lidias, esto es, dos flautas derechas: y quando se volvió á representar la misma comedia en ocasion festiva, tañéron las flautas serranas, ó siniestras.

Los que tañian las flautas en los teatros se ponian al rededor de la boca una especie de atadura, que aseguraban por detras de la cabeza, para no mostrar las megillas hinchadas, y servia tambien para regir mejor el sonido, y hacerlo mas suave. Sofocles habla de esta espe-

cie de atadura, quando dice: *yo no soplo mas en flautas cortas, sino en fuelles desmedidos y sin benda.* Lo que aplicó ingeniosamente Ciceron á la desmedida ambicion de Pompeyo.

Plutarco habla de esta benda ó atadura en el Escoliaste de Aristófanes, y se vé su forma en algunos monumentos antiguos, los quales indican ser muy comun el uso de la flauta en casi todas las ceremonias y funciones públicas, así griegas como romanas, especialmente en los funerales. Ciceron cita una ley muy antigua, en fuerza de la qual los Romanos debian servirse de flautas en los entierros, que eran los instrumentos mas propios para acompañar los cantos lúgubres, llamados *Neniæ.*

De aquí nació el refran latino, para indicar que el enfermo estaba desauciado; *jam licet ad tybicines mittas.* Ya puedes hacer llamar á los sonadores de flauta: expresion

proverbial, que pone Petronio en boca de Circe, queriendo ésta echar en rostro á Polieno su impotencia. Plutarco dice, que Clona fué el inventor de las sonadas ó arias, y de los nombres que les dió adaptados al gusto de la lengua griega. Las principales fuéron, el *apotetos*, el *schœnion*, el *elegiaco*, el *comarchios*, y el *dejos*.

La sonata apothetos era magestuosa, y la tañian en las fiestas solemnes y magníficas. El schanion era tierna y suave: el comarchios, la que se tañia en los convites y festines; y el dejos excitaba el sentimiento del temor. Es tambien digna de nota la sonada orthyen, en Homero, á cuyo sōn la discordia incitaba los Griegos al combate. De ella hacen tambien mencion Aristófanes, Erodoto y Plutarco.

Se cuenta á mas de esto, que el célebre sonador Tebano Tilmoteo, quando tañia el orthyen hacia correr á Alexandro á tomar las

armas. Y Erodoto nos refiere, que al impulso del mismo sonido se precipitó Orien en la mar desde la popa de la nave en donde él mismo la tañia. Fuera largo el referir los efectos maravillosos que nos cuentan los antiguos escritores para manifestar la excelencia de su música, y de los sonadores de sus tiempos.

Ello es cierto que fueran admirables, sino hubiese algo de exâgeracion en sus relaciones; y que probaria que á pesar de los modernos adelantamientos en la música, estamos muy léjos de experimentar aquellos efectos maravillosos.

Sobre el estornudo.

La supersticion que se mezcló siempre en las opiniones y religiones de los pueblos idólatras, hizo ver á los antiguos un misterio en el estornudo. Así los Egipcios, como los Griegos y Romanos, se

persuadian que una divinidad familiar les queria advertir con el estornudo el bien ó el mal que les habia de suceder.

Telémaco en la odisea, habiendo dado el aviso á Penelope, que llegaba un extrangero que traía nuevas de Ulises, estornudó inmediatamente, y tan fuerte, que hizo resonar la sala. Penelope se alegró de oir el estornudo, y dió inmediatamente órden á Eumenes que introduxera al extrangero, pues no dudaba ya que la traía nuevas favorables, despues que oyó el recio estornudo de su hijo.

Madama Dacier, explicando este paso, dice que la superstición de los antiguos sobre el estornudo, procedia de que siendo reputada la cabeza la parte principal del cuerpo humano, formándose en ella el estornudo se tomaba por señal de la aprobacion de Júpiter, que era el que lo suscitaba. Confirma este parecer de Madama

Dacier el paso de Xenofonte sobre la expedicion de Ciro ; el qual habiendo acabado un discurso que hacia á sus soldados con estas palabras : *Tenemos rayos de esperanza de la buena suerte que nos espera*, uno de los soldados estornudó, lo que tomando los otros por buen agüero, se pusiéron en postura de adorar á Júpiter. Aprovechándose entónces de la disposicion de los soldados volvió á tomar el hilo de su discurso diciendo : *compañeros, puesto que hablando de esperanzas de buena suerte, nos dió Júpiter salvador tan buen agüero, tomémosle por tal, y prosigamos, &c.*

Tambien era tenido por buen pronóstico el estornudo entre los amantes, refiriendo Aristeneto, que la apasionada Parthenide, dudando si declararia su pasion en una carta á su amante Sarpedon, la sobrevino el estornudo, el que bastó para determinarse á escribir la carta.

Sin embargo, no siempre eran

tenidos los estornudos por buen aguero, habiendo tiempos y circunstancias en que eran tomados por siniestro presagio. Como por exemplo, eran favorables quando la luna entraba en los signos del toro, del leon, de los peces, y del capricornio; y eran funestos quando se hallaba en los otros signos. Lo eran tambien quando les acontecia estornudar al dexar la cama ó al levantarse de la mesa. Como si este efecto de la disposicion y organizacion del cuerpo humano, no fuese igual á los otros efectos sonorosos del mismo cuerpo, sin otra diferencia que la que percibe el olfato tras el sonido.

Es de extrañar que Estrada en sus prelusiones atribuía el uso de saludar á los que estornudan á una particular epidemia estornudatoria que hubo en Italia, de que muchos morian estornudando, y que por eso se introduxo la costumbre de saludar á los que estornudaban.

No sé de dónde sacó este cuento aquel autor, pues es antiquísima esta costumbre, y la tenian los Griegos y Romanos.

Los Griegos solian usar de la palabra *vive*, y los Romanos solian decir Dios te guarde. Añade Plinio que los Romanos tenian este saludo como una obligacion de cortesía, y que Tiberio exîgía esta atencion en todos los de su corte.

Es chistoso el caso que cuenta Petronio del casado Eumolpo, el qual, entrando en su quarto, como oyese estornudar debaxo su cama, acudió á ver quién era; y hallando allí escondido á su conocido Giton, no hizo mas, que enderezarle con sonrisa el saludo acostumbrado á los que estornudaban.

Otros casos semejantes trae tambien Apuleyo, y entre ellos el de un galan, que viéndose forzado á esconderse, no halló otro expediente que el cubrirse con un cesto, en donde le hubiera descubierto un im-

proviso estornudo, si el marido no lo hubiese tomado por estornudo de su muger; y en esta persuasion la hizo el saludo acostumbrado á los que estornudaban: *solito sermone salutem deprecatus est.*

Ahora la gente comienza á dispensarse de este saludo, porque no halla diferencia entre el estornudo, el hipo, el regueldo, y demas ruidosas redundancias del estómago, las quales por sus peores conseqüencias, dañosas á la salud, debieran exîgir ántes el saludo, que el estornudo, puesto que la gente se ha exîmido ya de la supersticion en que los antiguos fundaban su *vive, et salve.*

Sobre las antiguas agujas y alfileres.

Aunque muchos autores hacen mencion de los alfileres y agujas, de que se servian los antiguos, sin embargo, no se han podido encontrar alfileres, ni agujas de coser, sien-

do tan dificil el hallazgo y la conservacion de tan menudos cuerpos, mucho mas si eran de acero, como las que usamos hoy dia. Pero se han conservado y encontrado muchas formas de agujas, especialmente de aquellas de que se servian las Romanas para sus peynados.

Dos especies de estas agujas solian tener; á las unas llamaban *acus* crinales, á las otras *discriminales* ó *spicula*. A las *crinales* llamaban tambien *acus comatoriæ*, y eran las que les servian para sostener con ella el cabello. En la Biblioteca de Santa Genoveba de Paris se veía un antiguo busto de muger, en cuya cabeza se distinguía la aguja que sostenia su trenzado.

Las *discriminales* eran agujas de oro, de plata, de marfil y de bronce; pero eran mayores que las *criminales*, y servian para separar los cabellos, y sostenerlos divididos en dos partes. Este modo de tener dividido el cabello sobre las sienes

distinguía las matronas de las doncellas. Estas acostumbraban prender las trenzas de su cabello sobre la coronilla de la cabeza, sin dexar caer el cabello sobre las megillas y orejas.

En las ruinas de una ciudad Romana, en la provincia de Champaña, se halló un centenar de estas agujas de marfil sin adorno, ni labor alguna. Entre las quatro que se encontráron en Portici, y eran muy grandes, habia una curiosamente trabajada. Los Sacerdotes de Cibeles usaban tambien de agujas para sostener su cabello como las mugeres.

Una de estas agujas de Sacerdote tenia ocho pulgadas de largo, y en vez de rematar en un botoncillo por cabeza, tenia un primoroso chapitel corintio, en que se veía Venus que sostenia sus cabellos con los dedos, y Cupido le presentaba un espejo redondo.

Se encontró tambien otra aguja

de estas, que remataba en otro chapitel corintio, y dentro de él se veía el Amor abrazado con Psique. Sobre otra aguja, y baxo otro chapitel se veía Venus apoyada á una columnita sostenida por Priapo. La diosa está en ademan de levantar el pie derecho, y de alargar el brazo para tomarle. Estas agujas eran todas de bronce, y las han conservado su materia y su grandeza.

Sobre los anteojos.

No hay duda que los antiguos conociéron y usáron del vidrio y del cristal, y lo trabajaban de diversas maneras, como se puede ver en Plinio y en Séneca. Tenian espejos que engrandecian los objetos y esferas de vidrio llenas de agua, que hacian mayores las mas menudas letras. Sin embargo, no nos dan indicio alguno de haber conocido anteojos, telescopios, y

otros instrumentos para acercar los objetos á la vista.

Algunos pretendiéron que Plauto aludiese á los anteojos en un paso de sus comedias ; pero no veo paso alguno en Plauto , que pueda aludir á esta invencion ; ó si se halla en algun antiguo códice , no nos dicen qué códice fuese éste , ni en qué lugar se halle. Ni se vé hecha mencion alguna de esto hasta el siglo decimotercio. Algunos atribuyen la invencion de los anteojos á Rugerio Bacon , hombre de agudo ingenio , é inglés de nacion ; pero otro inglés se la niega.

En una crónica del convento de Santa Catalina de Pisa , escrita por varios autores contemporáneos, el Redi leyó el elogio de San Alexandro Espina , que murió en el año 313 , en el qual el escritor , celebrando su ingenio , dice , que un tal habia inventado los anteojos , y no pudiendo conseguir del mismo

que le descubriese el secreto, se empeñó en descubrirlo de por sí, que al fin lo consiguió.

El mismo Redi cita otro lugar del tratado de gobierno que escribió Sandro de Pippozzo, que dice asi: *Me hallo tan cargado de años que ya no puedo leer ni escribir sin anteojos, invencion nueva y cómoda para los viejos, quando comienzan á perder la vista.* Esto manifiesta, que antes del siglo XIII, se habian inventado los anteojos.

Otra prueba de esto es el paso de Jordan de Rivalta, que asi se explica: *No hay todavia veinte años que se inventó el modo de hacer los anteojos, que es una de las mejores artes y mas necesarias que se han conocido en el mundo.* Y un sugeto que se hallaba presente á esta lectura, dixo: *No hay duda en ello, yo ví y traté al que los inventó.* Con esto no se puede dudar que el tiempo de esta invencion fué quince años poco mas ó menos antes del siglo XIII., pues el Rivalta publicó aquel escrito en el 1305.

Pero estas citas, aunque suponen el autor, no nos dicen quién fué. No obstante, no ha quedado en el olvido su nombre; se debe este conocimiento á la curiosidad de un florentino, llamado Leopoldo Migliori, que atestigua, que habiéndole nacido la curiosidad de ir leyendo todas las lápidas que habia en Santa Maria la mayor de Florencia, vió una que tenia esta inscripcion: *Aqui yace Salvino de Armati Florent, inventor de los anteojos. Dios le perdone los pecados. An.* 1317.

No se puede alegar ningun otro testimonio mejor ni mas claro de haber sido este Salvino el inventor de los anteojos.

Sobre el Puerco.

¡Válgame el cielo por opiniones de los hombres! ellas llegan á sojuzgar, no solo su entendimiento, sino tambien sus sentidos. ¿Quién habia de creer, que un pueblo que

tenia en veneracion los gatos y los perros, hasta llegar á ponerlos en sus altares, habia de abominar del puerco, animal tan sabroso, y que les era tan util á los Egipcios para purgar sus campos de la multitud de insectos, que se engendraban en ellos despues de la inundacion del Nilo?

Tal era sin embargo el horror que tenian á este animal, que hasta los pastores que los cuidaban, eran tenidos por prescriptos; y como á tales se les vedaba la entrada en los templos. De aquí es, que no haciendo los Egypcios uso de sus carnes, y debiéndolos mantener para purgar sus campos, como queda dicho, despues de la inundacion del Nilo, llegáron á multiplicarse tanto, que para disminuir su número instituyéron dos sacrificios solemnes á sus deidades cada año, en que degollaban millares de ellos en todo el Egypto.

No sé de dónde sacó Erodoto que los Egypcios se servian de los puercos para arar sus campos; pues aunque estuvo en el Egypto, y se suponga por esto que pudo ser testigo de vista de lo que asegura, hallará sin embargo renitente qualquiera juicio que reflexîone sobre la ineptitud de tal animal para la labranza de la tierra: con todo, lo creyó tambien Eudoxîo citado por Eliano, dando fé sin duda á la fama de los paises vecinos; ó engañado tal vez de la lectura de Erodoto, ó bien tomando uno y otro aquella fama por el modo como los puercos, á semejanza del arado, sulcan la tierra con el hocico.

Varron dice que el primer animal que los Griegos sacrificáron á sus dioses, fué el puerco, lo que tal vez tomáron de los Egypcios, como tambien acaso tomáron este exemplo los Romanos de los Griegos, pues Ovidio dice, que la pri-

mera víctima que los Romanos ofreciéron á sus deidades fué el puerco.

Et prima putatur
Hostia, sus, meruisse necem; quia seminat pando
eruerat rostro.

Y la primera deidad á quien lo sacrificáron fué Ceres, luego á Hércules y á Silvano. Solian tambien hacer este sacrificio á los dioses Lares; y lo hacian particularmente aquellos que querian sanar de alguna pasion ó manía: por esto dice Horacio:

Immolet æquis
Hic, porcum Laribus.

Macrobio hace mencion de una vianda particular, que solian aderezar en su tiempo, y llamaban el puerco troyano, se reducia á rellenar un lechoncito de diversas aves, para que tomasen éstas al fuego el gusto del puerco asado. Noticia que tal vez no se leerá en valde, y dará motivo para que en

alguna mesa se renueve el uso del puerco troyano, que llamaban así por la semejanza con el caballo troyano, en cuya barriga se ocultáron aquellos guerreros que incendiáron á Troya.

Es notoria la abominacion en que tuviéron siempre los Judíos á los puercos, y que tal vez heredáron de los Egypcios, á mas de la ley que les prohibe alimentarse de aquella carne, como los Turcos tomáron esta ley de los Judíos, segun lo indica la razon ó motivo con que acompaña el alcoran á esta prohibicion, diciendo que el puerco es el animal mas inmundo, porque el elefante, habiéndose ciscado de miedo en uno de los baybenes que hizo el arca de Noe, le dió á luz por atras, embuelto con su inmundicia.

Sobre la bota de Diógenes.

Hace algunos años que se sus-

citó una larga disputa entre dos eruditos Alemanes, llamado el uno Augusto Heuman, y el otro Jayme Hareo, sobre la bota en que comunmente suele pintarse Diógenes. Heuman pretendia que Diógenes habitaba en una choza, y que la bota era una fábula inventada por escritores muy posteriores á aquel filósofo.

Harveo llevando á mal esta opinion, la confutó en una obra, que dió á luz con el título *de Doliari habitatione Diogenis cynici*, en la qual pretende probar, que la opinion de Heuman se oponia á la general opinion de los autores antiguos, que muestran con evidencia su engaño, sin hacer ningun caso de la tradicion de la antigüedad.

Parece que bastaba esta disputa para honrar á la bota de aquel filósofo; sin embargo, se dexó tentar el Pachaudi de este importante punto de erudicion, y quiso publicar un exámen erudito sobre

la materia de que era compuesta la portatil habitacion de aquel cínico. Para esto da por supuesto, que todos los monumentos antiguos, como baxos relieves, medallas, y piedras esculpidas, representan á Diógenes en una bota, ó como bota; porque queriendo afinar su punto el Pachaudi, reparó que algunas de las botas esculpidas eran lisas, sin señal alguna de aros, que suelen tener las botas; de donde le nació la sospecha, que aquella que parecia bota, pudiese ser una tinaja.

De hecho, el de Boze cita una medalla acuñada en Corinto, en la qual se vé por una parte Lucio Vero, en honor de quien se acuñó, y en la otra Diógenes sentado sobre una bota, sin que se vean en ella señales de aros, de donde infieren algunos, como el Pachaudi, que la bota de Diógenes, pudiera muy bien ser convertida en tinaja.

Pero como se cuenta por otra parte, que aquel filósofo solia lle-

var tras sí su casa, como los caracoles, para ir con ella á mendigar al templo, nace la dificultad, que siendo la tinaja de tierra, y muy pesada, no podia llevarla consigo tan fácilmente como la bota; pero perdónenme estos señores escrupulosos, pues no era necesario que Diógenes llevase acuestas su tinaja, sino que la podia hacer muy bien rodar, como suelen comunmente ser llevadas las botas vacías.

Mayor dificultad es la que pone Luciano con lo que cuenta en su discurso sobre el modo de escribir la historia, diciendo de aquel cínico, que para burlarse de los grandes preparativos que se hacian en Atenas contra Filipo, llevó rodando la bota hasta la cima de un collado, y desde allí la dexo rodar abaxo, pues si hubiera sido tinaja no la hubiera podido llevar solo hasta la cima del collado.

A esto añaden otros versos de Juvenal.

Dolia nudi
Non ardent cinici. Si fregeris, altera fiet
Cras domus, aut eadem plumbo, commissa, manebit.
Sensit Alexander, testa cum vidit in illa,
Magnum habitatorem.

Cuenta Diógenes Laertio en la vida de aquel cínico, que habiendo un jóven petulante roto su bota con una pedrada, los Atenienses compadecidos de aquella desgracia quisiéron remediarla, haciendo soldar la bota de tierra, pues no se suelda la madera; arte en que se dice eran muy diestros los Griegos, sin que se conociesen apenas los tiestos desunidos.

Confirma esta conjetura el baxo relieve que poseía la granja Albania, explicado por Winkelman, en que se vé Diógenes metido dentro de una gran tinaja, y sobre ella un perro que ladra á Alexandro. La tinaja está rota, y

la endedura, que indica la rotura se vé soldada con plomo cortado á manera de cola de golondrina.

Sobre las cloacas de Roma.

Dionisio de Alicarnaso nos hace saber, que el viejo Tarquino fué el primero que hizo abrir canales subterráneos en Roma, para conducir al Tiber las inmundicias de aquella ciudad. En la excavacion que se hizo de estos canales en tiempo de Tito Tacio, se halló casualmente una estátua que quiso aquel Rey erigir en deidad, y la llamó Cloachina, y desde entónces quedó por diosa de las cloacas.

Extraordinarios son los elogios que dan á estas obras subterráneas los escritores. Basta decir, que por la mayor parte de estos canales se podia ir en barca, quando hacian entrar en ellos las aguas, á fin que llevasen tras sí las inmundicias de la ciudad. De la cloaca mayor en

que iban á desaguarse las demas, dice Plinio que era la obra mas maravillosa que habian hecho los hombres.

Se dió á los censores el cargo de cuidar de la conservacion de las cloacas. Los Emperadores lo dieron despues á oficiales particulares que se llamaban *Curatores Cloacarum*, como se infiere de esta inscripcion.

Ex autoritate
Imp. Cæsaris. Divi
Nervæ. fil. Nervæ
Trajani. Aug. Germ.
Pontif. max.
Tribunitiæ potest. V.
Consul IV. P. P.
T. Julius Ferox. Curator
Alvei, et riparum Tiberis.
et. cloacarum urbis.
Terminavit ripam. R. R. proximo.
Cippo. D.CCCLXXXVI. S.

El impuesto para la conservacion de dichas cloacas se llamó cloacarium, en tiempo en que cuidaban de ellas los censores, á quienes

se les suministraba el dinero del erario público: en tiempo de los Emperadores se impuso al pueblo un nuevo tributo para esto.

Sobre los colegios de los Romanos.

Llamaban los Romanos colegios qualesquiera congregaciones de personas que formaban cuerpos, y se empleaban en alguna funcion de religion, de gobierno, ó de industria y artes. *Collegium augurima*, *collegium fabrorum*, *Pistorum*, *saganorum*, *tibicinum*. Plutarco dice, que Numa fué el primero que instituyó estos colegios con la mira política de que los particulares ocupados y distraidos con los intereses de sus colegios, que los separaban de los otros, no formasen designios contra la pública tranquilidad.

Floro atribuye estas instituciones, no á Numa, como lo dice Plutarco, sino á Servio Tulio: pondré aquí sus palabras, para que se vea

que ya entónces no hacian las cosas por acaso : *Ab hoc rege pepulus romanus, relatus incensum, digestus in classes, Decuriis, atque Collegiis distributus, summaque Regis solertia ita ordinata est Respublica, ut omnia, patrimonii, dignitatis, ætatis, artium, officiorumque discrimina in tabulas refferentur.*

Ciceron se honraba de haber tenido en su favor los votos de todos los colegios de Roma para volver de su destierro. Porque como todos estos colegios se componian de ciudadanos Romanos, daban éstos sus votos en los Comicios. Esta institucion de colegios pasó despues á todas las provincias conquistadas, que tomáron el exemplo de la capital, y duran hoy dia estas instituciones, conservando el mismo nombre los edificios, aunque no los cuerpos que los componen, y así el significado de *collegium*, no corresponde á lo que querémos indicar en castellano por colegios, sino lo que entendémos por gremios.

Sobre el uso de las espadas entre los antiguos.

Parecerá cosa extraña, y tal vez ridícula á algunos indagar á qué lado solian llevar las espadas los Romanos: sin embargo, ésta fué una qüestion que ocupó á muchos Filólogos en los dos últimos siglos. Polibio, que vivia en tiempo de Scipion, y de Lelio, dice, que los Romanos llevaban la espada al lado derecho. Josefo dice, que los soldados de Tito la llevaban al izquierdo. Uno y otro pueden tener razon, habiendo variado la moda con el tiempo.

Los Griegos acostumbraban llevarla baxo el sobaco del brazo izquierdo, de modo que la empuñadura caía sobre el pecho: el balteo, que era de cuero, á que llevaban afianzada la espada, cruzándoles el pecho, iba por la espalda izquierda, y por los riñones á rematar en la punta: á lo ménos así

se vé en la bella estátua á lo heróyco de la granja Albani.

Parece que este modo de llevar la espada era propia de las estátuas de todos los guerreros y Emperadores, que se querian representar á lo heróyco: y aun quando algunas de estas estátuas no llevan visible la espada, se vé á lo ménos el talabarte, que la indica, como está la estátua de Domiciano en la dicha granja Albani. La baina solia estar tachonada de clavitos de plata, y habia empuñaduras de mucho precio, y de primorosa labor.

En la espada de Pausanias se veía un carro tirado de quatro caballos, que formaba la empuñadura, trabajado con sumo primor é ingenio. Los héroes del sitio de Troya se representan con un puñal unido á la espada: y como las cosas mas menudas de la antigüedad son objetos admirables á los antiquarios y erudítos, nació tambien entre ellos otra qüestion si las hojas de

las espadas, ó sus láminas eran de cobre, ó de acero.

Los Lacedemonios usaban de espadas tan cortas, que dixo de ellas un chistoso, poder tragarlas un charlatan. Plutarco nos dice, que eran corvas como una hoz, como los sables. Así solian llevarlas muchos pueblos orientales, aunque mas largas que los Lacedemonios. Las espadas de los Etruscos eran semejantes á las de los Griegos. Los Romanos usaban de toda especie de espadas, sin tener forma particular. Pero viendo las excelentes espadas, que llevaban los Españoles, que seguían á Anibal, las adoptaron en su milicia.

Los Romanos no solian llevar espada por la ciudad, fuera del servicio militar. Los lictores estaban encargados de tomar la espada á los nobles prisioneros ántes de presentarlos al Consul. Baxo los Emperadores era delito capital presentarse en la corte con la espada des-

embaynada. Juan de Antioquía dice, que los soldados pretorianos llevaban la espada al lado derecho, y esto los distinguía de los otros.

En la columna Trajana, los pretorianos, los alféreces, y los soldados llevaban la espada al lado derecho. El Emperador, los oficiales del pretorio, los tribunos, y los lictores la llevaban al izquierdo. Todas las espadas rematan en punta ancha; sus empuñaduras son gruesas y grandes.

Los Españoles, segun Tito Livio, llevaban espadas cortas, y se servian tambien de un puñal largo. La medalla de Augusto con esta inscripcion: *Hispania Recepta*, publicada por Goltz, nos muestra una pica, cuyo hierro es muy largo. Suidas trae el paso siguiente, que Casaubon, y Justo Lipsio atribuyen á Polibio: los Cantabros celtiberos son excelentes fabricadores de espadas, y las que salen de sus fraguas son á toda prueba, así de

punta como de tajo. Por esto, en tiempo de las guerras con Anibal los Romanos dexaron sus antiguas espadas, y tomáron las de los Españoles, imitando su forma y su solidez; pero jamas pudieron reducir el hierro, fuera de España, al mismo grado de pureza y de temple.

Año de la fundacion de Roma.

Aunque los Romanos contaban los años de su república por los consulados, y por los Emperadores desde su potestad tribunicia, se halla sin embargo otro cómputo por los años de la fundacion de Roma, como se echa de ver por la inscripcion siguiente:

Presentiæ
Matris. Deum
P. Septimius Felix
ob coronam
Millessimi
Urbis anni.

Por *coronam millessemi urbis anni*, se debe ciertamente entender un periodo de mil años, despues de la fundacion de Roma. ¿Pero quándo contó Roma mil años de fundacion?

En una medalla de oro del Emperador Adriano se lee: Ann. DCCCLXXII. Nat. urb. el año 874 del nacimiento de la ciudad.

¿Pero á qué año ántes de Jesu-Christo corresponde el año de la fundacion de Roma? Sobre este punto de cronología han variado mucho los historiadores latinos.

Ennio establece tal fundacion en el año 879 ántes de nuestra era vulgar. Timeo de Sicilia en el año 814. Varron, cuyo parecer adoptáron los mejores cronologistas, la establece en el año 754, y su cuenta no varía sino de dos años de la de Dioniso de Alicarnaseo, y de un año solo de las lápidas del Capitolio.

Polibio creía tener algunas ra-

zones para ponerla en el año 751; el poeta Ausonio en el 736; y el antiguo historiador Cincio en el 729. El cálculo de Varron, que parece fué adoptado por casi toda la república literaria, no se atiene sino á un oróscopo de Rómulo; y por esto sería lo mas acertado seguir los fastos del Capitolio, monumento nacional é invariable.

Año christiano.

El año christiano, ó era de Jesu-Christo es la de los Latinos, y de la Iglesia Católica. Los Griegos y los Orientales se puede decir no se sirvieron de ella; como tampoco estuvo en uso entre los mismos Latinos hasta el siglo sexto, en que la introduxo Diosinio, llamado el pequeño; ni la adoptó la Francia hasta el siglo séptimo, aunque no se estableció enteramente hasta el reynado de Carlo Magno.

Huvo varios modos de comen-

zar á contar este año: unos comenzaron á contarle por el mes de Marzo: otros por el Enero: otros desde 25 de Diciembre, que es el nacimiento de Jesu-Christo: otros comenzaron á contarle desde el 25 de Marzo que era el de la Anunciacion: otros hubo que le daban principio el dia 5 de Marzo; otros lo comenzaban desde el dia de Pascua; otros, finalmante, dieron principio á la era un año entero ántes de lo acostumbrado, poniendo por fecha el año 1102 al tiempo que los otros contaban 1102.

En Alemania duró por mucho tiempo la costumbre de comenzar á contar el año desde el dia de la Natividad, como se acostumbró tambien en la Lombardia. Un antiguo diploma de Milan tiene la fecha siguiente: *Anno á Nativitate Domini* 1397. *Indict.* 1. *secundum cursum, et consuetudinem civitatis Mediolani, secunda Decembris.*

Muchas ciudades de Italia con-

serváron esta costumbre, y tambien lo siguieron muchos Pontífices hasta Clemente VIII. Los Florentinos no lo dexaron hasta el tiempo del Emperador Francisco, el año 1743, en fuerza de un decreto que aquel Emperador publicó á este fin, como gran Duque de Toscana. El cálculo Pisano, que se anticipa un año al de Florencia, fué tambien adoptado por muchos Papas en sus bulas.

Escultura de los Griegos.

Como la escultura no es generalmente tan conocida como la pintura, me pareció que no serian desagradables algunas noticias sobre los escultores Griegos, los quales lleváron su arte á tal perfeccion, que fuéron admirados en sus tiempos, y parece imposible que sean superados por los venideros. Y como fuéron tantos, y tantas las obras, que dexáron, daré de ellas una su-

cinta idea para que no canse la proligidad.

Sin detenerme, pues, en hacer mencion de Dédalo, reputado el primer escultor de la Grecia ántes de la guerra de Troya, ni de Epeo, de Reco, y de sus hijos Teodoro y Telecleo, de Euchiro, de Perilo, famoso por su toro de Falaris; de Baticleo, de Lafae de Pliunto, de Calone, de Canace, de Menecmo, de Damea, de Ificlate, de Agelade, de Egia, de Glauco, de Nicomade, y de Elade, que fué el maestro de Fidias, comenzaré por este célebre escultor.

Fidias.

Fidias nació en Atenas, en tiempo favorable á las artes, cuyo protector se declaró el poderoso, é inteligente Pericles, que pagaba generosamente todas las obras que les encargaba, y que eran muchas, así públicas como particulares. Entre

todos los escultores de su tiempo se distinguió Fidias, especialmente por su célebre Júpiter Olimpico, que toda la antigüedad celebró con los mayores elogios.

Representó al dios sentado en un trono con una corona de olivo en la cabeza; en la derecha le puso una estatuita de la victoria, de marfil, y de oro. La izquierda empuñaba un cetro, resplandeciente por sus metales. Y aunque el templo era vasto y elevado, Júpiter, estando sentado en su trono, tocaba casi al techo con la cabeza. De aquí se puede inferir la magnitud de la estátua. Con ella quiso dar á entender su artífice la magestad del dios.

La estátua de Minerva que adornaba al Partenon de Atenas, se contaba tambien entre las obras célebres de Fidias. Sobre el hielmo de la diosa puso una esfinge. La cabeza de Medusa cubria su pecho. A su lado colocó otra estátua de la Victoria mas alta dos varas. Esta par-

ticularidad de la altura de la Victoria contada por Pausanias, nos hace concebir la de la estátua de la diosa.

En la misma ciudad hizo Fidias otra estátua de Minerva, de bronce; y era tan grande, que los navegantes desde Sunnio, descubrian el penacho que adornaba su hielmo, y la punta de la lanza que tenia en la mano. Hizo la estátua de Venus Urania de mármol para el templo de Vulcano: y en el templo de Nemesis, junto á Maraton, hizo la estátua de esta deydad, con el gran peñasco de mármol pario, que hiciéron conducir los Persas para el monumento, que pensaban hacer á su victoria, y sirvió á Fidias para hacer mas memorable la que los Griegos consiguiéron de ellos.

De los despojos de otra victoria obtenida por los de Elide, erigiéron un templo, y colocáron otra estátua de Júpiter en él, obra tambien de Fidias muy celebrada. Delfos poseía asimismo otras obras

de Fidias; es á saber, las estátuas de Minerva, de Apolo, de Erectea, de Milciades, de Pandion, de Antinoo, de Codro, de Teseo, y de Fileo. ¿Cómo es posible que un hombre haya hecho tantas, y tan excelentes estátuas, que hoy dia no habria tesoro que las pagase?

Cuenta Valerio Máxîmo, que Fidias hizo un discurso á los Atenienses para persuadirles diesen la preferencia al mármol en cotejo del bronce, para hacer la estátua de Palas, que le habian encargado, diciéndoles que les costaria ménos. Oído esto, creyéron pudiese redundar en desdoro suyo el preferir una materia ménos costosa á la que mas costaba, y resolviéron se hiciese de bronce.

No fué solo admirable Fidias en sus estátuas colosales; lo fué tambien en obras pequeñas; y fuéron celebrados en la antigüedad sus peces, sus cigarras, y sus moscas, de que nos da alguna idea Marcial

si acaso eran de Fidias las que se admiraban en Roma en su tiempo.

Theoscopo de Megara.

Fué contemporáneo de Fidias, y aunque no consiguió tan gran fama como aquel, debia ser mucha su habilidad quando Fidias se le asoció para formar una estátua de oro y de marfil. Fué muy celebrada la estátua que hizo de Hernon, á quien los Megarenses hiciéron conciudadano suyo, por haber mandado la nave admirante en la expedicion de Lisandro.

Alcamene.

Nació en un lugarcito del Atica, y fué uno de los mas ilustres discípulos de Fidias. Floreció, segun Plinio, en la Olimpiada ochenta y tres. Este mismo autor celebra una estátua suya de bronce, que representaba uno de aquellos atletas, que

los Griegos llamaban Pentatles, porque disputaban la victoria en cinco luchas consecutivas. Pero la mas insigne de sus obras fué la Venus de mármol que veían todos con admiracion en los jardines de Atenas, como se expresa Pausanias en una ciudad en que habia tantas estátuas admirables.

No era ménos insigne la estátua del amor, que hizo para la ciudad de Tespia, y la de Vulcano, cuya coxera no quiso esconder con el vestido, sino disimularla con toda la destreza y maestría del arte. Hizo otra estátua de Juno, y otra de Ecate; ésta estaba compuesta de tres figuras unidas, que no formaban sino una sola. Obra suya tambien muy estimada fué el Hércules de estatura colosal, que se veía en el templo de Tebas. La antigüedad reputó Alcamene el primer escultor de su tiempo despues de Fidias.

Agoracrito.

Fué de Paros, y se cree discípulo tambien de Fidias. Plinio cuenta de este escultor, que habiendo presentado á los Atenienses una estátua de Venus en concurrencia de Alcamenes, que presentó otra suya, diéron á éste la preferencia, por ser Ateniense. Indignado Agoracrito por esta injusticia, hizo de su Venus una Nemesis, diosa de la Venganza, y la vendió á los de Ramno. Varron la reputaba la obra mas bella de este autor.

Plinio dice tambien, que en la misma ciudad de Ramno se veía otra estátua suya, que representaba la madre de los dioses; y en Delfos otras dos estátuas de bronce de Júpiter y de Minerva.

Coloteo.

Fué otro discípulo de Fidias, y trabajó con él en la estátua de Júpiter Olímpico para el templo de Atenas. Hizo un Esculapio de bronce, de admirable belleza, y algunas estátuas de Filósofos. Huvo otro escultor de este nombre, discípulo de Praxîteles, el qual hizo para la ciudad de Elis la mesa de oro, y de marfil, sobre la qual solian poner los vencedores las coronas que habian conseguido.

Policleto.

Fué de Argos, y se distinguió entre los mayores escultores de la Grecia, especialmente por sus dos célebres estátuas el Diadumeno, y el Doriforo. Daban muchos la preferencia á la estátua de Juno, que hizo para la ciudad de Micenas, compuesta de oro, y marfil. Te-

nia en la derecha un cetro, y en la izquierda una granada. Puso en su corona las estaciones y las gracias.

Era admirada en tiempo de Ciceron la estátua que hizo de Hércules, vencedor de la Hidra. Celebra tambien Ciceron las dos estátuas de los Caneforos: eran de cobre, y de mediana proporcion. Llevaban sobre sus cabezas algunas cosas para el servicio del templo, como lo solian hacer las doncellas de Atenas, que por esto se llamaban Caneforos.

La estátua de Júpiter Melichio era de marmol blanco, como tambien lo eran las de Apolo y Latona, que hizo para el templo de Diana, erigido en la cima de un collado sobre el camino de Argos, y de Tegea. Hizo otra Venus para la ciudad de Amiclas. Dion Chrissóstomo se lamenta de la desgracia que padecia en su tiempo la bellísima estátua de Milciades de este autor, á la qual le faltaban las dos manos.

Algunos le atribuyeron la estátua de Antipatro, vencedor entre los muchachos, en tiempo de Dionisio. Huvo otro escultor con el mismo nombre de Policleto, pero no de Argos, sino de Sicion, á quien Plinio, por equivocacion del nombre atribuye algunas obras del otro, y entre otras el Diadumeno, y el Doriforo. Eliano cuenta un caso del otro Policleto de Argos, que puede aplicarse á otros asuntos, y por lo tanto quiero poner aqui.

Dice, pues, que para experimentar el juicio del pueblo, quiso hacer al mismo tiempo dos estátuas; la una la trabajaba ocultamente, la otra á vista de quantos querian pararse á ver cómo trabajaba, pidiéndoles su parecer sobre los defectos que iban notando. Acabadas ya las dos las expuso á la vista del público. La que trabajó en secreto siguiendo los impulsos de su genio, fué admirada de todos los presentes; la otra menospreciada. Sabed,

pues, les dice entónces Policleto, que aquella es obra mia, y ésta de vuestros desacertados juicios.

Pitágoras.

Nació en Regio, y fué, segun Plinio, contemporáneo de Policleto; pero segun Pausanias debia ser contemporáneo de Fidias. Lo que hace sospechar á algunos que Plinio padezca á las veces equivocacion en las épocas de los progresos de la escultura. A este Pitágoras se atribuyó el Cratistenes, á quien la Victoria ayuda á montar sobre el carro, y la Europa sentada sobre el Toro. Suyas fuéron tambien las celebradas estátuas de Eteocles, y Polinices, que combatian.

Trasimedes.

Fué natural de Paros, y adquirió fama en la escultura por la estátua colosal de Esculapio, que te-

nia la mitad de las proporciones de Júpiter Olímpico, y era como éste de oro y de marfil; el dios estaba sentado en su trono, teniendo su mano derecha apoyada á un baston, y en la izquierda le puso la cabeza de un dragon. En el trono se admiraban esculpidas las empresas de Belerofonte, vencedor de la quimera, y Perseo que cortaba la cabeza á Medusa.

Anaxâgoras.

Nació en Egina, la Grecia lo distinguió con el encargo que le hizo de la estátua de Júpiter, para el templo de Olimpia, al qual querian hacer este presente las ciudades griegas que embiaron sus guerreros contra Mardonio. Dicen que este mismo Anaxâgoras escribió sobre la perspectiva. Otros atribuyen las primeras reglas de esta arte á Agatareo, que fué tambien el primero que hizo en Atenas una de-

coracion de teatro, á instancias de Eschilo.

Atenodoro.

Era de Clitora en la Arcadia, y sobresalió entre los otros escultores, especialmente en las estátuas de las mugeres; fué discípulo de Policleto. Huvo otro Atenodoro no ménos célebre escultor, que era natural de Samos, y que trabajó en el admirable grupo de Laocoonte.

Etesilas.

Se cuenta por uno de los mas estimados escultores de la Grecia, y no inferior á Fidias. Fué muy celebrado su Doriforo, que quiere significar un guarda armado de pica, su amazona, y la otra estátua de un hombre herido, que está para espirar. Hizo tambien la estátua de Pericles, llamado el Olimpio. Plinio dice de Etesilas, que al primor

del arte añadia la nobleza y magestad que sobresalian en todas las estátuas de los hombres ilustres que representaba.

Por fortuna se libró de la voracidad del tiempo la famosa estátua de este artífice, conocida por el nombre del Gladiador moribundo. Aunque Winkelman dice ser error del vulgo el creer que esta estátua represente un gladiador, no teniendo indicio alguno de serlo, antes bien indicios de lo contrario, pues la corneta rota que se vé en el suelo, y la cinta que le ciñe el cuello, son señales de un sonador de cuerno en los juegos Olimpicos, y que se ataban el cuello con la cinta, para que no se les rompiera alguna vena con la fuerza del soplo, como lo atestigua el Saumasio.

Cefisodoro.

Hubo algunos escultores con este mismo nombre en la Grecia,

motivo por el qual se confunden sus obras, atribuyendo á unos lo que otros hicieron. Plinio dice que en su tiempo aun se admiraban en Roma las dos estátuas de uno de estos Cefisodoros, de las quales la una representaba á Latona en el monte Palatino, y la otra á Venus, en los huertos de Asinio Polion, como tambien un Esculapio, y una Diana en el templo de Juno.

A uno de estos Cefisodoros se atribuye tambien la célebre estátua de Minerva, que se veía sobre el puerto del Pireo el mercurio que alimentaba á Baco, niño todavia, y el orador con las manos levantadas. A uno tambien de estos Cefisodoros se atribuyen las preciosas estátuas de Anita y de Miro.

Hipotádoro.

Aunque se dice fueron pocas las estátuas que quedaron de este artífice, celebran su habilidad Plinio

y Pausanias. Este le atribuye la estátua de Minerva de bronce en un templo de Arcadia, que se grangeaba la admiracion de todos por su grandeza y hermosura. No nos queda otra memoria suya. Lo que aconteció á muchos otros escultores Griegos, aunque hayan sido celebrados. Tales fueron entre otros Hipotádoro y Aristogiton, como tambien Panfilo, de quien se celebra solo la estátua de Júpiter hospital, que conserva como un tesoro Asinio Polion.

Eufranor.

Plinio lo hace contemporáneo de Praxîteles. Fue muy celebrada en la Grecia su estátua de Páris, por echarse de ver en su rostro ser el juez de la competencia entre las tres diosas, el amante de Elena y el matador de Aquiles. Era admirada en Romá otra estatua suya, que representaba á Minerva, y se

llamaba la Catuliana, por haberla dedicado al Capitolio Q. Lutatio Cátulo. Hizo tambien algunos vencedores sobre carros, tirados ya de dos, ya de quatro caballos: un Pluton de singular belleza, y dos estátuas colosales, que representaban la Virtud y la Gracia.

Leocares.

De este escultor se cuenta que trabajó con Praxîteles en el sepulcro de Mausolo Se veía en Roma su estátua de Diana en el templo de Apolo sobre el monte palatino. Hizo tambien algunos atletas, cazadores, y sacerdotes. Quisiéron algunos atribuirle tambien la estátua de Esculapio, que poseían los de Trezenas, pero no era obra suya, sino de Timoteo.

Vitruvio cuenta á Leocaris entre los mas célebres escritores de su tiempo, y dice del marte colosal, que hizo para la ciudad de

Alicarnaso; *nobili manu Leocaris factum.* Para el pórtico de Atenas hizo un Júpiter y un Apolo y una estátua que representaba al pueblo. En otro templo que hizo edificar Filipo, se veían con admiracion las estátuas de aquel príncipe, de su hijo Alexandro, de Aminta, de Olimpia y de Euridice, hechas de oro y de marfil.

Policles.

Huvo dos ó tres escultores de este nombre, motivo por qué quedaron confundidas sus obras. Al uno de ellos se atribeyen las estátuas que adornaban el pórtico de Octavia. Al mas antiguo de los Policles se atribuye la célebre estátua del Hermafrodito. Se dice tambien de uno de ellos que tuvo hijos que igualaron el talento y habilidad del padre.

Bayasis.

Fué uno de los que trabaxaron en el sepulcro de Mausolo. ¿Cómo podia dexar de ser este monumento una de las maravillas de la tierra? Hizo este artífice cinco estátuas colosales de dioses para la ciudad de Rodas. Eran tambien celebradas las estátuas de Pasifae, de Esculapio, y un Baco que trabaxó para la ciudad de Rodas. Era sobre todo admirado el Apolo que habia en Antiochia, y que un rayo disfiguró en tiempo del Emperador Juliano. El mayor elogio que pudo hacer la antigüedad á este escultor, fué poner en duda si las estátuas de Júpiter y de Apolo, veneradas en Patara de la Licia, eran de él ó de Fidias.

Scopas.

Nació en Paros. Plinio dice de él, que su habilidad y talento no

eran inferiores á los de Praxîteles, de Briasis y de Leocaris. Hizo una Venus, un Faetonte, y la estátua que representaba el Deseo para los Samotraces, que éstos tenian en grande veneracion. Hizo tambien una de Apolo que adornaba al monte palatino, y una diosa Vesta sentada, para los jardines de Servilio.

Asinio Polion poseyó otras obras de este insigne escultor; pero sus obras mas admirables fuéron el Neptuno, la Tetis, el Aquiles, las Nereidas sentadas sobre delfines, muchos Tritones, y monstruos marinos, que se veían en Roma en el templo de Domicio, en el circo Flaminio. Hizo tambien un Marte sentado, de estátura colosal, para el templo que edificó Bruto Calinico en el mismo circo, y una Venus desnuda, que todos preferian á la de Praxîteles.

Se duda si fué de Scopas ó de Praxîteles la Venus que el Emperador Vespasiano dedicó en el tem-

plo de la Paz, como tambien el dios Jano, que Augusto hizo traer de Egipto para colocarle en el templo de aquella deidad. La misma duda queda hoy dia sobre la estátua de Niobe, que conserva la galería de Florencia; pero fué obra suya sin duda alguna la estátua de Minerva en el templo de Gnido, y otras que se conservaban en Megara, y en Corinto.

Otra Venus en bronce hizo para la ciudad de Elis, y diversas estátuas que habia en el templo de Esculapio en la Arcadia. La antologia encarece la estátua de una Bacante en furor, y Clemente Alexandrino las dos Eumenides que habia suyas en Atenas. Este famoso escultor fué tambien arquitecto, pues hizo el templo de Minerva, que mandó edificar á esta diosa la ciudad de Tegeea en la Arcadia, uno de los mas vastos del Peloponeso, y el mas rico de estátuas.

Eran admirables los baxos relie-

ves con que adornó la fachada. En uno de ellos representó la caza del javalí caledonio, en que sobresalian Atalanta, Meleagro, Teseo, Telamon, Peleo, y Polux, como tambien los dos hermanos de Altea, Protoo y Cometes, y Epoco, que sostenia á Anceo, herido de muerte por el javalí; junto á estos se veían Castor, y Amfiarao; luego Hipotoo, hijo de Cercion y Bitoo.

En otro baxo relieve representó el combate de Telefo y de Aquiles. La estátua principal de Minerva, fué despues atribuida al escultor Endío: mas no es creible que siendo Scopas el arquitecto de aquel templo, y el escultor al mismo tiempo de las estátuas que lo adornaban, dexase hacer á Endio la estátua principal que podia hacer Escopas mucho mejor. Como quiera, Augusto la mandó quitar de aquel templo para colocarla en el Foro de Roma, donde era admirada de

todos por su belleza, y por ser toda de marfil.

Naucide.

Fué de Argos. Plinio la coloca en la Olimpiada noventa y cinco, quatrocientos años ántes de la era christiana. Entre sus muchas obras se distinguía un Mercurio, una Ebe, y un Discobulo en oro, y en marfil. La estátua de Ebe se veía en Corinto al lado de la Juno de Praxîteles, ó de Policleto, con otra estátua de Ecates hecha de marfil. Eran sobre todo admiradas las dos estátuas de Chiton, vencedor en la lucha. Una de ellas quedó en Olimpia, la otra pasó de Argos á Roma, y se veía en el templo de la Paz. Hizo tambien la famosa Erina de Lesbos, muger célebre entre los poetas de la Grecia, de la qual no quedó otra composicion, que una oda sobre el cortejo.

Praxîteles.

De éste celebérrimo escultor dice Plinio, que aunque era tenido por mas diestro en hacer las estátuas de mármol, que las de bronce, hizo no obstante con este metal un admirable rapto de Proserpina, una Ceres, un Baco, y otra estátua de un Sátiro, en que representó la embriaguez, la qual se hizo famosa en toda la Grecia con el nombre de Peribotos. Obras tambien suyas eran las estátuas que adornaban la entrada del templo de la Felicidad, y una Venus, que se quemó en el templo de esta diosa en tiempo de Claudio, y que igualaba en hermosura á la otra Venus del mismo célebre en el mundo.

Hizo tambien la estátua de una Ninfa, que componia una guirnalda, y los dos tiranicidias Armodio, y Aristogiton, que Xerges quitó á los Griegos, y que Alexandro des-

pues de la conquista de la Persia hizo restituir á los Atenienses. Obra suya fué tambien un Apolo en ademan de disparar la flecha contra un lagarto, y por esto fué llamado por antonomasia el *Sauroctonos*, esto es, matador del lagarto.

Pero la estátua mas admirada de toda lo antigüedad fué su Venus de Gnido. Se cuenta, que habiendo hecho Praxîteles dos estátuas de esta diosa, la una que parecia estar cubierta de un velo, la otra enteramente desnuda, las puso en venta á un mismo tiempo. Los de la isla de Coo prefirieron la Venus cubierta; los Gnidos compraron la desnuda, la que vista por el Rey Nicomedes ofreció á éstos quadruplicado precio del que les habia costado, mas ellos reusaron sus ofertas por conservar una obra, que hacia tanto honor á su patria.

Otras obras suyas poseían los de Gnido; y en Roma era muy apreciable el Cupido que robó Ver-

res, como se lo objeta Ciceron, y que se colocó despues en el pórtico de Octavia. Adornaban tambien á los jardines de Servilio una Flora, un Triptolemo, la estátua del Buen suceso, y de la Buena fortuna. Hizo otras estátuas de Menades y de Silenos, y un Apolo, y un Neptuno, que poseía Asinio Polion.

Tal vez no habia hecho todavía Praxîteles su célebre Venus de Gnido, quando dió la preferencia entre todas sus obras al Cupido, y al Sátiro en fuerza de un ingenioso extratagema de que se sirvió la célebre cortesana Frine para saber la obra que mas estimaba, y que merece ser contado con las mismas palabras de Pausanias que lo refiere.

Se hallaba Praxîteles enamorado de aquella hermosísima Griega, quanto ella de las obras de su amante, entre las quales queria poseer la mas bella; pero recelando

que su amante la ocultase su parecer sobre la estátua que mas apreciaba, á fin de indagarlo se valió de este extratagema; mandó á uno de sus esclavos que quando Praxîteles estuviese en conversacion con ella, viniese á darle la nueva que ardia su casa.

Hízolo así el esclavo; entra desalado en el quarto de Frine, diciendo á Praxîteles, que toda su casa estaba en llamas; que sus talleres ardian; y que corriese á salvar, si podia sus estátuas. Praxîteles consternado de tal nueva, comienza á decir á gritos; estoy perdido si no se salvan mi Sátiro, y mi Cupido. Frine, oido esto, lo detiene, diciéndole con risa, que se sosegase, que aquello era un embuste, de que se habia servido para saber su parecer sobre su mas apreciada estátua. Sosegado Praxîteles la dió entónces su Cupido, con que enriqueció su patria Tespia, á donde acudian muchos forasteros para em-

belesarse con su vista.

Calígula, enamorado de aquella célebre estátua, la hizo traer á Roma para disfrutarla ; pero Claudio condescendiendo á las representaciones de los Tespios, se la devolvió. Se veía en Atenas la estátua de Ceres, y de Proserpina en el templo de aquella diosa; y otra estátua de Diana que veneraba el barrio, en que se celebraban las fiestas Dionisias. Para la ciudad de Megara hizo tambien un Apolo, una Diana, y una Latona ; y para la de Elis la estátua de Baco.

En Platea eran admiradas las estátuas de Juno, de Rea, y de Saturno, á quien aquella presentaba una piedra, envuelta en un pañal de niño: y en el bosque de Trofonio una estátua de Esculapio. Finalmente, en Mantinia la estátua de Juno sobre un trono, y junto á ella la de Minerva, y la de Ebe.

Telofanes.

Era de Focea, y celebrado por los escritores que lo comparaban á los mejores escultores de su tiempo. Fuéron muy estimadas sus estátuas de Larisa, la del Atleta, la de Spintaro, vencedor en las cinco luchas, y la de Apolo. La mayor parte de sus obras quedó en la Tesalia, donde vivia; luego en Persia, donde trabajó, llamado por Xerges, y por Darío, que conservaron con grande aprecio sus estátuas.

Alipo.

Nació en Sicion, y fué contado entre los célebres escultores de la Grecia. Hizo muchas estátuas de vencedores en los juegos olímpicos para la ciudad de Olimpia. Los solos monumentos que dexó en la ciudad de Delfos atestiguaron su mérito. Trabajó en ellos en com-

pañía de Tisandro, y con Canaco, otro escultor, de quien no queda otra memoria que la de los vencedores en la batalla de Egos Potamos.

Lisipo.

Fué tambien de Sicion, y uno de los mas estimados escultores de la Grecia. Se cuenta de él, que queriendo dedicarse á esta arte, consultó con el pintor Eupompo, quál de los antiguos escultores debia tomar por modelo; que Eupompo, mostrándole con el dedo mucha gente junta, le dixo: Ved allí los modelos que debeis imitar y estudiar, no los escultores. De este Lisipo dice Plinio, que fué el escultor mas fecundo, y el mas apreciado.

Entre las estátuas que habia suyas en Roma, la que merecia mayor estimacion fué la de un hombre en un baño, que M. Agrippa solia tener donde se bañaba. Esta es-

tátua, puesta despues en un lugar público en Roma, agradó tanto á Tiberio, que no pudo resistir á la tentacion de sacarla de donde estaba para tenerla en el quarto donde dormia; por lo que resentido el pueblo, manifestó repetidas veces su sentimiento, pidiendo á gritos en el teatro que la estátua se devolviese al lugar público de donde se habia quitado, lo que consiguió á pesar del aprecio que habia manifestado Tiberio.

Neron dió en otra mania con que gastaba los objetos que manifestaba apreciar con ella, haciendo dorar las estátuas de piedra que mas estimaba. Entre ellas hizo dorar algunas de Lisipo, con que les quitó todo el primor y belleza del arte, que las restituyó el tiempo quitándolas el dorado.

Hizo á mas de esto Lisipo una estátua de Efestion, y una caza de Alexandro, que fueron dedicadas al templo de Delfos, y un Sátiro.

Representó á mas de esto en estátuas todos los que componian la corte de Alexandro, retratando con la mayor semejanza sus mayores privados, obras preciosísimas, que el estimador de ellas Metelo hizo transportar á Roma despues de la conquista de la macedonia.

Pero aunque fueron muchas las estátuas de Alexandro que hizo Lisipo, solo queda en nuestros tiempos la que poseían en Roma los marqueses Rondinini : Plinio hace mencion de un Júpiter colosal que hizo Lisipo para los Zarentinos, y cuentan que para llevarla al lugar donde habia de quedar colocada, la formó sobre un ingenio, compuesto con tal arte, que un hombre solo la movia al solo impulso de su mano, á pesar de su enorme peso y magnitud.

Si esto fuese verdad, aunque no parezca imposible, probarian lo maravilloso de aquella maquina, las dificultades que halló despues Fa-

bio Verrucoso en sacar aquella enorme estátua del lugar donde estaba para hacerla trasladar á Roma, sin que lo hubiese podido conseguir.

A este mismo Lisipo se atribuían los quatro caballos de bronce dorado, que adornaban la fachada de la Iglesia de San Marcos en Venecia, y que los Franceses hicieron pasar á Paris, donde se hallan. Estos caballos sirvieron al arco triunfal de Neron en Roma, de donde los quitó Constantino para llevarlos á Constantinopla, y los Venecianos en la conquista de aquella ciudad se llevaron á Venecia.

Hizo á mas de esto Lisipo la estimable estátua de Sócrates despues de su muerte, la de Esopo, y las de los soldados que perdieron la vida en el paso del Granico. En fin, fueron tantas las obras de este insigne escultor, que Plinio no dudó decir que fueron 1500 sus estátuas; pero en otra parte limitó este número á seiscientas y diez,

contándolas por el número de las monedas que encontró su heredero, despues de su muerte, sabiendo que aquel escultor por cada estátua que hacia, ponia aparte una moneda de oro.

Lisistrato.

Fué hermano de Lisipo, y compañero de trabajo en muchas de sus obras; pero de obra particular suya solo quedó la estátua de Menalipe, muger famosa en aquellos tiempos por su talento singular.

Euticrates.

Fué hijo de Lisipo, y aunque no tan celebrado como su padre, fuéron sin embargo muy estimadas sus obras. Entre ellas se cuentan el Hércules de Delfos, el cazador Tespis, las Musas, y la estátua de Trofonio. Hizo tambien muchas Medeas, caballos, y perros de caza.

Fué tambien celebrada la estátua de Menesarco, muger de Efeso, y la de Anita, y la de una doncella violada, llamada Panteuchis, de cuya injuria parece le redundó celebridad en toda la Grecia.

Sostrato.

Nació en Chio, y fué contemporáneo de Lisipo; su estátua mas célebre fué el Autolico que hizo para la ciudad de Sinope, que lo reverenciaba como su fundador. Con Sostrato trabajó el otro escultor Steni de Olinto. Luculo, despues que tomó la ciudad de Sinope, hizo transportar á Roma la estátua de Aulico, en donde se admiraba como preciosa.

Silanion.

Fué de Atenas: entre otras estátuas suyas se celebra particularmente la del escultor Apolodoro,

de quien se cuenta que quando no le salia á su gusto algun trabajo, aunque estuviese acabado, montaba en tal cólera, que hacia pedazos la estátua con el martillo. Cuenta Plinio que Silanion representó tan al vivo al escultor Apolodoro en sus transportes, que los que le conociéron parecia que no hubiese muerto quando miraban su estátua.

Fuéron tambien muy estimados su Aquiles, su Safo, y la estátua de Corina. Los Atenienses apreciaban tanto á Silanion en la escultura, como en la pintura á Parrasio. Fué tenida en sumo aprecio su Jocasta moribunda por la excelencia de su expresion.

Eutichides.

Fué de Sicion, y discípulo de Lisipo: representó en estátua al rio Eurotas en el acto, sin duda, de correr, pues dice Plinio parecia correr mas que las aguas de aquel

rio : era precioso el Baco que poseía Asinio Polion : fué igualmente estimada la estátua de la Fortuna y la de Demóstenes ; escultores de su tiempo fuéron tambien Dahipe, Beda de Bisancio, y Cefisodoro, de quienes no queda otra memoria que sus nombres.

Caretes.

Nació en Linda, y fué tambien discípulo de Lisipo : le hizo célebre el gran Coloso de Rodas, que representaba al sol, y que solo exîstió despues de hecho y erigido treinta y seis años, por haberle derribado un fuerte terremoto. Plinio para dar una idea de su magnitud, dice que ningun hombre llegaba á abarcar con sus brazos el menor de los dedos de sus pies ; y que despues de caido, parecian los huecos de sus piernas rotas, dos grandes cabernas ; en el vacío de las mismas se veían los grandes peñas-

cos, cuyo peso le tenia firme en la base. Empleó doce años en aquel inmenso trabajo, y gastó mas de seis millones de reales, valor que sacáron los de Rodas de la venta que hiciéron de los ingenios, y máquinas, que huvo de abandonar el Rey Demetrio quando se vió precisado á levantar el sitio de aquella ciudad.

Tisicrates.

Fué otro hijo de Lisipo, no inferior á su padre, pues cuentan que sus obras se confundian: obra suya muy celebrada fué la estátua de un viejo Tebano, la del Rey Demetrio, y la de Peucestes, que salvó la vida á Alexandro. Tuvo por discípulo á Piston, conocido solamente por el Marte, y el Mercurio que se veían en Roma en el templo de la Concordia.

Agesandro.

Fué uno de los que trabajáron en el célebre grupo de Laocoonte, y tal vez fué su principal autor, pues los escritores le nombran ántes que Polidoro, y Atenedoro, que le ayudáron en el trabajo. Estos escultores eran de Rodas, aunque se duda si vivian en tiempo de Alexandro. No se sabe tampoco de cierto si el Laocoonte de que habla Plinio, es el mismo que hizo Agesandro.

Glicon.

Si éste fué, como se supo, el autor del Hércules Farnesio, conviene confesar que fué tambien uno de los mas excelentes escultores de la Grecia, como lo fué tambien Xenofilo, cuyo Esculapio sentado, era la mas bella estátua que se conocia en tiempo de Pausanias. En ella

trabajó tambien Straton, pero no queda de ellos otra memoria.

Apolonio, y Tauriseo.

Estos dos fuéron hermanos, é hiciéron juntos dos célebres grupos de Amfion, y de Zeto, y el de Dirce, y el Toro. Esta obra fué llevada á Roma, y colocada en los monumentos de Asinio Polion.

Damafonte.

Natural de Micenas; le mereció celebridad haber restaurado el Júpiter Olímpico en Epidauro. Hizo tambien la estátua de Diana, y la de la madre de los Dioses; y en Megalopolis la estátua de Esculapio, y la de Igia. Para el templo de Proserpina hizo una Céres, y una Diana vestida con una piel de ciervo. Dice Pausanias que este escultor era entre los Micenios el solo que mereciese ser estimado.

Pasiteles.

Nació en la extremidad de la Italia, que era entónces Grecia, y fué ciudadano Romano por haberse concedido este derecho á la ciudad en que nació. Hizo un Júpiter de marfil, que poseía Metelo: añade Plinio que hizo muchas estátuas, pero entre tantas que habia en Roma no se sabía quáles fuesen las de este escultor. Del mismo cuenta Plinio que estando copiando un leon en el sitio donde estaban encerradas las fieras, escapó un pantera, que puso en riesgo su vida.

Desde los últimos tiempos del siglo quarto hasta nuestra era, se mantuvo, aunque muy decaida la escultura en la Grecia, ya sojuzgada. La munificencia de Ptolomeo atraxo las artes á Alexandria, donde dexáron algunas obras, aunque sin excelencia y sin lustre.

La multitud de los excelentes

artífices de que acabamos de hacer memoria, dará una idea del estado en que se halláron las artes en la Grecia, sin que se pueda comprender cómo llegáron á tal perfeccion, y en número tan grande.

Si los antiguos conocieron la Stenografía, ó sea el modo de escribir abreviado.

No se puede poner en duda, que los antiguos exercitáron la stenografia, arte de abreviar las palabras por escrito, de modo que la pluma escriba con igual velocidad con que pronuncia las palabras un orador. Grutero nos conservó una tabla de antiguas abreviaturas que se atribuyen á Tiron, liberto de Marco Tulio, que éste apreciaba tanto, y que se dice era diestrísimo en esta arte.

Pero no se puede formar idea clara del modo cómo los antiguos se servian de las abreviaturas, ni de los caracteres, ó figuras que emplea-

ban, y con que expresaban á un mismo tiempo una ó dos palabras. Cuentan que Séneca inventó cinco mil figuras de éstas ; mas en tal caso no bastaría la vida de un hombre para salir diestro en una materialidad tan vasta, como les acontece á los Chinos, que teniendo una lengua escrita y compuesta de mas de veinte mil caracteres, no llegan jamas á escribir perfectamente en su lengua por mas doctos y experimentados que sean.

Los Judíos y sus Rabinos en particurlar usaron mucho de abreviaturas , no solamente como lo acostumbraban los Griegos y los Romanos , sino que tambien solian servirse de una letra sola para expresar una palabra entera. Por lo que se puede comprehender la velocidad que celebra el Profeta de sus Escribas.

Entre las naciones presentes parece que los Ingleses han hecho las mayores tentativas ; y han inven-

tado varios modos para reducir la escritura á menor número de letras. Entre otros el Señor Tailor ideó un sistema que contiene ocho reglas principales, de que se valió Mr. Bertin al principio de la revolucion de Francia para formar un particular sistema suyo, que si no es enteramente nuevo, y no merece del todo los elogios que le diéron las gazetas nacionales, como inventor de una nueva stenografia, los merece á lo ménos como renovador de ella.

Qualquiera que lea su sistema echará de ver fácilmente que cada uno que quiera puede formarse de por sí un método mas ó ménos cómodo y expedito. Este sistema es sencillo, se comprehende en poco tiempo, y se aprende en pocos dias; pero exîge algun tiempo para poseerlo, y para poder hacer de él un uso conveniente. Traeré para mayor inteligencia algunas reglas.

La primera es la de no atener-

se á la ortografia, sino á la sola pronunciacion. Este produce un notable ahorro de letras, como por exemplo, el frances *j'ai fai*, se reduce escribiendo stenograficamente á las solas letras *je fe.*

La segunda es el suprimir todas las vocales que se encuentran en medio de las palabras, conservando las solas consonantes, como por exemplo en vez de *república*, escribir *Rpblc*, y en vez de *disciplina militar* se escribe *Dscpln mltr.* Pero como puede suceder, que muchas palabras diferentes contengan las mismas consonantes, como *porte*, y *perte*, y suprimiendo las vocales, pudiera nacer equivocacion, ó no comprendería el que lee su verdadero sentido ó significado, dice el autor que el sentido de las palabras antecedentes, y subseqüentes pudiera servir de luz que quitaria la equivocacion.

Da por tercera regla, que así como la letra *c* tiene en la lengua

francesa ya un sentido dulce, ya áspero, que se asemeja á la letra *k* y á veces á la letra *s* suplirán siempre estas dos letras á la *c* á norma del caso que se presentáre.

Dice á mas de esto, que se usará siempre de la letra *s* en vez de la *z* por la semejanza en la pronunciacion. Lo mismo se debe practicar con la letra *g* con la *j* y la *q*, porque siendo perfectamente igual su pronunciacion, basta qualquiera señal para denotarlas.

De este modo las veinte y cinco letras del alfabeto se reducen con la stenografia á solas quince. Añadase el duplicado consonante *ch.* y entónces diez y seis letras solas bastan para componer el alfabeto stenografico, exceptuadas las terminaciones, y las vocales iniciales. Todas las terminaciones de las palabras se reducen á nueve señales principales, es á saber: *on*, *au*, *oui*, *an*: ó bien *o*, *en*, *o*, *i*, *ai*, *a*, *i*, *e*: y quando se hallan vocales al prin-

cipio y fin de las palabras, se suplirán con un punto: se practicará lo mismo en los diptongos.

Sin duda, dice el autor, se me objetará la pena, y dificultad que experimentarán todos en leer tal escrito; pero el uso quitará esta dificultad, é importa poco que se pierda un minuto en leer un escrito, en que se gana un segundo en escribirle. Bastan, pues, veinte y siete caractéres primitivos para este método, esto es, diez y seis letras para los consonantes, y nueve para las terminaciones, y dos puntos para las vocales iniciales y terminantes.

Los diez y seis primeros los forman las señales mas sencillas, como pequeños semicírculos, líneas rectas, ó perpendiculares, ó bien obliquas, ú orizontales. Las nueve terminaciones se notan con las diversas posiciones del punto, y de la coma, al derecho, al reves, arriba y abaxo de la última consonante.

Estas veinte y siete figuras bas-

tan para escribir abreviado: pero para mayor facilidad y prontitud, inventó Mr. Bertin diversas ataduras simbólicas, como las que usaban los Griegos; ya sean en consonantes, tomados de dos en dos, ya de qualquiera de las terminaciones combinadas con los consonantes que precedan.

De estas diversas conexîones, ó ataduras, formó el autor las tablas impresas en su libro. Las conexîones de los consonantes son doscientas veinte y una; y las de los consonantes con las finales son ciento doce, que forman en todo trescientas treinta y tres figuras, á las que si se añaden los veinte y siete caractéres primitivos forman en todo trescientos sesenta caractéres stenográficos.

A esto se reduce este sistema stenográfico, que no va exênto de objecciones, pero que puede suscitar otras nuevas ideas para perfeccionarlo, como tal vez se per-

feccionáron los antiguos, que tenian motivo para apreciar sus oradores: no hay duda que muchos Romanos la exercitaban, aunque no nos haya quedado idea alguna del modo cómo lo hacian; á lo ménos Marcial nos dice de uno, que escribia lo que otro hablaba, en aquel epígrama.

Currant verba licet, manus est velocior illis:
Nondum lingua, suum, destra peregit, opus.

Sobre la adopcion.

Parece que el motivo principal por qué los antiguos introduxéron la costumbre de adoptar, fué para perpetuar el nombre de sus familias, pues no era mas que recibir á uno por hijo para ingerirle, por decirlo así, en su descendencia.

La adopcion era permitida á los padres de familia, aunque tuviesen hijos de legítimo matrimonio: pero

el adoptado dexaba el nombre de la familia en que nació, para tomar el de aquella en que era adoptado. Los Romanos solian tener un nombre, y dos apellidos, que llamaban pronombre, y sobrenombre. Algunas veces los adoptados conservaban uno de estos, que dexaban de su primera familia; pero entónces los alargaban, como del nombre de *Octavius*, habian *Octavianus*; y del de *Cecilius*, *Cecilianus*.

El adoptado entraba á disfrutar los derechos, bienes y substancias de quien lo adoptaba. *Illum hæreditas nominis, pecuniæ, sacrorum sequebantur.* La adopcion se hacia de tres modos; se hacia la adopcion ó delante del Pontífice ó por permision del Magistrado, ó por testamento. Esta adopcion por testamento no estaba declarada por las leyes, pero la hacia válida la aprobacion de la Curia, y estas aprobaciones eran como leyes, que llamaban *leges curiatæ.*

Tres eran los requisitos que se

exîgian para que fuese válida la eleccion. Que quien la adoptaba no tuviese hijos de legítimo matrimonio, y que tampoco los pudiera tener; pero esta condicion se anuló enteramente. Que quien adoptaba lo hiciera de buen grado, sin violentas sugestiones, y sin violar los derechos de la religion: en fin, que no se echase de ver fraude alguno.

Lo que habia de particular en los derechos de la adopcion, era, que ésta haciendo contraer afinidad y parentesco, qualquiera plebeyo podia adoptar á un hijo de familia noble; pero ningun noble podia adoptar á un plebeyo: el modo y ceremonia con que se celebraba la adopcion era el siguiente:

Se presentaban ante el tribunal del Pretor los dos padres del adoptado, el natural, y el adoptante. Este tomaba por la mano al adoptado, y mostrándole al Pretor decia: tomo por hijo á este hombre, habiéndole comprado con mis haberes: y el

Pretor oido el consentimiento del padre natural, decia, que podia reconocerle por hijo, puesto que su padre natural venía bien en ello.

Era tambien aprobada por las leyes griegas la adopcion; pero éstas no la permitian á los que tenian hijos legítimos. No podian ser adoptadas las mugeres: el adoptado, aunque fuese forastero, entraba en todos los derechos, comprehendido tambien el de ciudadano, que acompañaba al derecho de la herencia.

Nos queda el modo cómo el Emperador Constantino Pagonato hizo adoptar sus dos hijos Justiniano, y Eraclio por el Papa Benedicto II. enviándole las trenzas de los cabellos de uno y otro, que fuéron recibidas en Roma por el Clero, y el pueblo con gran pompa y regocijo.

Quedan tambien algunas medallas que nos dan una idea de las antiguas adopciones. Tal es la que

representa la adopcion de Trajano, de Nerva, y de Adriano. Se veía una figura militar, que empuñaba lanza con la siniestra, y extendia la derecha sobre la cabeza de un jóven vestido de toga.

He presenciado en Italia algunas adopciones, para las quales se requerian cinco testigos de vista, en presencia de un notario, que oido el consentimiento de los adoptantes, extendia la escritura. Unos de estos arrepentidos de haber hecho la adopcion de una doncella, quisieron anular la adopcion, y la escritura; pero no fué posible, no encontrando apoyo en las leyes para ello.

Sobre el uso de los anillos.

El uso de los anillos es inmemorial entre las naciones: las mas antiguas fábulas nos hablan del anillo de hierro que llevaba Prometeo, engastado con un pedazo de la peña á que estuvo atado para ser devo-

rado por el águila; y lo llevaba en memoria de su libertad por el esfuerzo y favor de Hércules.

En la Sagrada Escritura nos queda tambien memoria del anillo que entregó Judas á Tamar, y la del anillo que dió Faraon á Josef, para que le sirviese de sello, como lo acostumbraban los Griegos, y los Romanos: pues sabemos, que Alexandro sellaba sus cartas con el anillo; y despues que venció á Darío, se sirvió del anillo de este mismo Rey para sellar las cartas que escribia á la Persia.

Filostrato habla tambien de los anillos que solian llevar los antiguos Bracmanes. Las estátuas de los primeros Reyes de Roma, que se conservaban en el Capitolio, como la de Numa Pompilio, y la de Servio Tulio, tenian anillo en el dedo. Es de creer que los primeros anillos fuesen de metales inferiores, luego de plata y de oro, y luego engarzados con piedras preciosas,

ó bien con piedras cinceladas, que los Romanos llamaban ectipas.

Todo anillo se componia de tres partes; del haro, que los latinos llamaban *orbiculus*, de la concavidad, en que estaba engastada la piedra, que llamaban *pala*, y el diamante, ó camafeo, que llamaban *gemma*.

En los principios de la república llevaban anillos los Magistrados, los Senadores, y los Generales, y sus anillos eran de hierro ó de cobre. Luego los Senadores lo lleváron de oro, pero solo aquellos que habian cumplido con alguna embaxada, y aun solamente en los dias de ceremonia, ó de junta.

Despues se concedió este honor á todos los Senadores y caballeros Romanos, de modo que quando Anibal, despues de la batalla de Cannas, envió Magon á Cartago con la noticia de la victoria obtenida, se cuenta que presentó al Senado tres celemines llenos de ani-

llos de oro, que los soldados cartagineses quitaron de los dedos de los caballeros Romanos muertos en el campo.

El abuso llegó despues á tal exceso, que hasta los soldados y libertos llevaban anillos de oro, de modo que Tiberio publicó una ley, con que vedaba al pueblo llevar anillos de oro; mas esta ley no duró mucho tiempo, ántes bien los mismos Emperadores, sucesores de Tiberio, daban anillos á sus esclavos, y libertos en prenda de la libertad que les daban, ó del afecto que les profesaban.

Lo que parece algo extraño, es que hubiese llegado la costumbre de llevar unos anillos en una estacion, y otros en otra; á estos anillos los llamaban *semestri*. Acostumbraban á llevar gravadas ó cinceladas las imágenes de sus mayores, de sus parientes, mugeres, ó Príncipes, y á las veces algun triunfo ó victoria.

El exceso de los Romanos en

el gusto de llevar anillos llegó á tal exceso, que llevaban anillos en todos los dedos, y no contentos de llevarlos en cada dedo, añadian otros sobre los nudos, y por esto dixo Luciano, que llegó á contar diez y seis en una mano.

Antes de tal abuso solian llevar el anillo en el dedo unido al meñique; y en él lo llevaban tambien las estátuas de Pompilio y de Tulio; y por eso le llamaban el dedo anular. Despues lo llevaron en el dedo índice, luego en el meñique; finalmente en todos.

Se ignora por qué motivo se daba á la novia anillo de hierro en el dia de la boda, y por qué se lo ponia en el quarto dedo, llamado por esto en las mugeres, *digitus sponsalitius*, *genialis*, *nuptialis*. Pasó despues el anillo á ser señal de institucion de herencia; costumbre griega, como se vé por la entrega que hizo Alexandro del su anillo á su amigo Perdicas. Sin embar-

go, la sola entrega no bastaba, si no declaraba su voluntad el dador en el testamento.

Habia en Roma un gremio de fabricantes de anillos, lo que se ignoraba hasta que el Muratori descubrió la lápida siguiente.

.....Anuus Ad...
..... Duumvir...
Conlegii Anulari
Locum sepulor. m...
In fronte pedes XXV.
In agro pedes XXV.
De sua pecunia
Conlegio Anulario
Dedit.

Sobre la apoteosis.

La costumbre de deificar á los hombres mirándoles como á dioses, es antigua entre las naciones, aunque no se sabe que la tuviesen los Persas, y los Egipcios, que se contentaban con eternizarlos con sus embalsamaciones y sepulcros.

Los Griegos anduvieron mas liberales con esto, como lo manifiesta la historia de sus dioses y semidioses: y si despues dexáron esta costumbre, la renováron en los tiempos posteriores con Brasidas, General de los Lacedemonios, á quien deificó la ciudad de Amfipolis, erigiéndole altares, é instituyendo fiestas en su nombre.

Alexandro quiso tambien deificar á su amigo Efestion, y lo fué por casi todas las ciudades de la Grecia de su dominio, que por adulacion á su monarca le erigieron altares, é hicieron sacrificios.

Los Romanos se abstuvieron de esta costumbre despues que deificáron á su fundador; y no la volvieron á tomar miéntras duró la república, hasta que se le antojó á Augusto deificar al César, erigiéndole templos y altares, é instituyendo en su nombre fiestas y Sacerdotes.

Tal vez quiso con esto sugerir

á los Romanos la especie de que hicieran con él lo mismo, como lo consiguió habiendo sido declarado dios tutelar del imperio romano, dándole los epitetos de *Divus augustus*, nombre antonomástico, que lleváron despues sus sucesores con el de Césares. Adriano celebró tambien la apoteosis de su mancebo Antinoo.

En algunas medallas de los Emperadores se ve tambien apoteosis de algunas Emperatrices, llevando al lado el pavo, que erá el ave de Juno, y los Emperadores el águila, que lo era de Júpiter; el modo como los Romanos celebraban su apoteosis era el siguiente:

Muerto, y enterrado con gran pompa el Emperador, se ponia su estátua de cera en el atrio del palacio, sobre un lecho de marfil, con ropage de oro. A su mano derecha se ponian todos los Senadores, vestidos de blanco, que era el color de luto, y allí quedaba la

mayor parte del dia. A la siniestra estaban las damas principales de Roma, sin adornos, en ademan de mentirosas plañideras.

Esta ceremonia duraba por siete dias, durante los quales solian llegarse al féretro varios médicos á visitar al enfermo, que se suponia no haber muerto, hasta que llegado el séptimo mostraban que acababa de espirar. Entónces una gran tropa de jóvenes caballeros, acompañados de sinfonías, llevaban la efigie de cera sobre sus hombros hasta el antiguo foro, tomando el camino por la via sacra.

Allí los Senadores y Magistrados se quitaban todas sus insignias y las depositaban junto á la efigie; varios coros de jóvenes y doncellas nobles, cantaban himnos y loores al difunto. Hecho esto transferian la efigie al campo Marcio, donde volvian á depositarla sobre otro féretro elevado compuesto de materias combustibles. Colocaban al

rededor varias estátuas de marfil y pinturas. Muchos cuerpos de caballeros, que representaban las provincias del imperio le hacian ofrendas.

Otros cuerpos de caballeros formaban varias evoluciones á caballo, al son de la danza Pirrica. Otras evoluciones diferentes hacian con carros, representando los héroes, y capitanes ilustres. Luego el que le sucedia en el imperio aplicaba, sin duda de buena gana, el fuego á la pira. Declarado el incendio, se echaba al ayre una águila, ó algun pavo real, que se suponia llevaba el alma al cielo. Desde aquel momento se le daba culto y honores de deidad. Se instituían sacerdotes que llamaban *Flamines*, y sacerdotisas, que llamaban *Flaminiæ*.

Sobre los baños de los antiguos.

No sé cómo se haya perdido la costumbre que tenian los anti-

guos de bañarse diariamente; uso muy loable y apetecible, que aunque no los exîmía de pagar el forzoso tributo á la naturaleza, sin embargo, los libraba de muchos ayes, fomentaba su limpieza, y les servia de recreo y de deleyte, que no son objetos despreciables.

Eran infinitos los baños que habia en Roma, así particulares, como públicos. De estos solos contaba aquella ciudad mas de seiscientos, y en tiempo de Claudio pasaron de ochocientos. Agripa solo hizo fabricar á sus expensas, para la pública comodidad y recreo, mas de ciento. En ellos pagaban poquísimo los pobres por bañarse, y los muchachos no pagaban nada.

Varias veces se prohibió el uso indecente de bañarse promiscuamente los hombres, y las mugeres; pero tales leyes perdieron con el tiempo su vigor, y luego se vieron despreciadas, especialmente en tiempo de Eliogábalo, y de Ale-

xandro Severo, que permitian infinitos desórdenes, fomentando las malas costumbres, hasta que Constantino acabó de desarraigar con el rigor aquel uso de bañarse promiscuamente.

Con el uso freqüente de los baños, cundió la magnificencia, y luxo, así en su adorno, como en la ostentacion de su servicio, de modo que pudiesen los señores disfrutar en ellos todas las comodidades, y deleyte. Habia baños de oro y de plata primorosamente trabajados, de preciosos jaspes, con mas preciosos adornos, deliciosos camarines para desnudarse, y vestirse. Gastaban tesoros en exquisitos aromas y perfumes, y en olorosos aceytes para untarse, y para raerse.

Solian tener horas destinadas al dia para ir al baño, y por lo comun para los señores era desde el medio dia hasta ponerse el sol; pero siempre ántes de la cena. Todo el pueblo, hasta los esclavos, se baña-

ban, como si fuese instituto de religion; y queda dicho en otro capítulo que en los baños públicos habia campanas, cuyo sonido indicaba al pueblo y á los esclavos, que habia llegado la hora para el baño.

Muchos ricos particulares dexaban fundados baños para uso del pueblo, sin que hubiesen de gastar en ello los pobres, como á mas de saberse por los escritores, se deduce de la lápida siguiente, que por su belleza quiero poner aquí:

C. Arunceius
Cotta
Colonis. Incolis. Hospit.
Adventoribus, servisque.
Eorum.
Lavationem ex sua pecunia
Gratuitam in perpetuum
Dedit.

Los baños de los señores solian tener tres ó mas aposentitos para mayor comodidad en su servicio, y se llamaban celidaria, tepidaria, fri-

gidaria: se hacian servir de sus esclavos, que segun sus funciones, tomaban el nombre de aquella en que eran empleados. Así se llamaban los unos *fumicatores*, que atendian á calentar el agua; *capsarii*, los que desnudaban y vestian, y cuidaban de los vestidos; *alipilæ*, los que raían el pelo; *unticarii*, los que untaban el cuerpo con unguentos, y aceytes olorosos.

Los Griegos no tenian hora determinada para el baño, como la tenian los Romanos. Los Spartanos se bañaban promiscuamente hombres y mugeres. Homero nos da una idea del uso freqüente de los baños en su tiempo, haciéndonos ver á Agamenon apénas llegado del sitio de Troya, encaminarse al baño, donde Clitemnestra y Egisto lo mataron. Telemaco y Pisistrato, llegados apénas á casa de Menelao, son convidados al baño. Diomédes y Ulises vueltos tambien de Troya van á bañarse.

Alexandro Severo era tan apasionado á bañarse, que hizo fabricar en Roma nuevos baños en los barrios donde no los habia para uso del pueblo. Magnífico era el baño que llamaban de Agripina, madre de Neron: en las escavaciones que se hicieron en Roma para los fundamentos de la iglesia de S. Vital, se halláron dos estátuas de Baco, con la inscripcion, *in lavacro Agrippinæ.*

Era tambien suntuoso el baño de Claudio Eutrusco, conocido por los versos de Stacio y de Marcial, liberto que fué del Emperador Claudio: era célebre este baño por la belleza de sus jaspes y adornos, y particularmente porque todos los caños por donde corria el agua eran de oro ó plata.

Se vé hoy dia parte de los soportales y bóvedas, que formaban el baño de L. Lucinio Sura, fabricado, segun dicen, por Trajano, para manifestarle á Sura su re-

conocimiento, en memoria de sus oficios para que fuese elegido Emperador.

Sobre el agua lustral.

La mayor parte de nuestros ritos y ceremonias nos vienen de los antiguos, que las usaban ántes que nosotros. Entre ellas se puede contar el agua lustral, que solian tambien tener los Romanos en pilas, que llamaban *labrum*, y la tenian como nosotros en el ingreso de los templos.

Los Romanos tomáron este uso de los Griegos. Pero no todas las aguas eran buenas para formar de ella agua lustral. Los Romanos se servian solamente de la fuente llamada Intuma, que manaba cerca del rio Numico. Los Griegos la tomaban de la que se llamaba Caliroe.

Para que el agua quedase lustral, cogia el sacerdote un tizon

ardiente del altar en que se quemaba la víctima, y lo apagaba en el agua de la pila, y rociaba con él á los circunstantes; los que entraban en el templo solian rociarse entre sí.

Idem, ter socios, puro circumtulit unda
Spargens, rore levi.

Y con esto creían quedar purificados. A falta del agua de aquellas fuentes solian usar del agua marina para hacerla lustral; pero á veces no bastaba el solo rociar el agua para purificarse. Algunos escrupulosos de aquellos que acompañaban á los difuntos, querian meter todo el cuerpo en ella. Con el agua lustral solian rociar tambien los banquetes de triunfo, y los de las bodas.

En la célebre tabla de las nupcias aldrobandinas, se vé una Sacerdotisa que tiene en las manos una albornia llena de agua lustral, y la mano derecha dentro de ella para la lustracion, ó expiacion. Los Griegos solian poner en la puerta de la

casa de un difunto un barreño con agua lustral para que rociasen la puerta los que pasaban si les daba la gana de ello.

Los que se casaban solian tocar el agua lustral: el vaso en que se ponia esta agua se llamaba *aquiminarium*, ó bien *amula*. Se cuenta que Creso dió dos de estos vasos al templo de Apolo en Delfos, que eran de oro. En el Herculano se hallaron algunas de estas albornias de piedras y de metales diferentes. Acostumbraban tambien los Romanos devotos á pedir el agua lustral ántes de la cena, y la solian pedir sin usar de verbo determinante la oracion, como por exemplo decian: *aquam manibus*, *aquam pedibus*. Esto significaba por refran la hora de la cena.

Sospecha sobre los Toros de Guisando.

Habiendo dado casualmente en una antigua lápida española, me hizo nacer la sospecha si los dis-

figurados Toros de Guisando pudieran ser parte de un antiguo monumento consagrado al Hércules Endovelico, deidad particular y tutelar de la España. A fin de que alguno tenga motivo para entretenerse sobre esta especie, pondré aquí la inscripcion, que dice:

Herculi P.
Endovelic. Tolet. Osca.
Deis. tutella. comped.
Tauros, ursus, aves Lybi.
Quot ann. D. D.

El Freret lo explica así:

Herculi. Patrio.
Endovelico. Toletum. Osca
Diis tutelaribus,
Compeditos. tauros. ursos aves Libicas
Quotannis decreto. dicaverunt.

Parece que este dios Endovelico fuese el Hércules de la España. ¿Mas quién fué este Hércules de la España? Afitandro cree, que fué Tubal: otros una deidad desconocida: otros habiendo visto otra inscripcion dedicada al mismo En-

dovelico por mugeres, creen que era Cupido, ó el dios de amor, como si las mugeres solo pusiesen inscripciones á aquel dios.

El Freret juzga que fué un héroe Español, deificado por los antiguos Españoles sin intervencion de Cartagineses, y Romanos, por quanto casi todas las inscripciones consagradas á este Hércules, se halláron en tierras, á donde tarde, ó nunca llegaron los Romanos. Strabon dice, que los Iberos tenian un dios incógnito: queriendo tal vez entender á este Endovelico, á quien dió sin duda el nombre la antigua ciudad de Velica, de donde Endovelico.

En algunas de aquellas inscripciones encontradas, se le dan á este dios los epitetos de santo, de excelente. *Deo sancto Endovelico. Deo Endovelico præstantis, et potentis. Numini.* Lo que indica la gran veneracion en que era tenido. De aquí es que se le pudiéron levantar templos, al-

tares, y otros monumentos en toda España, entre los quales pudiera ser residuo de uno de ellos los que llama la gente Toros de Guisando.

Pero dirá alguno que no hay otro motivo para tal sospecha, que las palabras, *tauros*, *ursos deo* de la inscripcion, lo que confieso buenamente; añadiendo que no pretendo entrar en disputa por una mera sospecha; me basta que esta ocurrencia pueda servir á otro para exercitar su ingenio y erudicion, caso que una sospecha lo merezca.

Supersticiosas opiniones del vulgo Romano.

Todos los pueblos padecen opiniones erróneas; efectos indispensables de la ignorancia, que avasalla sus rudos entendimientos. Sus mismas religiones las fomentaron, sin producir otro efecto en sus almas, que las inquietudes y desazones, que las afligen y atormen-

tan por objetos meramente imaginarios.

Entre las infinitas que acosaban las mentes de los Romanos era una la persuasion en que estaban de las apariciones de las sombras de los difuntos, que se dexaban ver de los vivos, y razonaban con ellos. Son notorios los lamentos y gritos de la sombra de Pompeyo, que iba pidiendo sepultura para su cadáver; opinion que costó la vida al pobre Gabieno, á quien hizo matar Sexto Pompeyo, por no haber procurado enterrar el cadáver de su padre.

Plinio el jóven cuenta otro caso semejante acontecido á Atenodoro; y lo peor es, que Plinio el jóven lo creía. *Hæc quidem affirmantibus credo.* Tenian por muy mal aguero quando oían chillar los ratones. Valerio Máxîmo cuenta que el chillido de un raton hizo perder á Fabio Máxîmo la Dictadura. Plutarco lo cuenta de Minucio.

El buen Séneca padecia tambien de quando en quando estas flaquezas; quiere hacernos creer que ántes de la muerte de Augusto, de Sciano, de Germanico, y ántes de la guerra contra Perseo, comparecieron en el ayre varios globos de luz, que las pronosticaban. Tambien estaban persuadidos de las apariciones de sus dioses imaginarios, como, entre centenares de ellas, la de Castor, y Polux, que se dexaron ver en el ayre sobre caballos blancos, peleando á la frente del exército Romano, á quien dieron la victoria en el lago Trasimeno.

Varron nos cuenta el privilegio con que nacian algunos particulares que vivian en el monte Soracte, de poder caminar sin lesion sobre el fuego. Plinio mismo, sobre la fé del Consul Muciano, nos dice, que una fuente que habia en el templo de Baco en Andros, se convertia en vino el dia 5 de Enero. Lástima que no nos diga si era

blanco, ó tinto; porque si era tinto acrecentaba la maravilla.

Los sueños que tuvieron siempre tanta parte en apremiar las conciencias y corazones de los míseros mortales, y que mantenian la ciencia y arte de los adivinos, fomentaban tambien la credulidad de los Romanos, persuadidos que los dioses se servian de ellos para revelar lo venidero. El caso es que Ciceron, que se rie de tales sueños, cede al mal humor que le sobrevino en el libro de las leyes, de llamarlos, y creerlos necesarios á la religion.

Otra opinion general de los Romanos era, que la ciudad de Roma estaba baxo la proteccion de un dios desconocido, y que esto era un misterio reservado á solos los Sacerdotes, á fin que no penetrasen su culto los enemigos de Roma; pues si llegaban á saberlo se lo pudieran hacer propicio; y aun llegaron á decir algunos que aquella

desconocida deidad se llamaba *Valentía.*

Otros iban á bañarse de noche al rio Tiber, esperando que los dioses les hiciesen adquirir alguna herencia, ó les descubriesen algun tesoro escondido. Otros tenian por mal aguero que se derramase la sal sobre la mesa; y así de otras infinitas opiniones ridículas, que no merecen la pena de ser referidas. Basta leer la historia de Tito Livio para ver que aun los hombres sábios y eruditos no se exîmían de opiniones tan despreciables.

Breve descripcion de los Alpes.

Como estos montes acaban de dar el paso á las tropas Francesas para la Italia, y de Italia para Alemania, me ha parecido hacer una breve descripcion geográfica de los mismos, para impedir se forme alguna falsa idea sobre ellos, y satisfacer la pública curiosidad.

Los Alpes forman una extendida cadena de altos montes, que separan la Francia, los Suizos, los Grisones, y la Alemania de la extension septentrional de la Italia. Así se dilatan desde los confines, y mar de la Provenza hasta el golfo de Trieste, como los Pirineos separan la Francia de la España extendiéndose de mar á mar, de modo que parece haber querido la naturaleza poner por confines y barrera de estos dos reynos los extendidos montes que los coronan.

Plinio dice de ellos, que son mas altos que el monte Olimpo, que el Parnaso, que el Pelion, y que el Ossa. Los Romanos les dié-ron varios nombres para distinguir sus sitios, como Alpes Cotias, Peninas, Graías, que son los que dividen la Francia del Piamonte; y los que dividen los Grisones y Alemanes del resto de la Italia septentrional, se llamaron Alpes Lepontias, Reticas, Julias, Carnicas.

La cadena que divide la Francia del Piamonte la forman quatro montes, célebres por el paso del exército de Anibal, y de los Romanos para sus conquistas, á cuyo fin hicieron abrir en ellos nuevos caminos, que hoy dia se llaman de Tenda, de Argentera, de Corna, y del Cordero, ó del Agnello; y con otro nombre genérico, Alpes marítimos, porque casi llegan á tocar el mar de Provenza.

Siguen los Alpes Peninos, en que se distingue el Montcenis, que se une con otros montes llamados Graíos, ó Griegos, hoy dia conocidos con los nombres de Pequeño, y de gran San Bernardo; se une á éstos el monte de S. Gotardo, que divide la Suiza y parte de los Grisones de la Lombardía; luego los collados llamados antiguamente Lepontios, los Reticos, y finalmente los Julios, que todos dividen la Alemania del resto de la Italia: todos los pueblos que antiguamente

los habitaban fuéron sojuzgados por Augusto.

Sobre las barbas de los antiguos.

Debiéron pasar muchos siglos ántes que les ocurriese á los hombres rasurarse, quitando de sus mexillas el adorno que les dió la naturaleza con la robustez, que los distinguía del debil sexô. Para ello era necesario un instrumento: por lo mismo debió parecer admirable la invencion de las navajas, y de las tixeras; de que se sigue, que los que se civilizáron los primeros, fuéron los primeros que comenzáron á rasurarse.

No nos dan noticia de ello las historias hasta el tiempo de Alexandro, el qual quiso tal vez introducir esta costumbre entre los Macedonios, como el Czar Pedro entre los Rusos. A lo ménos así nos lo da á conocer Ateneo, el que dice, que solo en tiempo de Alexandro se inventó el afeytarse. *Mentum radere Ale-*

xandri temporibus est inventum, eum non raderentur prius.

Esto se debe entender sin duda ántes del nacimiento de Alexandro, pues ya en tiempo de Aminta y de Archelao se acostumbraba; á lo ménos en las medallas de aquellos tiempos comparecen algunos sin barba. Indica tambien Plutarco, que en tiempo de Filipo se rasuraban ya los Lacedemonios ; pero dice expresamente que Alexandro mandó á sus capitanes se afeytasen. *Alexander ducibus præcepit ut raderuntur genas.*

Quedan dos medallas de la magna Grecia, que representan á los dos Dionisios , de los quales el mayor llevaba barba, y el menor se vé sin ella, aunque ya podia tenerla bien larga; pues se cuenta de él, que estando acostumbrado á que lo rasurase el barbero , entrando en temor que éste le cortase la garganta, hizo aprender el oficio á sus dos hijas para que lo

afeytasen sin temor alguno. Confirma Ciceron este cuento diciendo: *Regiæ virgines ut tonsiculæ, tondebant barbam ut capillum patris.*

Virgilio pinta con barba á los Hetruscos, y á los Rutulos, y especialmente á Mecencio.

Colla fovet, fusus prospexam in pectore barbam.

Y de Ebuso:

Obvius ambustum torrem chorinæus ab ara,
Occupatos flammis: illi ingens barba reluxit
Nidoremque ambusta dedit.

Sin embargo, Ovidio nos dice del tiempo de Numa Pompilio:

Tunt erat intonsi, regia magna Numæ.

Y Livio de los primeros Romanos:

Omnibus barba promissa erat.

Y Juvenal:

Et credam dignum barba, dignumque capillis
Majorum.

Pero despues introduciéndose en Roma la costumbre de afeytarse, se hizo moda, siendo muchos los Sicilianos que acudian á exercitar este oficio desde el año 454: comenza-

ban los Romanos á rasurarse en la edad de los veinte, ó veinte y un años. Se dice de Augusto que se rasuró á los veinte y cinco. El primer dia que se rasuraban era dia de regocijo en sus familias, por ser señal que pasaban de la edad de mozos á la de varones.

En tal dia solian enviar regalos á sus amigos y parientes; conservaban el bozo raído en bugetas de oro, ó de plata, y algunos los ofrecian á alguna deidad, y principalmente á Júpiter Capitolino. Dexaban de rasurarse quando llegaban á los sesenta, ó quando estaban de luto, y entónces procuraban hacerla crecer mas untándola con aceytes y bálsamos.

El Emperador Adriano quiso introducir de nuevo las antiguas barbas, y dió el exemplo dexando crecer la suya á fin de ocultar con ella los muchos y gruesos berros que le afeaban el rostro: *ut vulnera quæ in ejus facie naturalia erant, tegeret.*

Luego Antonino Pio, y Marco Aurelio, se la dexaron crecer tambien, exîgiéndolo así el espíritu de la filosofia Stoica que profesaban, como lo acostumbraban los filósofos de las otras sectas.

Diógenes Laercio dice sin embargo de Aristóteles, que á pesar de su filosofia afectaba ir rasurado y muy aseado. *Veste insigni, et anulis, et tonsura utens.* Lo haria tal vez por exîgirlo así la corte de Alexandro, en donde se hallaba.

El número de los barberos creció tanto en Roma, que se cuenta que Domiciano, enfadado que embarazasen las calles de Roma con la multitud de sus tiendas, mandó pasasen todos á un barrio remoto de la ciudad. Las mugeres exercitaban tambien este oficio, y de una de ellas dice Marcial: *Tonstrix suburræ faucibus sedet primis.*

El César en sus comentarios nos da una noticia particular de los Ingleses de aquel tiempo, y es que

llevaban bigote y pera como nuestros antiguos Españoles.

Los Griegos tuviéron un grande aprecio de las barbas, y por esto las daban á casi todas sus deidades, ménos al dios Apolo, pareciéndoles sin duda, que sus divinas magestades valdrian ménos sin ellas, que les grangeaban mayor veneracion y respeto. A esto alude sin duda Ciceron, quando dice: *Barba illa horrida, quam in statuis antiquis videmus.*

Por lo mismo todos los antiguos filósofos dexaban crecer su barba, supliendo muchos con ella al carácter que les faltaba; no por otro motivo Horacio dió el epiteto de sábia á la barba de los filósofos: y Aulo Gelio, hablando de los filósofos de su tiempo: *Video barbam et pallium, philosofum non video.*

Sobre el celibato de los antiguos.

No todos los hombres tienen genio, ó inclinacion al casamiento:

muchos sienten en sí positiva repugnancia al estado, que otros se sienten vehemente inclinados, inclinacion, y adversion, que nacen de miras particulares de los afectos de cada uno. Parece, sin embargo, que la naturaleza infundió al hombre, no solo inclinacion á la union del sexô, sino tambien á la union conyugal, sin dependencia de las leyes, pues muchos pueblos, sin tener leyes particulares sobre esto, viviéron, y se acrecentáron por via de casamientos, como muchas naciones del Africa, y de la América, que reconocen sus mugeres é hijos, en cuyo consorcio permanecen, sin que ley alguna civil ó religiosa les obligue al casamiento.

Esta natural inclinacion parece se apaga, y se disminuye en los pueblos al paso que se acrecientan sus riquezas, y con ellas el luxo. Jamas los primeros Romanos, quando pobres, necesitáron de leyes que los obligase al casamiento, co-

mo despues en tiempo de Augusto, que creyó remediar con una ley el vacío de la poblacion, que se disminuyó notablemente con las guerras civiles.

El Cesar, vuelto á Italia, léjos de obligar con ley á los Romanos á que se casasen, propuso al contrario premios á los que tuviesen muchos hijos. Despues de su muerte, Augusto quiso promulgar la ley Julia contra los célibes, conservando los premios prometidos por el César á los que tuviesen muchos hijos.

Mas ántes que el César y Augusto pensasen en esto, leemos en en Valerio Máxîmo, que los censores Camilo y Postumio, impusiéron multa pecuniaria á los que habian llegado á la vejez sin casarse. Tal vez tomáron en esto exemplo de los Lacedemonios, que no permitian célibes en su república.

El Emperador Constantino abolió todas las leyes contra el celiba-

to, á que se oponian los estatutos de la Iglesia; pero entónces quedaban en plena libertad los Sacerdotes para casarse; libertad que disfruta todavía la Iglesia Griega, que no reconoce los Concilios que prohibiéron el casamiento á los Sacerdotes.

Sobre el calzado de los antiguos.

No es creible que los Griegos usasen solo de calzado en los viages y en el campo, y que anduviesen á pie descalzo por la ciudad como dicen algunos escritores: el pie que se acostumbra al calzado, dificilmente pasa sin él habiendo con que comprarlo: el pobre se acomoda con la necesidad.

Las mugeres Griegas usaban de sandalias, que se reducian á una suela de cuero atada sobre el pie con cintas: las ricas solian adornarlas con dixes de oro y de plata. Solian llevar tambien una especie

de borceguíes, que les cubrian el pie y la parte anterior de la pierna. Las figuras heroicas en estátuas, y baxos relieves, se ven con suelas, con un labio al rededor, por donde pasa la correa ó cinta que las aseguraba al pie.

Algunas estátuas de mugeres se ven de este modo; otras con zapatos, que las cubren todo el pie, y algunos de varios colores, especialmente amarillos. Algunas suelas muestran ser gruesas de un dedo, como la de la estátua de Niobe, y la de Palas en la granja Albani. A mas de esto solian llevar otra especie de suela á manera de redecilla, como la llevan las estátuas de los dioses sobre una ara en la misma granja Albani.

En el Herculano se vé otra estátua con zapatos, al parecer, de cordel, con giros clípticos y concéntricos, con talon separado de la suela: se vé tambien una muger pintada con los talones unidos á la

suela: los zapatos son encarnados, y el talon y la suela de color amarillo. Habia tambien en Roma quien llevaba la suela de oro ó de plata; y algunas remataban en punta curva, como la de los Chinos, y se llamaban: *Calcei rostrati, y uncipedes.* Ahora se vuelven á usar así nuestros zapatos, para que no extrañemos moda alguna por extravagante que parezca.

Los solos patricios, que habian sido Ediles Curules podian llevar zapatos de piel blanda, y de color; luego los lleváron todos sin distincion: la sola diferencia que habia era, que los patricios llevaban el calzado hasta la mitad de la pierna, atado con quatro lazos, los otros con un lazo solo. A mas de esto llevaban aquellos por distintivo la letra C sobre el zapato, que indicaba el número centenar de los Senadores.

El color encarnado era tambien distintivo que se conservaba en

Roma desde los Reyes de Alba, hasta Tarquinio. Lo renováron despues los Emperadores Romanos hasta Justiniano, de quien dice Procopio que llevaba el calzado hasta la rodilla de color de púrpura. *Punicei coloris, quibus solis Romanorum, et Persarum regibus calceari licet.*

Los llevaban tambien así los Generales quando entraban triunfantes en Roma, como lo indica una lápida desenterrada en Rimini, que dice:

De manubreis cimbricis
Et teutonicis, æden honori victor fecit.
Veste triumfali, calceis puniceis.

entendiendolo de Mario.

Este mismo color de calzado ofrece Virgilio á Diana cazadora.

Purpureo stabis, suras evineta cothurno.

Montfaucon trae treinta formas diferentes del calzado de los antiguos, que distingue en dos clases. La una era de aquellos que cubrian enteramente al pie, y los llamaban in-

distintamente, *calceus*, *mulleus*, *pero*, *phecatium*. La otra de aquellos que se reducian á una suela atada de diferentes modos sobre el empeyne, y los llamaban *caliga*, *solea*, *baxea*, *saldalium*.

Los Augures llevaban un calzado particular, que se llamaba *calceus auguralis*. Habia otros que se llamaban *venatorii*, *serviles*, *scenici*, *hederacei*, de cazadores, de esclavos, de representantes, y de color de yedra. Tenian gran cuidado los Romanos en su calzado que les ajustase bien al pie, como sucede hoy especialmente á los jóvenes y mugeres: y por esto Ovidio aconseja:

Ne vagus, in laxo, pestivi, pelle, Natet.

Y Tibulo.

Ansaque, compresos alligat arcta, pedes.

Este esmero del calzado llegaba á tanto, que se untaban los pies con ungüentos para que estuviesen mas justos los zapatos; por esto tal vez dixo Lucrecio:

Unguenta, et pulcra in pedibus si cyonia rident.

A la verdad no han llegado á tanto nuestros petrimetres.

Sobre los coros de los antiguos teatros.

Los coros en los teatros de los antiguos se componian de personages que representaban al pueblo, y por esto se componian de toda clase de personas, hombres, mugeres, niños, Sacerdotes, soldados, &c. Su número solia ser de quince en la comedia, y de veinte y uno en la tragedia. En las antiguas representaciones cómicas el coro, á mas de tener parte en la accion, formaba el intermedio de acto á acto, en que se cantaban cosas relativas á lo que acababan de representar los actores. Esta costumbre introducida por los Griegos pasó á los Romanos, y por ella dixo Horacio:

Actoris partes chorus, officiumque virile
Defendat.

El coro, ó la gente que lo componia, entraba en el teatro precedido de un tañedor de flauta. El corifeo, ó cabeza del coro, era el que llevaba la voz por los demas: algunas veces hacía tambien papel de representante en la accion, y siempre el papel principal en los intermedios.

En estos intermedios solia el coro dividirse en dos, é interpoladamente cantaban odas, divididas en estrofas, antistrofas, y epodas. Al tiempo que las cantaban hacian varias evoluciones pasando de una á otra parte, variando de melodia y de movimientos, á que adaptaban el metro y la música; de que apenas podemos formar idea que satisfaga.

Procuraban bien sí, que lo que cantaban en los intermedios, coincidiese con la accion del drama, lo que tocaba al poeta que lo componia; por esto dice Horacio:

Ne quid medios intercinat actus,

Quod non proposito conducat et hæreat apte.

Otras veces el coro, á mas de su parte principal en los intermedios, dialogizaba con los actores, como uno de ellos, ahora preguntando, ahora respondiendo á lo que se le preguntaba, como se vé en casi todas las tragedias griegas, entre las quales es muy patético el diálogo de Edipo con el coro introducido por Sofocles en la tragedia de aquel Rey.

Fuera de desear que se pudiera descubrir la diversidad que habia entre el recitado y cantado de los dramas y del coro: parece que las partes que recitaban no estaban sujetas á la música, ó á lo ménos á sus notas, como es de suponer lo estaba el canto; pues aunque siempre acompañaban uno ó mas instrumentos á los que recitaban, era mas para sostener el tono de la voz á fin de que no se baxase, ó se levantase sobrado, que para acompañar la armonía y realzarla: de que tam-

poco podemos formar idea caba

Sobre el divorcio de los antiguos.

Una de las singulares instituciones de Rómulo en su gobierno, fué el divorcio que permitió, dexando á los maridos la libertad de desunirse y separarse de sus mugeres, sin dexar á éstas el derecho de hacerlo tambien aunque con motivos justos. No es fácil decir las razones que tuvo Rómulo para hacer esta injusticia al sexô: como quiera, esta ley prevaleció hasta que el tiempo, tardo en sus operaciones, la abolió enteramente, y las nuevas leyes sobre el divorcio igualáron los derechos de los casados.

Varias fuéron las causas que indicó Rómulo para legitimar el divorcio en los casamientos; entre ellas fué el adulterio, que á mas de quebrantar la fé jurada á los maridos, podia ser causa de dar al

padre hijos no suyos, con la obligacion de mantenerlos: mas extraño deberá parecer que el marido pudiese divorciarse de la muger, quando la sorprehendia bebiendo vino sin su consentimiento, motivo que aprobáron tambien por justo las doce tablas, prescribiendo ceremonias para ello.

Estas mismas doce tablas añadiéron otros justos motivos para el divorcio, y entre ellas la esterilidad y el mal genio de la muger, que destruye de todo afecto, y rompe la paz y la tranquilidad de una familia. Quando se hacía el divorcio por motivo de notorio adulterio, tenia el marido derecho para retener el dote y sus arras, en caso que no tuviese hijos.

En los otros motivos se le restituía el dote, diciéndola en el acto de la entrega; toma, llévate tus haberes. La muger, recibido el dote, entregaba las llaves al marido, que éste solia dar el dia del casamiento.

A pesar de esta amplia permision para el divorcio, no se hace mencion de divorcio alguno hasta el año 520, y fué el de P. Cervilio, que repudió su muger por motivo de esterilidad.

Con el tiempo se familiarizáron tanto los Romanos con el divorcio, que fué preciso poner algun freno, exîgiendo, que no se hiciese ningun divorcio, sino lo presenciaban siete testigos, que debian ser mozos ya hechos. *Divortia, septem civibus romanis puberibus testibus adhibitis postea faciunto. Aliter facta, pro infectis habentor.*

Mas no veo qué remedio podia ser este, aunque fueran catorce los testigos. De hecho, los divorcios se multiplicáron de modo, que bastaba que el marido y la muger se cansasen de estar juntos, ó que á entrambos se les presentasen mejores partidos para divorciarse concordemente, y como dice Ermogeniano; *Bona gratia*: entónces la

muger, á mas del dote, llevaba consigo todos los regalos que le habia hecho el marido.

Tutius est, aptumque magis, decedere pace,
Quam petere á thalamis litigiosa fora.
Munera, quæ dederat, habeat sine lite, &c.

Se cuenta sobre esto el caso de Caton, que habiéndose publicado su divorcio, extrañando sus parientes, y amigos su determinacion, pues tenia una muger muy cabal, le preguntaban el motivo. Caton, señalándoles sus zapatos, les decia, ved que son nuevos, y bien hechos, sin embargo, adivinad en qué parte me mortifican.

Esto sirve de luz par explicar las inscripciones de algunos sepulcros antiguos de dos maridos á una misma muger, que se separó del primero para casarse con el segundo, conviniendo en ello el primero, que continuaba en amarla, de modo que habiendo ella muerto,

ambos á dos conviniéron en erigirle el sepulcro, como se vé por la lápida siguiente:

D. M.
Antusæ quæ vixit an XVIII.
Menses III. dies V. Thalasus. et Jonicus.
Conjugi benemerenti.
Posuerunt.

En confirmacion de esto trae Grutero otra lápida que dice:

Vibia. T. F. Polla.
Se Biva. comparavit. sibi.
et conjugi C. aesilio Mironi.
Benemerenti.
Cum quo vixit ann. XIII
Men. VI.
et C. Cæsio Hermeti coniugi meo.

Por lo que se vé que la tal Vibia estuvo casada trece años, y habiéndose separado de él casó con Cesio.

Y en esta otra:

D. M.
L. Calpurni Hipni.
Vix. an. V. men. VI. D. XIII.
Hypnus, et Prima. et. m. Cest. Taussus

Parentes.
Filio dulcissimo
Posuerunt.

La madre Prima, divorciada con Hipno, de quien tuvo un hijo llamado L. Calpurnio Hipno, retuvo el hijo, y se casó con Cesio Fausto. Muerto el hijo, su padre Hipno, y Fausto su nuevo marido, se uniéron para erigirle este sepulcro.

Extraña opinion de los antiguos, sobre los dragones y serpientes.

No solo fuéron las águilas las insignias de los exércitos romanos, con el tiempo se introduxéron tambien dragones en sus estandartes como lo dice Claudiano:

Hi volucres tollunt aquilas, hi picta draconum
Colla levant.

Parece que fué Trajano el que introduxo estas insignias, imitando en esto á los Daces: cada una de las

cohortes llevaban un dragon, y los alféreces que las llevaban se llamaban Draconarii. Llevaban estos dragones en picas, y se dice estaban trabajados con tal arte, que abrian y cerraban la boca, inchaban el cuello, y silvaban. Esto parece algo extraño, pero Prudencio celebra los dos Mártires Demetrio, y Caledonio que eran Draconarios, diciendo de ellos:

Ite signorum magistri
et vos tribuni absistite
aureos auferte torques, &c.

Pase que se lleven por insignia los dragones, por símbolos de fortaleza; ¿pero de dónde les vino así á los Griegos como á los Romanos la opinion de reconocer una deidad en aquellos animales, de erigirles altares, de hacerles sacrificios, y venerarles como dioses? Se ven en muchas medallas dragones coronados, alados, y aun con barbas, con otros muchos símbolos.

El Lami se tomó el trabajo de

hacer la historia de los dragones, y la divide en quatro partes. La primera trata de dragones venerados como dioses : la segunda de dioses venerados baxo la figura de serpientes. La tercera de dragones, y serpientes dados por símbolos, y compañeros de las deidades. La quarta de los dragones adorados con sacrificios y ceremonias sagradas. Hay una lápida en que se lee:

Carpus aug. L.
Pallancianus
Sanctis.
Draconibus.
D. D.

Quiere decir : Carpo, liberto de Augusto consagra aquel altar á los santísimos dragones tutelares de Claudio Neron. De estos dragones, dice Tácito, que se dexáron ver para advertirle de las asechanzas que se le ponian á su vida, de cuya apariencia se revistió su genio tutelar.

Comunmente los antiguos daban

por atributo al dragon la vigilancia, y por esto tal vez los ponian por guardas de los oráculos de los templos, y sus tesoros: en la tabla Isiaca se vé un dragon con alas al lado de la cabeza de la diosa Isis. Lucano llama á los dragones deidades inocentes.

Vos quoque, qui cunctis innoxia numina terris,
Serpitis, aurato nitidi fulgore, dracones.

Y Virgilio de la serpiente que salió por debaxo del sepulcro de Anchises:

Incertum, geniam ne loci, famulumque parentis esse putet.

En una antigua medalla se vé la cabeza de un dragon, que representa el genio de la ciudad de Roma. Por esto dice Eusebio, que en muchas partes se hacian sacrificios á los dragones, y se celebraban fiestas como á dioses: en otra antigua medalla de la familia Pappia, que se dedicó á la serpiente de Lanu-

vio, se vé la serpiente que recibe el alimento de manos de una muger. Propercio dice de él:

Lannuvii annosi vetus est tutela draconis.
Ille sibi admotas á virgini corripit esca
Virginis in palmis ipsa canistra tremunt.

Eliano habla de un dragon que tenia Sacerdotes y trevede en su templo, como los tenia el dragon en el bosque consagrado á Apolo en Epiro. Erodoto dice de la serpiente que era guarda del templo de Minerva en la ciudadela de Atenas, que cada dia primero del mes recibia de los Sacerdotes Agremonos una torta con miel.

Algunos dioses eran representados baxo la figura de dragon, especialmente Esculapio. Ovidio pinta la transformacion de Esculapio en serpiente, quando fué traida á Roma su efigie.

Los Sacerdotes de Baco en to-

das las fiestas dionisias solian ceñirse el cuerpo, y brazos de serpientes, como nos dice Cátulo.

Pars sese tortis serpentibus incingebant.

Se llamaban serpientes Esculapios, los que eran mantenidos en las casas, que servian de agüeros á los amos; uno de estos dicen que indicó á Severo que seria Emperador. Lo mismo se cuenta del Emperador Aureliano mucho ántes de serlo.

Otro agüero feliz se cuenta haber dado á Mario un dragon, que arrebató una de las insignias enemigas, y por el ayre la llevó á su campo. Cuento que se mamó Ciceron, como si de hecho hubiese acontecido. Casi todos los pendientes de las Romanas, y los diges de los niños, representaban serpientes y dragones de diversas formas.

El Begero trae una inscripcion de un anillo plateado, en forma de serpiente enroscada, y un collar com-

puesto de dos pequeños dragones, que dice así:

Deo Æsculapio.
Val. Simphorus. et. Protus
Signum. Somni arcum.
torquem aureum
ex Dracunculis duobus. P. *Cl.*
enchiridium argenti
P. *CCCL anobolium. ob*
Insignem circa se Numinis effectum
V. S. L. M.

Sobre los dioses Cabirios, y sus fiestas.

Muchos han escrito sobre estos dioses; pero solo nos queda memoria de ellos en el Sanconiaton, referido por Eusebio. Mnasea citado por Josefo, y que dexó escrita la historia de Fenicia en su lengua dice que los dioses Cabirios eran tres, es á saber: *Axieros, Axiochersa y Axiocheros.* El Fourmont explicando estos nombres en Hebreo, y en Fenicio, llama al primero Jo-

ve, al segundo Proserpina, y al tercero Pluton: añade que en lengua Fenicia *Cabir* significa grande, y por esto les llamaban por antonomasia los dioses grandes.

Los Romanos acostumbraban á llamar así á Castor y Polux. En los misterios de los Cabirios se le quitaba la vida á qualquiera que revelase el menor secreto. Tenian antiquísimo culto en la Siria y en la Fenicia, desde donde cundió por la Grecia y por la Italia; extendiendo los Fenicios con su comercio y navegacion la religion y el culto de sus dioses; á lo ménos los Romanos creian y tenian á los dioses Cabirios por inventores de la navegacion.

Por esto tal vez los confundiéron con Castor y Polux, á quienes llamaban, como á los Cabirios, grandes dioses. Antes bien se les dedicáron varias medallas con el nombre de *Cabiros Syrios*: como se echa de ver principalmente en las

medallas griegas de Marco Aurelio, y de L. Vero, y en una latina de Claudio Gotico.

Cuenta Erodoto, que Cambises hizo echar al suelo en Memphis todas sus estátuas, de las quales se dice eran semejantes á las de Vulcano, y los Egipcios los creían hijos de este dios: así esto, como la destruccion de sus templos por Cambises, prueban que su culto estaba extendido tambien por el Egipto, como lo estaba por toda el Asia; como lo confirma el cuidado que tuvo Anchises en salvar del incendio de Troya los dioses Penates, y los Cabirios, ó grandes dioses, como los llama Virgilo.

Cum sociis, natoque, Penatibus, et magnis diis.

Traigo esto de propósito, porque hallándome presente á la explicacion que hacía de este verso de Virgilio un maestro de poética, y pasase por alto el *magnis diis*, un muchacho advertido, le preguntó qué

dioses eran estos: pregunta que dexó parado y yerto al maestro, que lo ignoraba; pero para no quedar cortado, le respondió que eran dioses colosales, por lo grandes que eran: no sé cómo pude contener la risa, suscitándome la idea de Anchises en los ombros de Eneas, con tres colosos en los brazos.

Sobre las muchas plazas de Roma.

Muchas y magníficas eran las plazas, que habia en Roma, por las quales se echará de ver su grandeza, de que no podemos formar idea cabal, á lo ménos no tan grande, aunque nos digan sus dimensiones, como se verá por la enumeracion de las mismas plazas.

Campus Agonius.

Se hallaba situada esta plaza entre el valle Murcio, y el Circo Flaminio, donde solia haber mercado,

sin particulares edificios que la ennoblecíesen.

Campus Agrippæ.

Se llamó así despues que Agripa hizo de ella una de las mas magníficas plazas de Roma, edificando en ella el Panteon, Termas, Porticos, y otro soberbio edificio que acabó de edificar Augusto, que se llamó *Diribitorium*, y se cree sirviese para distribuir el prest á los soldados.

Campus Boarius.

Así se llama en una antigua lápida en vez de *Forum Boarium.*

Campus Brutianus.

Estaba esta plaza sobre el monte Janículo, que allanáron para formarla mayor; allí habitaban los esclavos públicos, llamados Brutianos.

Campus Esquilinus.

Llamado así por el monte sobre el qual se habia formado; estuvo fuera de la ciudad hasta el tiempo de Servio Tulio. Luego que se extendió hasta el caserío, sirvió de cimenterio para los pobres: comprado despues por Mecenas, extendió allí sus magníficos huertos.

Campus Figulinus.

Estaba situada entre el Tiber, y el monte Aventino. Tomó el nombre de las muchas oficinas de olleros, que allí habia: era sin embargo tan vasto, que solian hacerse las corridas de los caballos llamadas *equiria*.

Campus Floræ.

Para formar idea de esta plaza, basta decir, que formaba parte de

una de sus haceras el célebre teatro de Pompeyo: en ella se solian publicar los edictos del Senado, y las nuevas leyes. Se celebraban tambien en ella las fiestas llamadas *Floralia*, que se hacian en honor, no de la diosa Flora, sino de una célebre meretriz que fué liberta de Pompeyo, y que se llamaba Terencia Sufeia, la qual, habiendo acaudalado con su oficio sumas bastantes para comprar todo aquel sitio, que se llamaba ántes *Campus Martius minor*, lo dexó en manda de testamento al pueblo romano: el que agradecido á la liberalidad de Terencia, la divinizó dándola el nombre de Flora, é instituyendo en su honor las fiestas, que en memoria suya se celebraban en aquella plaza, que antiguamente tuvo el nombre tambien de *Campus Tiberinus*.

Campus Horatiorum.

No queda memoria de la parte en donde estaba situado. Marcial lo llama campo ó plaza sagrada.

Horatiorum qua viret sacer campus.

Lo llamó tal vez sagrado por el mismo motivo que se llamaba de los Horacios, pues en él sucedió aquel memorable combate de los Horacios y Curacios.

Campus Lanatarius.

Estaba situado en la duodécima region de Roma; le diéron el nombre las muchas fábricas y tiendas que allí tenian los mercaderes de lana. Pero para no fatigar mas con particularidades, pondré solos los nombres de las otras plazas, y eran la *Viminal*, la *Codenata*, la *Veturia*, la *Pecuaria*, la *Britiana*, la *Celimontana*, la *Cedetana*, la de *Octavia*, la *Redicula*, la *Tergemina*, y la *Vaticana*, para de-

ir algo del campo Marcio.

Campus Martius.

Se hallaba situado en la novena region de Roma, y se llamó Marcio por el templo del dios Marte, que Rómulo edificó en él, aunque se llamó campo de los Tarquinos; y entónces se extendia desde la puerta Flaminia, hasta el Tiber. Será dificil que los hombres vean otra plaza mas grande y magnífica que ésta.

En ella se juntaba el pueblo romano para tener sus comitios, y para elegir sus magistrados: en él se exercitaba tambien la juventud romana, se hacian las revistas de los exércitos, y se celebraban muchas fiestas: lo adornaba una multitud de monumentos y edificios públicos, entre los quales se distinguia el sepulcro de Augusto. Habia en él tantas estátuas, que desde ciertas distancias parecian formar á la vista un exército.

Adornaba tambien á esta plaza un magnífico obelisco, que servia de Gnomon á un quadrante solar, formado, segun se cree, por el célebre matemático Sosigenes, de quien queda dicho haber hecho venir del Egipto, Julio Cesar, para enmendar la era, llamada despues Juliana.

Sobre los circos de Roma.

La palabra circo nos da idea de plaza, y aunque todo circo formaba una plaza, era muy diverso de las plazas de Roma, pues eran anfiteatros en que los Romanos tenian corridas de caballos y de carros, combates navales, luchas de gladiadores, y particularmente los juegos circenses: comunmente tomaban el nombre de aquel que los hacia construir: haré tambien de ellos la enumeracion, para que se vea quánto distan nuestras magnificencias de las de los Romanos, que dentro de su ciudad tenian tan-

tos, y tan soberbios edificios.

Circus Adriani.

Lo hizo edificar Adriano en la nona region de Roma.

Circus Agonalis.

Aunque lo restableció Alexandro Severo, le dexó su antiguo nombre.

Circus Caracallæ.

Se hallaba en la primera region de Roma; lo adornaba un soberbio obelisco.

Circus Aureliani.

Se hallaba en la quinta region de Roma, habia tambien en él otro obelisco.

Circus Castrensis.

Se hallaba entre la puerta Labicana, y la Prelestina; parece estaba destinado para los soldados.

Circus Domitiæ.

Se hallaba en la décimaquarta region de Roma.

Circus Flaminius.

Octavio adornó este circo con soberbios pórticos; cerca de él estaban las fábricas, y hornos de vidrio, y de cristal: nos hace memoria de esto Marcial en su dístico.

Cum tibi Niliacus portet cristalla cataplus,
Accipe de Circo pocula Flaminio.

De que se infiere, que los Egipcios tenian comercio de cristales y vidrio con los Romanos, como en

el siglo pasado lo tenian los Venecianos con el resto de la Europa.

Circus Maximus.

Este era el mayor de todos, y se hallaba en la tercera region de Roma. Plinio dice que de largo era de dos mil ochenta y un pie romano, y de ancho novecientos noventa: estaba adornado de obelisos, columnas, estátuas, y pórticos suntuosos: lo solian cubrir de arena blanca para los juegos, y algunos Emperadores hacian mezclar con la arena el ambar y el minio.

Circus Neronis.

Estaba situado en la décimaquarta region de Roma, entre el monte Janiculo, y el Vaticano, donde está hoy dia la Iglesia de San Pedro, y donde Neron tenia ántes sus jardines, de los quales quiso se hiciese el circo, como lo dice Tacito: *Hos-*

tos suos ei spectaculo Nero obtulerat et circense ludricum adebat, habitu aurigæ permixtus plebi, aut curriculo insistens.

Circus Sallustii.

Se hallaba en la sexta region, junto á la puerta collina, entre el monte Quirinal, y el Pincio.

Si los antiguos usáron de peynados y pelucas.

Desde los primeros tiempos de Roma, hasta poco ántes de la destruccion de la república, usáron siempre los Romanos llevar cortado el cabello, especialmente miéntras seguían la milicia, como lo manifiestan todas las estátuas; aunque esto no es siempre prueba de ello, pues aun muchos de aquellos que conservaban y peynaban el cabello, son representados en la estatuaria con cabello corto, por ser éste el estilo mas noble, mas natural y grave para representarlos.

Con el tiempo y con la corrupcion de las antiguas costumbres se introduxo el peynado; y el cuidado del cabello, y rizarlo de diferentes maneras: se hizo moda, y agradó tanto, que los hombres solian adornar el peynado con dixes de oro, ó de plata, como las mugeres; y algunas de éstas se ponian polvos de color de oro, sin saberse de qué los componian.

Para rizarlos usaban de un hierro llamado *Calamistrum*, que sería semejante á nuestros hierros de rizar. Así hombres como mugeres hacian el oficio de peluqueros, y les llamaban *à Calamistro*, como se echa de ver por la lápida siguiente:

D. M.
Corneliæ. H. L.
A Calamistro
Vix. An. XXX. m. V.

Ciceron, y otros Autores indican que los representantes y baylarines iban peynados con rizos. *Cala-*

mistrati saltatores: y Ciceron no dudó de echar en rostro á Gabino su peynado llamándole *Calamistratum saltatorem*, y sin duda le quemó el peluquero la frente con el hierro de rizar, pues dice del mismo que tenia, *frontem calamistri vestigiis notatam*. Tambien llama el mismo á Pison *cincinnatum ganconem*.

Ovidio nos da alguna idea de las diversas modas de los peynados, quando dice de las mugeres, cada una escoja la moda que mas se adapte con su rostro: ésta los divida en dos partes sobre la frente; ésta otra los levante y rize sobre las sienes, y lleve las orejas descubiertas; aquella lo dexe caer en ondas sobre sus espaldas; aquella otra le lleve recogido en trenzas sobre la cabeza; y la que no tuviere cabello bastante, lo compre; *nec pudor est emisse palam*.

De esto se infiere que tambien las Romanas llevaban cabello postizo; pero no siempre le llevaban

porque les faltase el propio, sino porque entónces era moda, como vemos que lo es hoy dia mudar de color en el peynado, prefiriendo á las veces el color rubio al negro, otras veces el negro al rubio, aunque generalmente era mas estimado el color negro.

Esto servirá para que no se extrañe si despues de dos mil años vemos de nuevo las mugeres con peluca de diversos colores, y si otras, que no llevan ó no pueden llevar peluca, tiñen su cabello propio, por haberse anticipado las canas á sus años; pues lo solian hacer tambien las Romanas, y Plinio nos conservó la receta de la pomada que usaban para teñir su cabello, y disimular sus canas anticipadas, ó no anticipadas. Receta que conservo, y que no tendré reparo dar á las que me la pidan. Alguna cosa apunta sobre ella Tibulo en estos versos:

Tum studium formæ, coma tunc mutatur, ut annos
Dissimulet, viridi cortice, tincta nucis.

Los hombres llevaban pelucas enteras, ó medias pelucas, que les cubrian solo las sienes, por ser algo calvos por delante, y las llamaban *galericulus*. Suetonio dice de Oton, que llevaba la peluca tan bien puestá, que no se distinguía si era cabello propio ó postizo: y Marcial, burlándose de uno que llevaba peluca, usó de la expresion de cabeza calzada: *calceatum caput*.

Era costumbre de todos los jóvenes Romanos, quando llegaban á la edad de la adolescencia, cortarse el cabello para ofrecerle al dios, ó diosa de su devocion. Los jóvenes Griegos los ofrecian al dios Apolo, ó á Esculapio. Aquiles prometió su cabello á la deidad del rio Sperchio si le dexaba volver salvo de Troya; pero certificado que habia de perecer en el sitio, se los cortó para echarlos en la pira

en que ardia el cadáver de su amigo Patroclo.

Stacio hace mencion del cabello del hermoso jóven Earino, liberto de Germánico, que se lo cortó para enviarlo á Pérgamo en una rica cajuela adornada de joyas, y un espejuelo dentro, presente que hizo al dios Esculapio.

Las mugeres solian estar en los templos con los cabellos sueltos y tendidos sobre el rostro, y sobre los hombros, especialmente quando hacian ofrendas, ó asistian á los sacrificios, y quando morian sus maridos, ó alguno de sus cercanos parientes se los cortaban para hacer ofrenda con ellos en la pira del difunto, como tambien era costumbre cortarlos á los que morian, para ahorrar este trabajo á la diosa Proserpina: y por esto dixo Virgilio de Dido, que tardaba en morir porque Proserpina no habia cortado aun su cabello.

Nondum illi flavum Proserpina vertice crinem abstulerat.

Los esclavos llevaban el cabello corto; pero quando se les daba la libertad se lo raían enteramente, y se cubrian la cabeza con una gorra colorada, que llamaban *Pileus*. Así Perseo, Rey de Macedonia, uno de los sucesores de Alexandro, y último Rey de aquel reyno, despues de llevado prisionero á Roma, compareció en público con la cabeza raida y cubierta con el gorro de la libertad, como liberto del pueblo Romano. ¡Qué libertad!

Sobre la clientela de los Romanos.

Jamas se estudia bastante sobre el gobierno é instituciones de los Romanos: unas de las cosas que prueba mas las ideas políticas de Rómulo es la institucion de la clientela, con la qual cimentaba la desigualdad social que resultaba de ella, haciendo depender por el interes los

pobres de los ricos, y unia éstos con aquellos, haciéndoles en cierto modo depender de los pobres, necesitando los ricos de sus votos para poder conseguir los cargos y empleos á que aspiraban.

El cliente por su parte necesitaba del favor y asistencia del patrono en todas las urgencias en que se hallaba, y el patrono á veces ganaba en esto, por quanto tenia derecho de heredar los bienes de los clientes si morian sin hacer testamento, con la obligacion sola de dotar las hijas si las tenia. A unos y á otros les era prohibido acusarse; y si alguno de estos faltaba á esta prohibicion, ó si se mancomunaba con sus enemigos para perderle, y esto se probaba en juicio, era lícito matarle como víctima digna de Pluton.

Con el andar del tiempo llegáron á ser tan poderosos los patronos, que se cuenta de Claudio Druso haber intentado apoderarse de

la Italia con el crecido número de sus clientes, segun dice Suetonio. Y de Pompeyo, todavía jóven, se dice tambien que llegó á formar un exército de los clientes de su padre.

Dexará de parecer esto extraño, sabiendo que cada villa y poblacion tenia en Roma su patrono, y que todas las ciudades y colonias sojuzgadas ó confederadas podian elegir un patrono en Roma. Lo que confirma Ciceron, diciendo, que los que habian sojuzgado los pueblos, era justo que tomasen de ellos su patrocinio. Así Cornelio Scipion era patrono de algunas ciudades de Italia: el César lo fué de Marsella, y Ciceron de Capua, y de Durazo, oficio que pasó despues á ser herencia de las familias.

El Grutero trae un decreto gravado en una lámina de metal, dirigido á Pompeyo Basso, en que se dice: *Ut ab eo impetrent clientelam, patronumque se cooptari permitat.* Y en otra lápida:

C. Silius. Aviola.
Civitatem Themetrensem.
Liberos, posterosque eorum.
Sibi liberis, posterisque
in fidem,
et clientelam suam recepit.

Casi lo mismo viene á decir en otra lápida la ciudad de Temetra, por las quales lápidas venimos á saber que han exîstido la ciudades Thementrensis y Temetra.

En las escrituras que se hacian para confirmar el derecho de la clientela, se ponian los nombres de los Cónsules de aquel año en que se otorgaba.

Era numeroso el concurso de los clientes en la casa de sus patronos, vestidos de blanco, esperando que saliese de casa para cortejarle, y hacerle acatamiento, ahora saliese á pie, ahora á caballo, ó en silla de manos, lo que pinta Juvenal en estos versos:

Tum præcedentia longi

Agminis officia, et nixos ad frena quirites,
Deffossa in loculis, quos sportula fecit amicos.

Cortejo que quedaba recompensado con la provision de comida que se distribuía á los clientes, poniéndosela á cada uno en el cesto que llevaba á este fin.

Sobre el latus clavus, y angustus clavus de los Romanos.

Cosa extraña á la verdad, que á pesar de tantos escritores, de tantas estátuas y pinturas de Senadores Romanos, no se sepa todavía de cierto, qué era el *latus clavus*, y *angustus clavus*, que distinguían los Caballeros y Senadores Romanos de los que no lo eran. A lo ménos duran aun las disputas sobre esto entre los erudítos, queriendo unos que fuese una flor de plata á manera de clavo, que llevaban por distintivo, y pretendiendo otros que

fuese una como evilla de oro ó plata, con que prendian el ceñidor de la túnica.

Pero las mismas estátuas y pinturas desmienten esta opinion, no viéndose en sus togas, ni flor, ni boton, ni evilla; la que al mismo tiempo embarazaria para explicar y entender varios pasos latinos que hacen mencion del *latus clavus*, como cosa de color de púrpura cosida en la túnica; á lo ménos Varron se explica así: *Si quis tunicam in usu ita consuit, ut altera plaga sit angustis clavis, altera latis; utraque pars in suo genere, caret analogiam.*

Acronio explica algo mas lo que era el *latus clavus*, diciendo: *latum clavum purpuram dicit: quæ in pectore extenditur Senatorum.* Lo que indica tambien Horacio diciendo.

Latum demissit pectore clavum.

Por lo que se infiere de uno y otro, que venia á ser como una lista ó orla de púrpura, que se extendia por el pecho hasta de baxo de la tú-

nica, como la llevaban los Gentiles-hombres y Senadores Venecianos en tiempo de invierno, aunque la lista que llevaban éstos era de pieles cosidas, ancha de seis dedos; y sin duda conservaron esta moda de los Romanos.

Prueba de que era así es, que las fajas de color que adornaban los manteles y servilletas de los Romanos, las llamaban *lati clavi*, como las llama Marcial:

Et lato variata mappa clavo.

Añade alguna luz mayor Lampridio, diciendo de los manteles: *mantilia sæpius Crocco clavata.* Y así parece no deber quedar duda que el *latus y angustus clavus*, era un retazo de paño color de púrbura que llevaban cosido sobre la túnica desde el cuello hasta abaxo.

Un antiguo comentador de Horacio dice: *latus clavus (colobion, græce) dicebatur vestis, quæ ad pectus magistratuum, extendebatur in formam lati clavi.* Lo que parecerá tal vez extraño es,

que los Romanos tomasen este vestido de los Mallorquines, á lo ménos Strabon se explica así: *Ii vero primi hominum dicuntur gestasse tunicas lati clavias.*

El *angustus clavus* venía á ser lo mismo, solo que era mas extrecho. Todos los caballeros lo llevaban por ser el distintivo del órden eqüestre. Los Senadores solos llevaban el *Laticlavio.* Paterculo dice de Mecenas, que á pesar del favor de Augusto, no quiso pasar del órden eqüestre al Senatorio. Del mismo sentimiento fué Ovidio, no queriendo ir á engolfarse en la Curia, *Curia restabat, clavi mensura coarcta est.* Tambien solian las damas Romanas llevar este distintivo, como se vé por el dicho de San Gerónimo, hablando de la Santa Vírgen Eustochia: *Purpura tantum in veste tenuis,* debiéndose entender el *Purpura tenuis* por lista extrecha de púrpura, que llevaba por moderacion en su vestido.

Sobre el Areopago de Atenas.

Mr. Spon, viajador Ingles, nos asegura que habiendo corrido la Grecia, reconoció fuera de los muros de la ciudad que habia sido Atenas, los vestigios del antiguo Areopago. Exâminó los fundamentos que tenian forma de semicírculo ; su latitud era de ciento quarenta pasos, que creía hubiese sido la sala; el tribunal se hallaba enmedio, al cielo raso; los asientos estaban al rededor; y á pocos pasos de distancia echó de ver ruinas de grutas, que se imaginó habian sido las cárceles.

Entre los monumentos de Winkelman habia un antiguo azafate de plata, en que estaban representados los Areopagitas en su tribunal, que juzgaban á Orestes. Entre los jueces se vé Minerva, que da el voto favorable al acusado, con que se decide la sentencia, suspensa por la igualdad de los votos.

El origen de este célebre tribunal es incierto, sin que satisfaga ningun parecer de los escritores que tratáron de esto; solo se sabe haber sido anterior á Solon que lo restableció: en la misma incertidumbre quedámos sobre el número de los jueces que le componian; unos dicen treinta y uno, otros cincuenta y uno. Tal vez se acrecentó su número en tiempo de Sócrates, pues se dice fuéron doscientos ochenta votos los que le condenáron á muerte, y si tuvo alguno en su favor debian ser muchos mas.

El Muratori trae dos antiguas inscripciones griegas que tienen un mismo principio, pero acaban diversamente. Quál sea la verdadera no se puede asegurar, ni si las dos son falsas, ó verdaderas: en una y otra se hace mencion de un cierto Rufio Festo, clarísimo Procónsul que fué de la Grecia, y Areopagita, á quien el congreso de los Areopagitas, y el Magistrado de los tres-

cientos erigiéron una estátua.

En otra lápida se dá á los Areopagitas el epiteto de poderosísimos; poder que se debe atribuir al influjo de su severa autoridad, que les grangeó aquel concepto de los pueblos y reynos, ántes que al poder que no tenian en el manejo y deliberaciones de los negocios públicos; quedando reservado este ramo de gobierno á los Arcontas, que venian á ser como Cónsules en la república Romana; los quales quando salian de su empleo entraban en el Areopago.

Su inspeccion principal era el gobierno civil, cuidando de la conservacion, del órden, y de las buenas costumbres; todas las causas criminales se trataban tambien ante su tribunal: cuidaban á mas de esto de la educacion pública. Antes de juzgar una causa, se hacian en su presencia sacrificios; y sobre la víctima proferian terribles imprecaciones y juramentos contra sí, sus hi-

jos, y sus familias, si llegaban á faltar á la justicia.

Por esto llamaban por testimonios de la rectitud de sus sentencias, á las Eumenides, cuyo templo tenian inmediato al Areopago: era vedado á los oradores usar de adornos y prestigios de eloqüencia en las causas que trataban, y que debian exponer con la mayor sencillez. Nada servia el accionado, y la presencia del orador; tratándose las causas de noche, sin otra luz que la de la claridad de las estrellas, ó de la luna, que penetraba en el recinto de aquel tribunal.

Tratada la causa, los jueces daban la sentencia favorable, ó contraria, segun las volitas de que se servian para ello, dexándolas caer en dos urnas que las recibian, la una llamada de la muerte, la otra de la misericordia: en caso que los votos de las dos urnas fuesen iguales, uno de los sobrenumerarios que asistia á este fin al tribunal, daba

su voto, el qual solia ser casi siempre favorable al acusado, reputándose suplir al voto de la diosa Minerva, en memoria del que creían haber dado la misma diosa en favor del acusado Orestes, segun antigua tradicion expresada en el azafate de plata arriba dicho.

Estas sentencias del Areopago eran el famoso Ostracismo, que á pesar del concepto de su severa integridad y justicia, experimentáron tan injusto aquellos célebres ciudadanos, que ilustráron y sirviéron con mayor gloria á su patria, como lo experimentó tambien Sócrates; por mas que la sentencia que lo condenó á muerte se atribuyese al influjo de Anito, y Melito, la que prueba que juzgaban tambien las causas de religion, de que eran muy severos observadores.

Justino cuenta de Platon, que habiendo viajado por el Egipto, y aprendido allí la unidad de un Dios, vuelto despues á Atenas no qui-

so publicar su nueva doctrina, por temor del Areopago.

En la última sublevacion del pueblo, que pretendia reformar su antiguo gobierno, y que con ella consiguió solo el ser dominado por treinta tiranos, llevando á mal que los Areopagitas diesen sus votos en secreto, los obligáron tambien á darlos en público, exîgiendo de los jueces que publicasen el motivo y razon de la sentencia. No pudo sin embargo destruir el refran, que pasó despues á los Romanos, sobre el secreto de los Areopagitas; pues para denotar un hombre callado y reservado, solian decir, *Areopagita taciturnior*; mas callado que un Areopagita; y Juvenal dixo:

Ergo occulta teges, ut curia Martis, Atenis.

Con esto comenzó á decaer aquel tribunal, perdida, ó disminuida su fuerza y su autoridad baxo los treinta tiranos, á los quales se sobrepuso luego con sus mañas Pericles, que

les dexó solo la inspeccion de las causas criminales, segun la nueva reforma hecha por el pueblo, hasta que el tiempo, que acaba con todo, los sepultó en el olvido, quedando solo memoria de su exîstencia.

Sobre las colonias de los Romanos.

Otra institucion, que nos da á ver las vastas miras y penetracion de Rómulo, fué el establecimiento y propagacion de las colonias en las ciudades conquistadas, enviando á ellas los ciudadanos Romanos para que las poblasen y gobernasen; y así Aulo Gelio llama las colonias; *civitates, ex civitate Romana, quodam modo propagatas.*

Tres sucesores de Rómulo siguiéron en esto su exemplo; y despues que fuéron echados los Reyes, continuó imitándolo la república; el fin principal de la institucion de las colonias fué dilatar los confines del imperio aliviando la capital del

número excesivo de sus habitantes, y acomodar esta gente de sobra que quedaba expuesta á ser pobre y ociosa en la capital.

El medio era señalarles porcion de terreno en las tierras conquistadas ; distribucion que estaba á cargo de los Triumviros, por derecho que se habian dado los mismos conquistadores, disponiendo de las tierras de los vencidos, que por lo comun ponian en venta á beneficio del erario público, ó se daban en arrendamiento á los publicanos. Las incultas se distribuían entre aquellos que se ofrecian y prometian cultivarlas, con la condicion de pagar al erario despues de tiempo determinado la quinta parte del producto de los árboles ; la décima de las cosechas, y un pequeño tributo por esquilmo.

Pero como los solos habitantes de Roma no podian abastecer las nuevas colonias, extendiéron este derecho á los habitantes de las otras ciu-

dades de Latio, y luego á las otras de toda la Italia; así llegáron á distinguirse las formadas colonias con los nombres de Romanas, Latinas, ó Italicas, conservando las Romanas el derecho de preferencia sobre las otras, que se reducia á ser contados sus votos entre las tribus de Roma, y á gobernarse por sus leyes: y aunque su condicion no era en todo igual á la de aquellos que vivian en la capital, tenian siempre la preferencia sobre las otras ciudades municipales.

Las colonias Latinas tenian solo el derecho que llamaban *jus latium*, que aunque les autorizaba á depender de los Magistrados de Roma, no eran reputados sus habitantes ciudadanos Romanos, hasta que la ley Julia extendió este privilegio y derecho de ciudad á todos los pueblos de Italia.

Toda colonia conservaba la misma forma de gobierno que el de Roma. Tenian Senado, pueblo, De-

cemviros, Censores, Ediles, Questores, Sacerdotes, Agoreros y Pontífices. La sola diferencia que habia era, que los que hacian de Cónsules, se llamaban Duumviri, y los que hacian de Senadores se llamaban Decuriones, lo que es necesario saber para la inteligencia de algunos pasos de la historia Romana. Por las lápidas se vé, que en algunas colonias habia tambien Triumviros, Quatuorviros y Ediles; como en ésta encontrada en Osimo:

III vir. in colo. Auximi.

Y en ésta otra hallada en Señi:

L. Volumnio. L. F.
Pompeio Juliano. Severo IV. viro.
Coll. Sig. Patrono coloniæ
suæ.
Senat. Popul. signinus.

Y en ésta otra:

Aedili Colon. Puteolanorum.

Los Griegos, quando habian de fundar una colonia, la formaban de todos los ciudadanos de la Grecia, que querian alistarse, y se les daba un

xefe escogido entre los de la capital. Así los pueblos de Yonia, aunque salidos de diversas ciudades de la Grecia, reconocian por su patria principal la ciudad de Atenas, habiéndoseles dado por xefe uno de los descendientes de Codro.

Estaban obligados los nuevos colonos á enviar á la capital las primicias del nuevo terreno, y á recibir de ella los Sacerdores. Tucidides trae la queja de los Corintios, porque los de Corcira no atendian á este homenage establecido por la ley: estaban á mas de esto obligados los colonos á dar á la capital los socorros que podian, así en tiempo de paz, como de guerra, y de unirse con ella contra los que declaraba enemigos. A esto mismo estaba obligada la capital, si alguno declaraba la guerra á la Colonia; y si lo dexaba de hacer, quedaba la Colonia en derecho de unirse con quien mejor le parecia. A una fal-

ta de éstas atribuye Tucidides la guerra del Peloponeso.

Sobre los comicios de los Romanos.

Dice Varron que quando el pueblo Romano formaba su junta para elegir sus Magistrados, llamaba á esta junta *Comicia. Ab eo quod cohibant*; en los primeros tiempos se juntaba en el Foro; y aunque despues solia juntarse en el campo Marcio, y en el Capitolio, conservó aquella junta el nombre de Comicios.

Entraban á botar en ella todos los ciudadanos Romanos, ahora hubiesen nacido en Roma, ahora en parte remota: el número de los dias para tener comicios eran ciento chenta y quatro cada año: y si en alguno de ellos tronaba ó relampagueaba, se deferian para otro dia; porque segun ley antigua: *Jove tonante, fulgurante comitia habere, nefas.*

Para evitar confusion entre tan-

ta gente, solian hacer la separacion en curias, en centurias y en tribus. Antiguamente habia solo junta de curias instituidas por Rómulo. Quando las diez y seis curias en que estaba dividido el pueblo, eran de un mismo parecer, se disolvian los Comicios. Servio Tulio, acrecentada la poblacion, añadió las centurias que enflaqueciéron los votos de la curias, de modo que apenas les quedó que votar; y quando á las centurias se añadiéron las tribus, las anuláron enteramente.

Las centurias eran ciento noventa y tres: las presidía el Cónsul, ó en vez suya los Tribunos militares ó el Dictador quando lo habia. Los Tribunos militares tenian poder consular, como tambien los Decemviros, y el que llamaban Interrex. Algunas veces las presidian los Questores, ó los Tribunos del pueblo, pero necesitaban para ello el permiso del Cónsul.

Quando no habia inconveniente

que impidiese los comicios, el Presidente, despues de haber propuesto lo que el Senado queria se deliberase, decia en alta voz al pueblo: *Rogo vos, Quirites, velitis, jubeatis:* entónces cada ciudadano se unia á su clase, y comenzaba la votacion la primera clase, compuesta de noventa y ocho centurias; luego seguía la segunda, compuesta de veinte centurias del pueblo: si los votos eran unánimes, no habia mas que hacer: si no se convenian, pasaban á consultar los votos de la tercera: y si tambien en ésta se hallaban encontrados los pareceres, pasaban á la quarta y quinta hasta la última. Pero rara vez pasaba la deliberacion de la quinta.

En tiempo de la República se decidia por sorteo quál era la que debia votar la primera entre las centurias, y la que salia, se llamaba centuria prerogativa, ó privilegiada. Por lo comun las otras centurias aprobaban lo que aquella votaba.

Las otras centurias que daban el voto despues de la primera, se llamaban, *jure vocatæ*: en los principios votaba el pueblo en voz alta; pero engendrando esto algunos desórdenes, determináron servirse de tablitas; una de ellas llevaba escrita una *V.* y una *R.* que significaba *uti rogas*, como quieres, que mostraba el voto favorable. La otra tablita llevaba una *A*, que queria decir, *antiquo*, me opongo, y era el voto contrario.

Recogidas estas tablitas por los que llamaban *Diribitores*, las separaban en presencia de testigos, nombrados á este fin, para saber el número de los votos, lo que llamaban *suffragia dirimere*: si los votos se hallaban iguales, no se nombraba la centuria que los habia dado, á no ser que recayese la votacion sobre un empleo público.

Para el nombramiento de un Cónsul se requeria no solamente la pluralidad de votos sino tambien

tener en su favor mas de la mitad de los votos de cada centuria. Quando se reconocia ser válida la eleccion, el que presidía á los comicios decia en voz alta: *Quod mihi, magistratuique meo, populo, plebique romanæ, bene, atque feliciter eveniat, consulem renuntio.* Lo que sea para bien mio, el de mi Magistrado, del pueblo, y plebe Romana, yo (el tal) anuncio á todos, que queda nombrado Cónsul: lo que se recibia con aplauso, y acompañaban al Cónsul hasta su casa.

Los comicios por tribus eran así llamados, porque el pueblo dividido en las treinta y cinco tribus, de que se componia, se juntaba para votar, y para ello concurrian los ciudadanos de las vecinas, ó remotas provincias, si querian. La primera vez que se tuviéron estos comicios, fué para juzgar á Mario Coriolano, que fué tambien la primera vez que era citado un patricio ante el tribunal del pueblo Roma-

no, el año 263 de Roma.

Se juntaban tambien los comicios por tribus para la eleccion de algunos Magistrados y Sacerdotes, y para hacer algunas leyes; podian entrar entónces á votar los que no eran ciudadanos Romanos, como los que se llamaban *Capite censi*, y los que llamaban Proletarii, que componian la sexta y última parte del pueblo.

Los Magistrados que se elegian en estos comicios eran los Ediles, Curules y plebeyos, los Tribunos de la plebe, los Qüestores, los Triumviros nocturnos, los Triumviros llamados capitales y monetales, los Prefectos de los abastos, los Duumviros navales, los Qüestores criminales, los de los caminos; los Quinqueviros mensales, y los Septumviros sobre las colonias: el Senado no podia impedir estos comicios, ni tampoco los agueros.

A mas de estos comicios, habia otros llamados *Cemicides*, *Consu-*

laria, *Pontificia*, *Prætoria*, *Procunsularia*, *Questoria*, *Tribunitia*, *Censoria*, *Calata ædilitia*, con el objeto de la eleccion de estos Magistrados.

Leyes y ceremonias de los Romanos y Griegos en sus casamientos.

Ningun ciudadano Romano podia casarse con muger que no fuese tambien ciudadana; y una doncella libre no podia casarse con un liberto, mucho ménos con un esclavo. Despues de la ley Pappia se casaban los hombres libres con las libertas. En tiempo del Decemvirato de Appio Claudio, á fin de fomentar las discordias entre los nobles y los plebeyos, se prohibió á los nobles casarse con una muger que no lo era; pero cinco años despues el Tribuno C. Canuleio anuló esta ley, y promulgó la contraria.

Pero insensiblemente se introduxeron con el tiempo los abusos, pues las leyes mas vigorosas pade-

cen con el tiempo su decrepitud: últimamente no se reparó ya en ello, mucho mas quando la notable falta de poblacion, causada de las continuas guerras civiles, obligó á formar una nueva ley para obligar al casamiento, no bastando el aliciente de los premios para inducir la gente á casarse.

En el dia del casamiento solian los Romanos llevar una guirnalda de flores, mezclando entre ellas algunos higos y dátiles, de este modo unidos á unos jóvenes primorosamente vestidos, que llamaban *pueri lauti* fingian robar la novia de los brazos de la madre: executaban este robo al resplandor de hacecillos encendidos, que llevaban los cinco jóvenes unidos al esposo para el fingido rapto: el número de cinco era misterioso, pues aludia á las cinco deidades que favorecian al casamiento, como son Júpiter, Juno, Diana, Venus y Suada, ó sea la diosa de la persuasion.

Plutarco cuenta que en el sacrificio que hacian los esposos á Juno Pronuba, solia el Sacerdote sacar la hiel á la víctima y echarla fuera del templo, queriendo con esta ceremonia supersticiosa que no hubiese disensiones, rencores y amarguras en el casamiento, de que era símbolo la hiel, y para este fin la arrojaban fuera del templo.

Los Griegos, aunque tenian la misma religion, variaban en sus ritus y ceremonias, aunque gran parte de ellas habian pasado á los Romanos; por lo comun los Griegos reservaban sus casamientos para el mes de Enero, que por esto le dieron el nombre de Gamelion, ó mes de las bodas. Los Espartanos tenian por infames los que no se casaban, y los Atenienses no daban empleos ni cargos públicos sino á los que eran casados.

Sobre los ciudadanos Romanos.

No todos los habitantes de Roma eran ciudadanos sino nacian con el derecho de ser admitidos en una de las tribus de Roma, y de votar en los comicios, como lo eran los que habitaban en otras ciudades, si nacian con aquel derecho: los libertinos, ó hijos de libertos y esclavos, aunque naciesen y viviesen en Roma, no eran ciudadanos.

Pero para tener derecho de ser agregado á una de las tribus, y de ser ciudadano Romano, era preciso poseer una porcion de terreno, que redituase á lo menos once mil maravedis. Los que poseían ménos de esta suma de renta, eran admitidos en la sexta clase, y se llamaban *capite censi*, que significaba, contados por cabeza; y *Proletarii*, que eran los que poco ó nada poseían ni tenian sino la facultad de engendrar.

Tampoco eran reputados ciudadanos Romanos, aunque fuesen muy ricos, los que vivian en los municipios, sino se agregaban á una de las tribus de Roma, y hastá que no era agregado se llamaba solo *municeps*, esto es, hombre libre de municipio, pero no ingénuo. Marco Porcio Caton no fué ciudadano Romano hasta que fué agregado á una de las tribus. Todo ciudadano podia aspirar á los tres órdenes Senatorio, Eqüestre, ó popular; daba su voto en las elecciones, y podia obtener qualquiera empleo ó dignidad en la república. Qualquiera nacion podia disfrutar, queriendo, el derecho de ciudadano Romano. Solo privó Augusto de este derecho á los Egipcios.

Todo ciudadano Romano gozaba del privilegio de no padecer el suplicio de las baquetas, ó de qualquiera otra pena y castigo sino era juzgado por el pueblo Romano. Por esto exclamó Ciceron contra Ver-

res: *Cadebatur in medio foro Messinæ civis Romanus. O lex Portia, legesque Sempronia!* en los exércitos no eran admitidos sino los ciudadanos: solo éstos podian adoptar y ser adoptados, como tambien solos ellos podian heredar.

Se contaban dos clases de ciudadanos, viejos y nuevos: los primeros eran los que nacian ciudadanos, los segundos los que se agregaban, cuya condicion era inferior á la de aquellos, por quanto no podian aspirar á la herencia de los parientes por linea paterna, lo que podian los primeros por ley expresa de las doce tablas: los nuevos fueron repartidos en ocho tribus por el Tribuno Sempronio.

Se les agregáron los pueblos conquistados, de modo que Roma llegó á ser llamada madre comun de todos los pueblos; lo que expresa bien Claudiano en estos versos:

Hæc est, in gremium victos, quæ sola recepit,

Humanumque genus, comuni nomine, fovet
Matris, non dominæ ritu, civesque vocavit,
Quos domuit, nexuque pio longinqua revinxit.

Sobre las antiguas ciudades libres llamadas autonomas, ó eleuteras. Diferencia de estos nombres.

Poca ó ninguna es la diferencia del significado de los nombres autonomos, y eleuteros, como no la hay entre ciudad libre, y ciudad anseatica. Algunas medallas dan estos dos nombres á una misma ciudad: la sola diferencia que pudiera haber, sería, que la ciudad eleutera era la que recobraba su libertad ayudada de fuerza extraña; y la autonoma, la que la recobraba por sí misma, pudiendo así gobernarse por sus propias leyes, y por sus Magistrados.

Se jactaba de esto la ciudad de

Amiso, despues que Lúculo la libró del poder de Mitrídates; y luego el César del imperio de Farneses, y Augusto del de Straton. Desde entónces se llamó eleuto; ¿pero cómo? pasando del poder de aquellos Reyes al dominio de los Romanos, aunque la dexáron sus antiguas leyes. Tambien se llamó eleutera la ciudad de Tarso; y despues que Augusto la dió de nuevo la libertad se llamó autonoma.

Obtenian las ciudades estos epitetos, y los privilegios que los acompañaban, por algun socorro dado á los exércitos romanos, ó por respeto á los santuarios que poseían; como lo obtuvo la ciudad de Delfos por su célebre templo de Apolo; y Seleucia por el de Apolo Sardenopio, famoso por su oráculo: otras ciudades lo conseguian con dinero, ofreciendo sumas considerables, como Antioquia, Tiro, y Jerusalem. Constantino fué el primero que quiso desentender-

se de estos privilegios, y obligó á los Atenienses y Lacedemonios á someterse á sus decretos.

Pero de qualquier modo, á pesar del nombre, sentian de un modo ú otro el poder y autoridad del que lo concedia, como se echa de ver por las lápidas de Oxfort, respecto de las ciudades griegas, como en el tratado de los Magnesios y de los de Smirna con Seleuco Calinico; y como se infiere de Tácito respecto de Vologeso con los Romanos, y de los Etolos con Fulvio Nobilior.

No parece, pues, tenga toda la razon por su parte el Arduino, quando dice, que los Romanos nada tenian que ver con las ciudades autonomas, sino el derecho de presidir á los juegos públicos; y si no, dígalo Plinio, quando exîgiendo obediencia de los de Bitinia, donde se hallaba Proconsul, y oponiendo ellos sus privilegios, les decia; *An contemnitur, qui imperium, qui fasces habet?*

Ciceron en su empleo en la Acaya, y Plinio en la Acaya misma, insinúan algo mas que presidir á los juegos públicos. Festo dice expresamente: *Eum, qui provinciæ præest, forum agere tum intelixi, quum civitates, et de controversiis earum judicat.*

Sparciano dice expresamente, que los Romanos, concediendo á las provincias y ciudades conquistadas la autonomia, se reservaban el derecho de distribuir entre sus veteranos las tierras incultas, sin exîmirlas de pagar tributos á Roma. Verdad es que en esto mismo no era pequeño privilegio el que se les concedia de recaudarlos por sí mismas, y recibiéndolos los Romanos como tributos voluntarios, segun lo dice Plinio.

Augusto quitó á algunas ciudades autonomas los privilegios que disfrutaban por su autotelia, habiendo incurrido en su indignacion, como lo dice Suetonio; *urbium quasdam fœderatas, sed ad exitium licentiæ pra-*

cipites , libertate privavit. Habia sin embargo algunas ciudades autonomas , que no pagaban tributo alguno , ni se ingerian en su gobierno los Romanos , y las llamaban , *civitates liberæ , immunes* , ciudades libres , exêntas , ó porque lo habian merecido por sus servicios , ó por favor del pueblo Romano.

Sobre la invencion de la pólvora.

Despues que conocémos el uso de la pólvora , y las materias de que se compone , parecerá tal vez imposible á alguno , que hayan pasado tantos siglos sin que haya ocurrido á ningun ingenio humano formar una tal composicion , y que ésta , como casi todas las demas invenciones , se hayan de deber al acaso. A éste á lo ménos atribuye la de la pólvora la general opinion , por medio de un Religioso Aleman llamado Suartz.

Sin embargo , algunos años án-

tes que Suartz, en los principios del siglo décimotercio, publicó Roger Bacon un opúsculo, en que trata de la pólvora, diciendo ser una composicion conocida ya en su tiempo, y proponiéndola como materia útil y digna de emplearse en las guerras; añadiendo, que sus efectos eran semejantes á los del rayo y del trueno, y que ningun muro ni torre la puede resistir.

Mr. Jobb, en el tomo que hizo imprimir de las obras del dicho Bacon, cita tambien un manuscrito de un cierto Marco Greco, anterior á Bacon, intitulado *Liber ignium*, en que trata claramente de la pólvora, y de su composicion, sin nombrar al que la hizo. Lo que prueba, que aun despues de la invencion y del conocimiento de sus efectos, estuvo algun tiempo sin uso sin que se conociese tampoco su inventor.

No se puede dudar que los Chinos conociesen esta invencion, y

hiciesen uso de ella muchos siglos ántes que los Europeos ; asegurándonos el P. Gaubil, que la descubriéron y usáron mil y seiscientos años ántes ó épocas á que refiere el sitio de la ciudad de Loango, puesto por los Mongous, en que así los sitiadores como los sitiados se servian de ciertas máquinas llamadas paos, con las quales se arrojaban mutuamente unas especies de bombas, que rebentando hacian un gran estruendo, y quemaban é incendiaban las materias combustibles que tocaban.

Sin embargo, si esto no es fábula, era preciso que tales máquinas fuesen muy imperfectas, ó muy torpes los Chinos en su manejo, pues se cuenta que el Emperador Hupilay, en el año 1271, se sirvió para el sitio de Siangyang de algunos Mahometanos, que sabian manejar ciertas máquinas, llamadas *Ki*, con las quales arrojaban piedras muy grandes: y que poco despues

el general Peyen, sirviéndose sin duda de aquellos Mahometanos, quemó la ciudad de Chagyang con una máquina llamada Kinchipao.

Por esto se echa de ver, que á pesar de la anterior invencion poco, ó nada habian adelantado los Chinos en su uso, pues en el año 1338 de nuestra era, no sabian lo que eran fusiles, ni cañones, quando ya se servian de ellos los Franceses, como se vé por las cuentas de los gastos pagados á Enrique Faumechon por la pólvora, y otras cosas necesarias para los cañones, que sirviéron para el sitio de Puiguillaume.

Los Ingleses llevaban tambien cañones en la batalla de Crecy en el año 1346: y en el sitio de Romorantin en el año 1356. Mucho ántes de todo esto conociéron los Mahometanos en España la pólvora, pues se dice que en el 1300 los Moros sitiados por Don Alonso XI. Rey de Castilla, se sirviéron de

morteros de hierro, cuya explosion hacía un espantoso estruendo.

Si el uso de la pólvora es preferible en las guerras al uso de las armas antiguas.

Muchos autores dan la preferencia á las armas antiguas, y entre ellos el Señor Folard, el P. Daniel y Bojardo, que declamáron contra el uso de la polvóra y de los cañones en cotejo del uso de las antiguas armas; y no ha faltado un moderno poeta Español, que llevado ántes del entusiasmo del asunto, que de aquella persuasion, exclamó en la muerte de Velasco sobre el morro de la Havana:

¡Pueda el tiempo acabarte
Tirano del valor, vil instrumento!
Por tí la debil arte,
Y el encendido viento
Lleva en alas de fuego fatal muerte;
Por tí triunfa el cobarde del mas fuerte.

¿Quién admirar pudiera
De un Cocles sobre el puente la osadia,
Si una bala certera
Su valor prevenia?
Así por la mas torpe, y debil mano
Roma cayera en su mayor Romano.

Pero como no conviene dexarnos llevar de la autoridad, segun dice Ciceron, como perros de trailla, mucho mas quando milita la razon por la opinion contraria, así harémos uso de ésta para formar un juicio mas acertado.

En primer lugar tiene por su parte esta opinion la preferencia que la diéron todas las naciones que adoptáron el uso de las armas de fuego, desde luego que las conociéron, y que pudiéron servirse de ellas, y no es creible que haya pueblo, por bárbaro que sea, que llegando á conocer las ventajas de las armas de fuego, no eche de reves su arco y flechas para manejar el fusil.

El caso es, que el Daniel da

la preferencia á las armas antiguas por la razon, cabalmente por la qual no se la debia dar, pues anda en ello muy errada la suya, alegando que con el uso de las armas antiguas perecian ménos gente en las guerras, que ahora con el uso de las balas, y de los cañones: lo que no debia ignorar ser falso, si hubiera consultado los historiadores que nos cuentan la horrible carnicería que hacian las armas antiguas en los exércitos vencidos.

En la sola batalla de Platea perecièron doscientos noventa mil Persianos; en la de Arbela trescientos mil; en la de Cannas setenta mil; en la de Poitiers, trescientos setenta y cinco mil Sarracenos. ¿Qué diré de los infinitos centenares de Moros que perecièron en España en las batallas de Cobadonga, de las navas de Tolosa, en la de Clavijo, y en tantas otras que dexo de citar porque ninguno las ignora?

Aunque concedamos, pues, que

los historiadores hayan acrecentado el número de los muertos para realzar las victorias, y aunque de esos mismos números se quiera rebajar la mitad, ninguno creo me negará, que en una sola batalla de las antiguas pereció mas gente que en todas las batallas que se han dado de treinta años á esta parte, que seguramente pasarán de quarenta.

La razon y el motivo son evidentes: los exércitos desde que se sirven de la pólvora y cañones ocupan mucho mayor espacio de terreno que ántes. La artillería los obliga á colocarse en mayor distancia: el exército que llega á tener la ventaja sobre el punto del exército enemigo que ha forzado, no puede abanzar con la prontitud con que lo hacian los antiguos, atendida la mayor distancia, y la mayor facilidad que ésta ofrece al exército vencido de retirarse, de sostener, socorrer á los que han ce-

dido, y de proteger su retirada.

¡Quánto mas horrible perspectiva nos presentan los exércitos antiguos! quando colocados en distancia en que podian verse las facciones, y hablar un enemigo con otro, despues de disparados los dardos, jabalinas y piedras, era preciso que llegasen á las manos con la arma blanca, cuerpo á cuerpo, y pie con pie; terrible momento, en que rara vez, á pesar de los petos y morriones, se erraba golpe, y en que la infantería y caballería, vencedores, se hallaban sobre los desordenados vencidos, de los quales eran muy pocos los que escapaban de los aceros victoriosos. Pero apartémos los ojos de asunto tan horroroso.

Si era lícito y loable el intento de Mucio Scevola en matar á Porsena enemigo de su patria.

Acaba de dar motivo á este

asunto la disputa suscitada entre dos eruditos sobre el hecho de Mucio Scevola, atrevido Romano, que estando el Rey Porsena sitiando la ciudad de Roma, se determinó ir solo á matarle en su tienda; y habiendo errado el golpe se castigó á sí mismo poniendo su mano sobre las ascuas del brasero que allí ardia.

El uno de los eruditos desaprobaba el intento de Mucio, que el otro defendia y lo alababa, sosteniendo, que como enemigo tenia derecho para ello, por quanto el derecho de las gentes, y el natural, permiten matar á un enemigo en qualquiera parte que se encuentre: confirmaba esta opinion con la autoridad de Valerio Máximo, y de Cicerón, que alaba este hecho, y con la del mismo Porsena, que admirado del atrevimiento de Mucio se lo perdonó.

Traxo á mas de esto la autoridad de Polibio, que encarece el valor de Teodoto de Etolia, que qui-

so matar á Ptolomeo; y la de San Ambrosio, que alaba el hecho de Eleazaro, hermano de Judas Macabeo, quando quiso matar al elefante en que iba montado Antioco.

El otro, á pesar de todo esto, daba por razon de su opinion contraria, que el objeto de toda guerra justa es acarrear la paz y equilibrar la justicia entre los Soberanos y pueblos, que tienen la desgracia de apartarse de ella; que toda guerra justa se hace de pueblo á pueblo, y no de particular á particular, y que toda particular venganza es un asesinato, que quebranta las leyes civiles, que son las solas á quienes pertenece castigarla.

Añadia á esto, que toda agresion legítima en tiempo de guerra se debe hacer en general, y no en particular, pues entónces toma visos de traicion, y de asesinato, como la de Mucio, que iba á sorprehender un enemigo, y aunque en general se pueda matar á un indivi-

duo en guerra, no lo es al tal y al tal enemigo á quien se quiere hacer víctima de la propia venganza.

Al caso de Eleazaro oponia las diversas circunstancias, que le daban derecho para hacer lo que intentaba; pues se hallaba en la batalla mezclado entre los enemigos; y en el combate todo hombre es enemigo, y es muerto el que no mata: fuera de él todo entra en el órden social, y entónces todo homicida es un asesino. Que aunque admiraba el patriotismo de Scévola no podia alabar su intento; y que aquello solo era lo que alaba en él Ciceron, quando dice; ¿yo hombre consular, despues de tan gloriosas acciones, temeré la muerte? ¿yo especialmente, que soy del lugar de donde salió Q. Mucio para penetrar en el campo de Porsena, y sabiendo que iba á perecer, tentó sin embargo matarle?

Por esta misma razon lo alaba tambien Valerio Máxîmo, y así no

podemos aprobar en él sino el patriotismo, que enardeció su corazon, y que le hizo creer que muerto Porsena haria levantar con su muerte el sitio, y libraria su patria del peligro que la amenazaba.

Sobre el uso de las bayonetas.

La primera vez que se hace mencion de bayonetas es en las memorias de Mr. de Puisegur, quando en el 1642 mandaba en las Flandes, donde se dice que los soldados usaban de bayonetas con las cachas de madera, largas de un pie, y de otro pie de hoja; y para servirse de ellas metian las cachas ó mangos dentro del cañon del fusil, donde se aseguraban bien para que no se saliesen.

Mr. Mallet en su obra intitulada Fatigas de Marte, publicada en el 1684, dice que hubo varios motivos para dar á los mosqueteros bayonetas, que ponian en los caño-

nes de los fusiles, á fin de resistir á la caballería enemiga, haciéndolas servir de picas, que se abolié-ron. Lo quedáron en efecto en el 1703 por consejo del Mariscal de Vauban, que hizo substituir las bayonetas á las lanzas.

Se dice que el primer regimiento que se vió en Francia armado de bayonetas, fué el de fusileros, llamados despues Real artillería; pero las bayonetas que llevaban tenian el mango de madera, como los otros arriba mencionados; pero luego experimentando el embarazo en su manejo, pues era menester sacar la bayoneta del cañon del fusil donde estaba metida para cargar y descargar el fusil, se pensó hacer el mango del mismo metal que la hoja, de modo que se pudiese adaptar y quedar firme en la parte exterior del fusil, sin que pudiese embarazar en la accion.

Dispuesta así la bayoneta no faltó quien la llamase la reyna de las

armas. Sin embargo muchos militares son de opinion que no merece este elogio en todas ocasiones, y quisieran que el soldado, á mas de la bayoneta, llevase tambien espada. Traen para esto el exemplo de todas las naciones antiguas, que á mas de las lanzas y flechas, llevaban espadas, que generalmente solian asegurar la victoria; que á mas de esto Mauricio de Saxonia, Folard, Puisegur, y otros, que han tratado de armas, aconsejan dar espadas á los soldados.

Como quiera no hay duda que la bayoneta es de un uso excelente en la milicia, y que dificilmente se inventará otra arma que la aventaje en las utilidades que acarrea.

Por qué M. Coriolano se declaró enemigo de Roma, y llevó exército contra ella.

Se sabe generalmente el hecho de Veturia, madre de Coriolano,

que quando éste llegaba como enemigo á poner sitio á Roma, salió de ella para aplacar el resentimiento de su hijo, y reconciliarle con su patria; pero comunmente se ignora el motivo que tuvo Coriolano para tomar tal venganza, tan extraña en un Romano de aquellos tiempos. Lo referiré, pues, para los que no lleven á mal saberlo.

Habia Coriolano vencido los Ansiates, y saqueado su territorio, donde hizo un botin considerable, que en vez de entregar el Questor, segun lo mandaba la ley, para hacer la acostumbrada reparticion entre los soldados, lo distribuyó entre sus amigos y paniaguados, apropiándose así lo que no era suyo, sino del público: este hecho irritó no solamente los soldados, sino tambien á todo el pueblo de Roma, de modo que Decio lo acusó al mismo pueblo.

Dionisio de Halicarnaso refiere

la acusacion, y el discurso que hizo Decio al pueblo Romano, que por ser corta y agradable, la pondré tambien aquí: sabeis todos, decia Decio, que la ley manda que los despojos de los enemigos, prez de nuestro esfuerzo y valor, sea reputado bien público, de que ningun particular puede disponer, aunque sea el mismo xefe de los soldados, y General de las fuerzas de la República.

La ley manda que se entreguen al Qüestor, el qual los pone en venta, y entrega su producto al erario. Despues que Roma exîste, ningun ciudadano ha quebrantado esta ley, ni alguno tuvo la osadia de llamarla injusta, sino el solo Marcio Coriolano: éste solo, ciudadanos, substituyendo su voluntad á la autoridad de las leyes, tuvo el atrevimiento de apoderarse del botin que os pertenece.

Muchos fuéron los esclavos, los ganados, y toda especie de rique-

zas que adquirímos en la expedicion contra los Ansiates. Sin embargo, de ninguna cosa de estas hizo la entrega al Qüestor, ni llevó el dinero de su venta al erario, sino que lo distribuyó todo entre sus amigos. Esto lo llamo un acto de tiranía en una república, pues quiso gratificar con el dinero del público á sus aduladores, á sus guardas, para hacerles servir de instrumentos á su premeditada tirania, la que os denuncio como manifiesta violacion de la ley.

Se insinuó en otra parte, que esta fué la primera vez que un patricio Romano fué acusado ante el tribunal del pueblo, el que condenó á Marcio al destierro; y habiéndose refugiado á los Volscos á la Hetruria, meditó la destruccion de su patria, haciéndose caudillo de las fuerzas de los enemigos de Roma.

Sobre el buen gusto en materias de ciencias y artes liberales.

No tenemos otra expresion con que indicar el fino discernimiento, juicio y aprecio del alma en todas las materias de las ciencias y artes, que la expresion del gusto, tomándola del que experimenta el paladar en los buenos, ó malos manjares que prueba; y así solo por metáfora podemos llamar buen gusto al precio que forma el entendimiento de qualquiera objeto de las artes y ciencias que se le presenta.

Pero no basta solo el entendimiento para formar el buen gusto, si no lo acompaña el conocimiento de las reglas á que deben estar atenidos los que forman aquellos objetos que excitan el aprecio y la estimacion del entendimiento. De donde procede, que veamos muchos sugetos de talento y erudicion destituido de buen gusto, porque

les falta aquel tacto fino, ó aquel discernimiento del ingenio en las mismas artes y ciencias que han aprendido, ó porque descuidando del estudio de las reglas á que deben atenerse, las despreciáron; ó porque no ignorándolas, tomáron por regla su capricho, sin hacer caso de los modelos que nos dexó la antigüedad.

Porque al cabo el buen gusto no es arbitrario, sino que depende de las leyes, de las justas proporciones y simetría que deben tener los objetos, y cuyo conjunto excita en nosotros el sentimiento del aprecio, de la estimacion y admiracion que nos merecen, y con ellas el placer y el gusto que sirven de toque al juicio y al criterio para alabarlas y decidir de su belleza y fealdad del objeto que juzgamos.

Las clases de estos objetos del buen gusto son lo bello, lo agradable, lo sencillo, lo tierno, lo grande, lo sublime y lo magestuoso; y

cada uno de estos objetos excita, ó pone por decirlo así, en movimiento el juicio, y criterio del entendimiento, y de su buen gusto, por quanto cada uno de estos objetos, está ceñido á las reglas del arte imitadora de la naturaleza, y de las proporciones y arreglo que ésta guarda en todos sus admirables productos.

Por lo mismo me parece se pueda poner excepcion al juicio de aquel que asentó por principio, que las fuentes de lo bello, de lo agradable, y de lo sublime, no se debian buscar fuera de nosotros mismos, pues las teníamos en nuestras almas. Es así, que sin la sensibilidad de nuestras almas, no se puede tener buen gusto de juicio, mas éste no se podrá formar jamas en el entendimiento sin el concurso del conocimiento de lo que es bello, agradable y sublime de la naturaleza, y de los objetos que ésta nos presenta, cuya vista, por ra-

zon de sus proporciones, del arreglo y fineza de las partes que los constituyen, ayudan á formar la discrecion del criterio.

Esta materia exîgiría muchos pliegos para que quedase delucidada; pero estos pocos renglones bastan por respuesta á la pregunta de un sugeto, que oyendo tachar de mal gusto una composicion suya, dixo á su justo censor, qué quien habia dado reglas de buen gusto.

Sobre la falta de criterio en las historias antiguas.

Las edades del mundo se distinguiéron en fabulosas é históricas; pero las históricas se debieran distinguir de nuevo en fabulosas, dudosas y verdaderas. No quiero decir esto por las solas fábulas, reconocidas por tales, ni de los prodigios inverosímiles con que, por exemplo, así Tito Livio, como otros historiadores, han desmere-

cido que se les dé la fé y creencia que pudieran exîgir, como historiadores de la posteridad á quien instruyen; sino que lo digo tambien por otros muchos hechos, que sin llevar apariencia de fabulosos, excitan dudas de su autenticidad.

El que reflexîona que los Romanos desde sus principios estuviéron mas de quatrocientos años sin historiador alguno, y que los monumentos que pudieran servir de luz á los escritores pereciéron en un incendio, como lo dice el mismo Tito Livio, tendrá ciertamente justo motivo para dudar de los hechos que pueden parecer probables, ó que por tales son admitidos.

¿Porque quién creerá, que una loba amamantase á Romulo y Remo abandonados en un bosque; ni que Romulo matase al hermano por haber contravenido al órden de pasar la raya de la demarcacion de la ciudad; ni que fundada ya ésta, y poblada, necitase el Rey para acre-

centar su poblacion valerse de estratagema en el rapto de las Sabinas, ni que éstas se dexasen engañar, ó se juntasen tantas que pudiesen poblar á la ya despoblada Roma?

¿Qué dirémos del suceso de Régulo, encerrado por los Cartagineses en un tonel, lleno de puntas de hierro, quando Polibio, que vivió por aquel tiempo, no insinúa cosa alguna de esto? ¿Qué de los prodigios del agorero Navio, que cortaba los pedernales con una navaja? ¿Qué de la industria de Aníbal en abrirse camino por los Alpes, ablandando las rocas con vinagre? y así de infinitas otras inverosimilitudes, por mas que se las quiera dar autenticidad con fiestas instituidas y celebradas por los pueblos.

Casi todas las solemnidades públicas de los Egipcios, de los Persas, de los Griegos y Romanos estaban fundadas en inverosimilitudes semejantes, referidas por los historiadores, sin que las hagan mas

creibles los templos y las estátuas erigidas á los antiguos héroes, que no por eso prueban haber ellos exîstido: como por exemplo los templos, estátuas y fiestas celebradas en honor de Arion, llevado por un delfin, como Europa por un toro; ni la célebre estátua de Laocoonte servirá á ninguno de prueba del hecho de las serpientes; como no lo será tampoco de la exîstencia del caballo troyano, y de todos aquellos xefes griegos encerrados en su vientre.

Sobre los improvisadores Italianos.

Prueba de que nuestra nacion no cuenta poetas que improvisen, ó digan de repente versos sobre qualquiera asunto que se les proponga es, que necesitamos tomar prestado este verbo y nombre de improvisar, y de improvisador de la nacion Italiana que los produce, sino queremos usar de circumloquio para expresarlo.

No nos queda memoria que los Griegos y Romanos tuviesen en sus lenguas estos improvisadores, á no ser que Ciceron nos quiera significar que lo fuese el poeta Archia, de quien dice que recitaba de repente un gran número de versos, *Stans pede in uno*: como quiera, los Italianos se distinguen en esto desde el restablecimiento de las letras en la Italia, siendo el primer improvisador de quien haga mencion la historia literaria, Serafin del Aguila, que se adquirió gran celebridad en el siglo quatrocientos.

Mucha mayor se grangeó casi al mismo tiempo Bernardo Accolti, que mereció ser llamado el único en su línea, por su raro talento de improvisar; de modo que hallándose en Roma quando anunciaba al público el dia y hora en que habia de improvisar se suspendian los negocios públicos, y se cerraban las tiendas, como en dia de fiesta, para ir á oirle.

A la verdad causa no pequeña admiracion al alma ver á un hombre puesto en medio de un gran círculo de toda clase de personas, decir de repente centenares, y aun millares de versos sobre qualquier asunto por extravagante que sea, sin pararse, ni cespitar, y sin que se eche de ver que falte un pie ó sílaba á uno de sus versos, ó que discrepe la rima.

¡Qué viveza de fantasía, de estro y de memoria necesita para salir de tal empeño, mucho mas, quando á un asunto árduo y esteril en sí, se le prescribe la especie de versos y poesía en que ha de improvisar aunque sea en octavas, como me ha sucedido el verlo y oirlo en uno de ellos!

Ni es solo de extrañar en los mismos esta facilidad y eloqüencia, sino tambien la muchedumbre que cuenta la Italia de improvisadores: entre los quales se pueden citar por mas célebres Nicolas Leoncino, Ma-

rio Filelfo, Pamfilio Sassi, Strozzi, Francioti, y otros, que fuera largo referir; y que paso en silencio para hacer mencion de dos solos, que mereciéron ser coronados en el Capitolio.

Uno de estos fué Bernardo Perfeti de Sena, cuya vida escribió Fabroni, que lo llama prodigio de erudicion en todas las ciencias, hasta asombrar con su talento á los hombres mas doctos y eruditos de Italia, y á los extrangeros que le oían. Mereció el mismo particulares demostraciones de aprecio de la princesa Doña Violante de Baviera, que quiso asistir á su coronacion en el Capitolio; honor raro con que quiso distinguir su talento el Papa Benedicto XIII., y que referiré para satisfacer la curiosidad de los que ignoran tales coronaciones.

El dia destinado fué acompañado el Perfeti de gran número de coches cardinalicios al Capitolio, donde lo esperaba gran multitud de

gente. Doce jueces nombrados á este fin le propusiéron doce asuntos, relativos á las Matemáticas, Teología, Física, y demas ciencias, sobre las quales improvisó con tal maestría, que dexó asombrados á todos.

Un Senador Romano, llamado Frangipani, le puso en nombre del Papa corona de laurel, diciendole; recibid, digno Caballero, baxo los auspicios del sumo Pontífice Benedicto XIII. este glorioso símbolo de la Poesía, como una prueba del aprecio de todo el pueblo, y como prenda del favor singular de su Santidad, que os le destina.

Este honor era tanto mas digno de ser apreciado, por quanto hasta entónces fuéron solos los príncipes de la Poesía Italiana, los que lo habian obtenido y á tan justos títulos merecido, como fuéron el Petrarca y el Tasso; aunque éste no llegó á disfrutarle, por haber muerto en el mismo dia destinado á su coronacion.

El otro improvisador que en nuestros tiempos logró una honra igual, fué la célebre Corila, de Pistoya, la qual cultivó este raro talento de improvisar con el estudio y aplicacion á todas las ciencias. Los aplausos y la fama que se grangeó en toda la Italia, obligáron al Emperador Francisco I. llamarla á Viena, donde usó con ella particulares distinciones.

Quiso imitar en esto al Emperador Francisco la Emperatriz de Rusia Catalina II., y la escribió rogándola pasase á *Petersburgo* ; pero el largo camino y el clima de aquel pais, la sirviéron de excusa para restituirse á Italia, donde la esperaba el nuevo honor de la coronacion en el Capitolio que la tenia destinado el Papa.

Se celebró de hecho esta coronacion en el 1770 en presencia de todo el Senado y pueblo Romano, declarándola ántes de su coronacion Ciudadana Romana: el elogio de

Roma, y la accion de gracias al Senado por el extraordinario honor que se la hacia, fué el primer asunto de su canto: el segundo que se la propuso fué el refutar á los que atribuyen á la humildad christiana el abatimiento del estro; y del talento en todas las bellas artes: el tercero la superioridad de la Filosofia moderna sobre la antigua.

Satisfizo á estos asuntos con tanta elegancia, erudicion y claridad, que excitó en todos el mas vivo entusiasmo de admiracion.

Algunos atribuyen esta facilidad de improvisar en los Italianos al clima y cultura de Italia, ántes que á la superior abundancia y flexíbilidad de la lengua de aquella nacion, quando debiera al contrario merecer la sola lengua esta preferencia: confirma este mi parecer la experiencia de algunos Españoles en Italia, que no pudiendo decir de repente quatro versos seguidos en su propia lengua, improvisaban facilmente en Italiano.

Puedo citar entre ellos Don Bernardo García, que feneció en Venecia, en donde no pocos le oyéron improvisar en una lengua extrangera, y sobre qualquiera asunto que se le proponia, protestándome el mismo que le fuera imposible improvisar de repente una quintilla en lengua Española.

Sobre las Decretales.

Como acontece que se haga frequentemente mencion de las Decretales, especialmente en materias eclesiásticas, y no todos saben lo que son, creo que los de este número no llevarán á mal que les ahorre la vergüenza de preguntarlo, ó el trabajo de ir á buscarlo.

Las Decretales no son otra cosa que una recopilacion de cartas de Romanos Pontífices, en respuesta á las consultas que les hacian los Obispos sobre materias eclesiásticas. Las llamáron Decretales, por ser aque-

llas respuestas decisiones de los Pontífices que tienen fuerza de ley en la Iglesia Católica.

La primera recopilacion de ellas comprehende las cartas del Papa Sirico hasta Anastasio II. que murió en el año 385, dirigida á Himerio, Obispo de Tarragona. Se hiciéron otras colecciones, de las quales la primera compareció al fin del siglo duodécimo. No se cuidáron de distinguir en ellas los títulos, y los capítulos por cifras; descuido á que suplió nuestro ilustre Antonio Agustin.

La muchedumbre de tales colecciones, que despues saliéron á luz, y las contrariedades y confusion que se echaba de ver en ellas, diéron motivo al Papa Gregorio IX. para encargar á San Raymundo de Peñafort, que era su Confesor y Capellan, cuya erudicion y ciencia igualaban á su piedad, que formase una nueva coleccion de todas las Decretales, y las purgase de los erro-

res y contrariedades, que con el tiempo se habian introducido en ellas.

A esta nueva coleccion se añadiéron otras con el tiempo de los nuevos Papas, que se sucediéron, como las extravagantes del Papa Juan XXII., que se llamáron extravagantes, porque compareciéron fuera del cuerpo del derecho canónico, y han conservado este nombre, por mas que despues se incorporáron con las otras.

Otra coleccion de Decretales compareció á la luz que se llamáron falsas decretales, con el nombre de Isidoro Mercator, sin que quede memoria del tiempo en que compareció, y que el Cardenal Aguirre atribuye á Isidoro, Obispo de Sevilla, uno de los mas ilustres escritores de su siglo, fundando su opinion en la autoridad de Hincmaro, que se las atribuye. Pero esta autoridad queda destruida por la obra misma, conteniendo muchos

monumentos posteriores á aquel ilustre Prelado.

Sobre el Digesto ó Pandectas.

El Digesto, á quien dan tambien el nombre de Pandectas, es una compilacion de libros de Jurisconsultos Romanos, que se hizo por órden del Emperador Justiniano, y reducida en forma de leyes. Para conocer lo que es este Digesto, conviene dar noticia de las leyes anteriores al mismo, y del empleo de los jurisconsultos, cuyos libros forman aquella compilacion.

Las primeras leyes Romanas, fuéron aquellas que promulgáron los primeros Reyes de Roma. Despues de la expulsion del último Rey Tarquinio, se tomó el cuidado Sexto Papirio de reunirlas en un código, que se llamó derecho Papiriano; pero la autoridad de este código quedó abolida en fuerza de la ley tribunicia.

Los Cónsules, que sucediéron á los Reyes, juntamente con el Senado exercitaban la justicia, y el pueblo tambien con ellos, segun lo requerian los asuntos, ahora pertenecientes al Senado, ahora al pueblo, como quedaba establecido por la constitucion de la nueva república. Por esto los decretos del Senado se llamaban *senatus consulta*, y los del pueblo *Plebiscita*.

Con el tiempo perdiéron su fuerza estos decretos, y se introduxéron otros usos, que no teniendo tampoco fuerza de leyes, quedáron abolidos por otros nuevos, que acrecentaban la confusion, sin saber á qué atenerse. Se quejó con razon el pueblo, y el Senado determinó enviar á la Grecia diez ciudadanos, para que hiciesen una coleccion de las leyes, que creyesen mas convenientes á la república.

La formáron de hecho, tomando las leyes, que creyéron mas conformes al espíritu de su república

de las que Solon y Licurgo habian dado á la Grecia. Traidas á Roma, y aprobadas por el Senado, y por el pueblo se mandáron grabar en doce tablas de marfil, que expusiéron á la vista del pueblo en el foro, sobre el púlpito, en que se hacian las arengas.

Como estas doce tablas perecié-ron en el saqueo que diéron á Roma los Galos, se formó otra nueva recopilacion de aquellas leyes, que hiciéron grabar en cobre, y que sirviéron á los Romanos hasta el tiempo de los Emperadores; renunciando el Senado por adulacion, y el pueblo por condescendencia al Senado, el derecho de legislacion en favor de Augusto.

Este comenzó á dar nuevas ordenanzas, que juntas con las de los otros Emperadores, que le sucedié-ron, se llamáron constituciones de los Príncipes. Estas constituciones fuéron las que formáron con el tiempo los códigos Hermogeniano y

Teodosiano. Luego hizo formar Justiniano otro nuevo código, en que juntó todas las antiguas constituciones.

No eran otras las leyes que se observáron hasta el tiempo del Digesto, y de las Pandectas, que las que contenian aquellos códigos. Pero al mismo tiempo se tenian en alguna consideracion las respuestas de los Jurisconsultos, que formáron tambien parte del derecho Romano.

Pero echando de ver Justiniano la confusion que causaba tanta variedad de pareceres y de constituciones, quiso formar un nuevo código que encargó al Jurisconsulto Triboniano, que habia sido Cónsul, dándole por socios de aquel trabajo Leoncio Foras, Basilides, Constantino Teofilo, y otros. Y despues que estos formáron la nueva compilacion, mandó ponerle el título de Digesto, ó de Pandectas.

El término de Digesto no era nuevo; lo habian usado ántes mu-

chos Jurisconsultos antiguos Romanos, como Alfenio Varo, Juvencio Celso, y Ulpiano Marcelo, que intituláron así todas las materias de derecho, puestas por órden y como ya digeridas; *quasi digestæ*: y el nombre Pandectas viene del nombre griego *Pan*, que significa todo, y de *decome*, que significa recoger, como si dixera recopilacion de todo.

Sobre los Electores del Imperio.

El Imperio Germánico fué siempre electivo, y cada xefe del Imperio debe en su eleccion renunciar solemnemente á todo hecho ó intento de hacer hereditaria en su familia la corona imperial.

Tres inmediatos Arzobispos, y seis Príncipes inmediatos al Imperio tienen el derecho de elegir un xefe del Imperio, que por eso se llaman Electores, sin que se pueda averiguar el orígen de su nombramiento.

Como quiera, Cárlos IV. confirmó con la bula de Oro los derechos y privilegios de los Electores, que entónces eran siete: despues se les añadiéron otros dos, y forman los nueve como siguen:

El Elector de Maguncia.
El de Treveris.
El de Colonia.
El Rey de Boemia.
El Duque de Baviera.
El de Saxonia.
El Margrave de Brandemburgo.
El Conde Palatino del Rin.
El Duque de Brunsvic.

Despues del 1711 el Emperador dá á los Electores Eclesiásticos el título de Reverendísimo sobrino. A los Electores Seculares el de Serenísimo tio. Los Electores Eclesiásticos, que no naciéron Príncipes, tienen el título de Alteza electoral. Los Seculares, de Alteza electoral Serenísima.

Los Electores pueden enviar ministros al Emperador, y éste debe

confirmar despues de su eleccion todos sus privilegios; y sin el consentimiento de los mismos no puede resolver cosa alguna tocante á la guerra, y á la paz, ó á la seguridad del imperio, pues se suponen ser los Consejeros del imperio.

Los estados electorales tienen el derecho ilimitado, que llaman de *non appellando*, y forman entre sí una especie de alianza, y gozan particulares privilegios y prerrogativas; como, por exemplo, el Elector de Maguncia es Archicanciller del Imperio en Alemania, y dirige el Colegio Electoral, de que suele llamarse el Dean.

El Elector de Treveris es Archicanciller del Imperio en las Galias.

El de Colonia es Archicanciller en la Italia.

El de Boemia es Archicopero del Imperio, y presenta al nuevo Emperador una copa con agua y vino.

El de Baviera es Archimayordomo, y en la eleccion del Emperador lleva el globo.

El de Saxonia es Archimariscal; lleva delante del Emperador la espada imperial.

El de Brandemburgo es Archichamberlan de Imperio, y lleva el cetro.

El Palatino es Architesorero, y distribuye en la eleccion del Emperador algunas monedas de oro y plata.

El de Brunsvic, tiene tambien el título de Architesorero, que se le dió en ausencia del de Baviera, y que conserva.

Algunas noticias curiosas é interesantes: Sobre mejorar la pólvora.

Un Médico de la villa de Foyano dice haber descubierto el modo de hacer la pólvora mucho mas superior en fuerza y calidad que aquella que hasta ahora conocémos. La composicion que hizo fué poner á cada libra de pólvora ordinaria quatro onzas de cal viva

despues de haberla reducido á polvo muy sutíl; y mezclada con la pólvora la meneó en un vaso, hasta que incorporada con ella tomó un color uniforme.

Hecho esto la conservó en un vaso bien tapado, en que la tuvo algun tiempo: y sin otro ingrediente que la cal viva, dicen haber hecho una pólvora excelente, como lo ateſtiguan algunos que la experimentáron. Pero como no conviene dar crédito de contado á relaciones de oídas, será fácil á los químicos, artilleros y cazadores que hacen uso de pólvora, hacer tambien la experiencia de por sí, y si les sale bien, me darán sin duda las gracias por la noticia, sino se limitarán á no desaprobar mi buena intencion.

Sobre dos Evangeliarios.

El célebre Señor Canónigo Bandini, Bibliotecario de la Laurencia-

na de Florencia, avisa, que no habiendo podido poner en su catálogo de los códigos de aquella insigne Biblioteca, los dos Evangeliarios griegos del siglo XI. perteneciente el uno á la Iglesia de Constantinopla, y el otro á la de Trapisonda, los ha puesto separadamente, y los ha publicado con la copia de las noticias eruditas que pueden contribuir para conocer el carácter, las pinturas y los adornos que tienen estos dos Evangeliarios: ha añadido una larga carta con que Alejos Celadeno, Obispo de Melfi, acompaña el Don que hizo de ellos al Papa Julio II.

Sobre un nuevo instrumento para exprimir las ubas.

Como sucede freqüentemente que los vapores que exhala el lagar, causan trastornos á los labradores que pisan la uba, el Señor Lavoilepierre propone un medio eco-

nómico y sencillo para evitarlos; consiste en una nueva máquina, compuesta de dos cilindros de madera sobre los quales cae un madero acanelado con dientes, dispuestos obliquamente de dos pulgadas de ancho.

Estos cilindros se sostienen sobre dos exes, que se aplican á los pernos de la máquina; tienen una tramoya encima en que se echan los racimos que caen al impulso de dos palos que mueven la tramoya, sin que quede un grano de uba por exprimir: esta misma máquina puede servir tambien para majar las cerezas, los piñones, las avellanas, almendras, &c. Su inventor dice haber quebrantado con ella mas de quatrocientas libras de piñones en dos horas.

Sobre el árbol llamado Mangrove.

En la isla Barbada aseguran haber un lago de agua salada, circun-

dado de espesos árboles, que llaman Mangroves, que no echan flor sino en sitios pantanosos, ó á la orilla del mar, ó en lago de agua salada. De sus ramos dicen desprenden ciertas hilazas que van á buscar el suelo, donde llegan á formar raices que engendran renuevos del mismo árbol, de modo que sin trabajo ni cultivo se extienden por todo el espacio que encuentran.

Añaden que la corteza de estos árboles sirve para hacer cuerdas: si esto fuera verdad, como tambien, que las ostras se multiplican en sus ramas, estos árboles acarrearian inmensa utilidad á todas las costas de España, donde por pocos que se plantasen, cundirian de por sí: lo que es fácil de averiguar, y de executar, si se averiguase.

Sobre la historia natural.

Ignoran tal vez muchos el lucroso comercio que por tanto tiem-

po hiciéron los Holandeses con la tierra sombra, que servia para la pintura, y que vendian con el nombre de tierra de Colonia. Fuías de Saintfond, conocido por algunas producciones de historia natural, pasando por las cercanías de la ciudad de Bona, descubrió una mina de esta tierra, y se certificó que no era tierra mineral, sino que la formaba un inmenso conjunto de plantas y árboles sepultados en la tierra, en fuerza tal vez de una terrible y antigua revolucion.

Dicen que esta mina se extiende á quatro leguas de circuito, y se puede cabar hasta cincuenta pies de profundidad. Forma la superficie de esta mina un lecho inmenso de guijas, arrastradas de algun grueso torrente, cuyo peso debió comprimir las plantas y árboles, desorganizando el tiempo con la humedad la estructura fibrosa de los árboles, la reduxo á substancia terrea, semejante al residuo de los vegetales em-

pleados para curtir las pieles, el qual puesto al fuego, arde, y forma una ceniza blanquecina.

Esta tierra meramente vegetable es la que se suele vender con el nombre de tierra de sombra, mas ó ménos estimada, segun es mas ó ménos compacta, y mas ó ménos reducible á polvo fino. La combustibilidad de esta tierra es tan grande, que los dueños del fondo en que se excava se sirven de ella como del carbon en sus hogares, despues de haberla hecho secar al sol, y se aprovechan de las cenizas para estercolar los campos.

Los Holandeses la compraban baxo mano á precio muy barato para venderla muy cara á los pintores, y para mezclarla con sus tabacos, como se ha llegado á descubrir: se confirmáron tambien despues las sospechas de Saintfond con el descubrimiento de algunos troncos ménos desorganizados, que conservaban en parte su antigua forma, y algunos

frutos con cáscara, semejantes á la palma de las indias orientales, llamada areca.

Sobre la transformacion del papel impreso, en papel blanco.

En un siglo en que insensiblemente se van mudando las ideas de los hombres, y que en fuerza de ellas se reputan inútiles inmensos cuerpos de volúmenes, que oprimen los estantes de las públicas, y particulares bibliotecas, donde solo sirven de pasto á las polillas, se hace muy útil el descubrimiento que hizo la química por medio del alkali cáustico, en fuerza del qual el papel impreso puede servir para una nueva impresion, dexándolo mas blanco.

El autor de este importante descubrimiento, dice haber presentado la prueba al gobierno de Francia, añadiendo que los medios son muy sencillos, y la execucion tan segura, que el papel con que publica

este aviso estaba ántes impreso; y que el Impresor Didot acaba de poner por su consejo una fábrica en Esona, donde renueva todo el papel ya impreso, que sirvió á la antigua administracion: ¡quántas fábricas se pudieran poner!

Sobre hilar la seda sin fuego.

El Señor Casteli publicó en Milan un nuevo método de hilar la seda sin fuego, en el ornillo de la hilandera.

Habiéndose exâminado la prueba del nuevo hilado sin fuego, se han visto las mayores ventajas que acarrea, sacándose mayor cantidad de seda del capillo, é hilándose con mayor perfeccion; el color era mas lucido, y mayor la fineza al tiempo que era mas consistente, ahorrándose á mas de esto el gasto de la leña y de las personas que lo trabajan.

Hubiera sido de desear que el

Señor Casteli, inventor, hubiese dicho el modo cómo lo hizo para facilitar la experiencia, y aprovechar sus utilidades.

Sobre un nuevo instrumento para determinar la longitud y latitud de lugares.

Pedro Degravaéns y Enrique Ould creen haber inventado un instrumento para determinar la longitud y latitud de qualquiera lugar, con tal que se pueda observar el sol desde la mar en toda la extension de su orizonte; pero para su total perfeccion buscan subscriptores, que les ahorren el gasto de veinte mil libras esterlinas, sin las quales no pondrán jamas en uso dicho instrumento: éste se depositará en la universidad de Edimburgo, y en el Museo Británico de Londres, para que lo puedan observar, y exâminar los curiosos.

Sobre algunas nuevas tintas simpáticas.

El Director Luis Brunateli de Pavía, escribió á un profesor de química haber experimentado que escribiendo con la solucion del bismut sobre papel blanco, y con el ácido nitroso, quedaban las letras invisibles; pero que bañando el papel con agua natural, se hacian luego visibles.

Dá por razon de este fenómeno que la descomposicion de la solucion metálica, mediante el agua la hace separar del ácido, enflaquecido por la fuerza de la cal del bismut. Añade que sucede lo mismo escribiendo con la solucion del sublimado corrosivo, y con la del Mercurio nitrado.

Quando se enjuga el papel escrito con las soluciones mencionadas metálicas, desaparecen las letras, ó á lo ménos se confunden

su color con el color del papel, con que se logra la nueva ventaja de hacer comparecer, y desaparecer las letras dos, ó tres veces como se quiere.

Las letras formadas con la solucion del nitro mercurial, pueden hacerse ver coloradas, bañando el papel escrito con la dicha solucion en disolucion de tártaro vitriólico: toman entónces las letras un bello color de caña seca, tirante al verde y amarillo. Pero si en lugar del tártaro vitriólico, se hace uso de la solucion del álcali vegetable, ó del álcali del tártaro, toman entónces un color dorado, que tira al de naranja.

Estos dos colores pierden luego su tinta con el ácido muriatico; pero no vuelven á comparecer con los sales alcalinos. Las mismas letras, formadas con la mencionada solucion mercurial, tomáron un color de café cargado y lucido, pasando

sobre el papel un pincelito teñido en la solucion del oro del agua regia.

Si se hace desleir el mercurio en el ácido de nitro, se forma un monton de cristales blancos disolubles en el agua. La solucion aquosa es limpidísima, y nos servímos de ella como de tinta simpática; las letras se vuelven negras, acercando el papel escrito á algunos flogísticos, especialmente á los vapores del hígado de azufre. Si el papel escrito se mete en la solucion del mismo hígado de azufre, las letras se hacen visibles de color negro, ó bien de amarillo muy cargado. Pero es de notar, que las letras formadas con esta tinta duran poco, y mucho ménos si quedan expuestas á la luz.

Sobre los huesos de las carnes.

Hace tiempo que el Químico de Arcet publicó que los huesos de

las carnes saladas no chupan jamas la sal; y que por esto eran muy á propósito para hacer con ellas caldo, especialmente para marineros, que teniendo provision de dichas carnes, no hiciéron jamas caso de los huesos. Las experiencias hechas verificáron el dicho de Arcet.

Se descarnáron ocho onzas de huesos de carne salada despues de haber estado quatro meses en la mar; y despues de haberlos quebrantado se hiciéron hervir dos veces por ocho horas, en otra tanta cantidad de agua, y se vió que diéron diez y ocho onzas de caldo tan soso, que fué menester hecharle sal para beberlo.

Qualquiera conocerá las utilidades que trae esta experiencia, especialmente para las largas navegaciones, aprovechando una materia, reputada inútil é inservible en la mayor urgencia y necesidad.

Sobre el jabon de batatas.

Por quanto el fin de este trabajo no es otro que el de la pública utilidad, aunque sea de poca consideracion, pondré aquí la manera de hacer jabon de las batatas, que aunque deba ser inferior al jabon ordinario, puede suplir muy bien á su falta en caso de necesidad, ó á lo menos se podrá hacer á menor coste.

A doce libras de agua se ponen diez y seis libras de batatas despues de haberlas rallado; la olla que las contiene se pone sobre el rescoldo, ó bien se hace calentar el agua á fuego muy lento, sin que llege á hervir el agua: allí se menean las batatas ralladas hasta que formen mucha espuma. Esta sola espuma es el jabon de batatas, y sirve juntamente con el agua, en donde se calentáron, para lavar los lienzos; y las heces que dexan, para lienzos mas gruesos. Los

que dicen haber hecho la prueba, dicen tambien que el unto y las manchas tardáron en quitarse, y que era preciso emplear mas tiempo y fatiga que con el jabon ordinario; pero no dicen si pasáron los lienzos por legia. De qualquier modo no quise omitir esta receta, porque en el caso que no obtenga el fin deseado, pueden á lo ménos las nuevas especies suscitar otras que sean mucho mas útiles.

Sobre conservar el trigo segado sobre las eras, y en el campo preservándolo de las lluvias.

Como sucede muchas veces que no se puede trillar el trigo despues de segado, especialmente en haciendas grandes, quedando por esto expuesto á las inclemencias de los tiempos y lluvias continuas sin poderlo recoger, ántes bien perdiéndolo sin provecho; para evitar estos daños propondré el método siguiente de formar las gavillas ó mon-

tones sobre el mismo campo.

En vez de dexar tendidas las gavillas, se debe formar un monton de ellas en círculo, como un horno, procurando tenderlas de modo que las espigas quedan en medio besándose entre sí: luego se doblan sobre su misma paja para que no lleguen á tocar el suelo. Sobre estas gavillas así dobladas se ponen otras, y se doblan como las primeras hasta una proporcionada altura, procurando que los haces esten bien unidos.

El monton así dispuesto debe ir rematando en punta, á manera de tienda militar, en cuyo remate se atan las extremidades de la paja, formando con lo que sobresale á la atadura una expecie de sombrero que los mismos labradores podian hacer aunque sea rústicamente, pues de qualquier modo obtendrá su fin.

Estos montones pueden quedar así dispuestos quince y mas dias sin que penetre en ellos la lluvia: el

trigo queda bello y lucido, sin que padezca la paja. De este modo muchos labradores han salvado sus cosechas, mientras otros, esperando el buen tiempo para la siega, han padecido un gran daño de los vientos y de las lluvias.

Sobre un nuevo método de enseñar por juego á deletrear á los niños.

Qualquiera debe interesarse en aliviar la flaqueza y debilidad de la infancia, facilitando los primeros pasos de su instruccion sin que lo eche de ver el niño, que debiendo comenzar á deletrear, hácensele arduos, y penosos tales principios.

Para endulzárselos, por decirlo así, y empeñar al mismo tiempo su fantasía, hay quien imaginó poner los niños en un quarto á obscuras, y presentarles en la pared un lienzo ó papel con las letras ó sílabas iluminadas, lo que se consigue poniendo una luz detras del papel dado de aceyte.

El niño no estando distraido de otro objeto, y halagado de la vista de las letras iluminadas, no abandona el objeto de su leccion, ántes bien llama su curiosa atencion, la que se facilita retener en la memoria aquellas señas, que se imprimen mejor por la vista en su fantasía. Se han hecho varias experiencias sobre esto con niños de diversos talentos, con éxîto feliz.

Este mismo método puede servir tambien para hacer aprender á los niños los principios de las lenguas, de la geografía y geometría, y en todos los demas rudimentos, en que son útiles ó necesarias las figuras para aprenderlos.

Sobre la caza de las abejas.

En las cartas del Labrador Americano se halla el artículo siguiente, que forma parte de las observaciones sobre el instinto de los animales del Señor Saintsonn, el qual es-

tudiando las operaciones de las abejas, se aplicó á seguirlas en sus emigraciones, é indagando sus causas, le vino la especie de ir á caza de las mismas, lo que cuenta de este modo:

Todos los años ácia la mitad de Octubre suelo ir á caza de enjambres de abejas, en que empleo una semana: conmigo no llevo otra compañía que la de mi leal perro, mi escopeta, y algunas provisiones de boca. No olvido mi pedernal para sacar lumbre, un poco de cera, de minio y de miel, con una brújola pequeña y mi relox.

Con estas provisiones me encamino á lugares distantes de poblado; voy exâminando los árboles mas altos para ver si encuentro en ellos algun panal. Luego que lo encuentro, enciendo lumbre sobre una piedra, sobre la qual hago derretir un poco de cera: sobre otra piedra vecina dexo caer algunas gotas de miel, formando al rededor

de ellas un círculo con los polvos del minio.

Si hay abejas en los contornos luego que sienten el olor de la cera, acuden de distancias considerables, y no se van de allí sin ir untadas con el povo del minio esparcido en torno de cada gota de miel: chupada ésta, parten: tomo yo entónces la brújola para observar el rumbo que siguen, tomándolo constantemente todas las abejas en línea recta.

Conocido por ellas el lugar no tardan en volver á él trayendo tras sí otras compañeras, que distingo de las primeras por no venir señaladas con el minio, ó vermellon como las primeras: con mi relox calcúlo entónces el tiempo que han podido emplear en ida y vuelta, de que infiero la distancia del lugar de donde vienen, y sobre la marcha me encamino ácia él.

Quando descubro el enjambre, es de ver el movimiento en que

puso á todas aquellas abejas el descubrimiento de la miel, que las anunciáron sus compañeras, saliendo, entrando, yendo y viniendo cargadas del botin. Descubierto el enjambre, señalo el árbol, para volver á su tiempo á recoger la miel y cera de los panales; de que formo gran cosecha.

En la expedicion que hice el año pasado, descubrí once enjambres, y algunos muy grandes, segun el hueco de los árboles en que panalifican; y no forman jamás nuevos enjambres hasta que acaban de concluir y llenar su panal: espero este momento para apoderarme tambien del nuevo enjambre, lo que executo así.

Corto con tiento y destreza el tronco en cuyo hueco formaron el panal: cortado, lo arrastro con cuerdas hasta donde quiero, no léjos de mi casa. De esta manera formé en el primer año cinco enjambres, los que bastáron para que se llena-

sen aquellos contornos de nuevos enjambres, en donde llegáron á domesticarse.

Sobre hacer el papel con corteza de sauces.

Entre los varios artículos que se leen en las transacciones filosóficas de Londres, se halla un nuevo método de hacer papel con las cortezas de los ramos mas tiernos de los sauces: el Señor Greavei, que lo inventó, presentó tambien la prueba y muestra del nuevo papel, que habia formado á la sociedad, diciendo, que lo habia hecho con menor gasto que el que cuesta el ordinario.

Sobre la ceniza azul.

El químico Peletier dice haber encontrado en sus experiencias el modo de hacer la ceniza azul, tan necesaria en muchas artes, especialmente para dar al papel pintado

los hermosos colores azul y verde: consiste en la solucion del cobre en el ácido nitroso, enflaquecido por la cal en que se precipita su solucion: si este secreto se llega á poner en práctica con la felicidad y seguridad que promete el inventor, pudiera ahorrarse la España de pagar lo que paga por este solo ramo á los extrangeros.

Sobre otro nuevo modo de hacer blancas las telas.

Otro químico presentó á la Academia de las artes una memoria sobre el modo de hacer blancas las telas con el ácido osigenato: contiene dicha memoria los detalles de la operacion, y su resultado, que pudiera ser una de las mas útiles aplicaciones de la química á las artes.

Sobre unos nuevos cartones, que pueden servir de tejas.

Dice el químico Gardeur, inventor de estos cartones, que los que formó en sus primeras experiencias le saliéron muy costosos; pero que le sirviéron para formar otros, igualmente sólidos que los primeros, y á precio muy inferior, sirviéndose de deshechos de feltro, de hilazas de cortezas de plantas, y de escorias de hierro, amasado todo con un aceyte disecante con que resisten al frio, al hielo, y á todas las inclemencias de los tiempos.

MONTENG
ERIOLERA
ERUDITAS

G-E 1286